Antonio Márquez Salas

Viaje a Thule

ELPERRO yLARANA

narrativa

Viaje a Thule

EL PERRO
y LA RANA

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Antonio Márquez Salas
© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección
María López

Diagramación
Sonia Velásquez

Diseño de portada
Greisy Letelier

Imagen de portada
Carta Marina (detalle), Olaus Magnus, 1539

Hecho el Depósito de Ley
ISBN 978-980-14-5160-0
Dl: DC2022001571

Antonio Márquez Salas

Viaje a Thule

Y harás tu esclava a la remota Thule.

Virgilio, *Geórgicas*

Aquella isla extraña, solicitada por sus emociones, estaba en un horizonte destinado a conmoverla. Aspiró el aire lleno de aromas, como si de pronto alguien hubiese rociado suave y penetrante perfume. Olía a mujer, a aire tibio, cálido, frío, ardido y, a veces, volcánico. La isla era como un vientre maternal. Nada se expresaba en términos negativos, y todo allí lucía dos veces y se modificaba en capas cada vez más amplias de simpatía. En el mapa de su cuaderno de notas, aparecía esta isla con la forma de una langosta superpuesta.

El automóvil la conducía raudo por la carretera asfaltada, hacia el sur. Su equipaje no era pequeño. El chofer, servicial, le preguntó:

—¿Usted me dijo que visitaría Thule, señorita?

—Sí, eso le dije —contestó Anchora Fanny.

—No sé si deba advertirle… En esa isla no se consigue nada, creo que solo hay algunos pescadores y algunas momias. Eso sí, muchos fantasmas —concluyó el chofer, con la socarrona intención de hacer un chiste.

—Lo sé —dijo Anchora Fanny—, pero creo estar preparada para ello. Llevo en mi equipaje todo lo necesario. También potes e instrumentos. Lo indispensable.

—¿No se le ha olvidado nada? —recalcó el chofer.

—No recuerdo; espero que no —dijo Anchora Fanny—. Sin embargo…, un momento, creo que me faltan las cargas para la linterna. De todas maneras, si usted me hace el favor, yo le voy a dejar una lista mañana en el hotel, luego de desempacar…, usted va y la busca y compra lo que necesito. ¿Conviene en ello?

—Claro, señorita, con mucho gusto —respondió el chofer, con verdadero deseo de servirla. Su gesto no era extraño en aquella gente que, de primera intención, siempre estaba dispuesta a acoger a los visitantes.

En la mañana, en su aire tibio y en la frescura de movimientos que los transeúntes expresaban, se hallaba la respuesta que necesitaba Anchora Fanny. Después de atender al chofer, quien llegaba con una buena cantidad de cosas —unas encargadas y las otras traídas por su propia cuenta—, algo iba a pasar. Desde allí, se puso en marcha hacia Thule.

Aquella gente era silenciosa, pero no ocultaba, como en el caso del chofer, su deseo de ayudar, de estar cerca de aquella insólita mujer, de esa extranjera caída de pronto sobre la isla y cuyo destino final no conocerían jamás. ¿Tendría esta misteriosa hembra algo que ver con los dioses? Regresaban con las encarnaciones que, de tiempo en tiempo, ofrecía la diosa de las expectativas, Diana Cazadora, unas veces con sandalias y arco, y no pocas en traje suficiente apenas para cubrir aquello que los dioses entregaron al otorgarle al hombre la pena de Absalón.

La extranjera se dirigió hacia la cuadrada y frágil construcción, evidente morada del viejo. Bajo un caney de zinc podrido, se sentó durante largo tiempo, mirando aparecer y desaparecer la espuma de las pequeñas olas que rompían sobre la playa y los gritos y chillidos de las golondrinas de mar. No tenía ninguna prisa. Nada la necesitaba, o quizás estuviera siendo solicitada por muchas cosas, pero no podía precisar exactamente si esta necesidad se satisfacía estando ella apaciblemente sentada o en actividad. De cualquier manera, la fábula, el mito y el misterio la rodeaban, pero ella no sentía la ansiedad propia de todo el que llega.

No sentía ningún apremio. Estaba por primera vez en su vida, en el único y verdadero sentido de estar; rechazaba la gravitación del universo, obligándonos a ejecutar ciertos movimientos indispensables para conservar nuestra peculiar manera de ser humanos y no otra cosa; rechazaba la penetrante osadía de los plesiosaurios que volaban sobre ella. La pesada luz inicial del mundo y los primordiales elementos la solicitaban, en aquellos excitantes y agotadores millones de años, necesarios para las mutaciones. Del lecho caliente del mundo saldría ella transformada en diosa de las aguas, con branquias y aparatos, cuya fisiología sería completamente desconocida para los científicos, que lo sabían todo y lo ignoraban todo, y sin embargo, cualquier poeta hubiera podido reducir, en primaria síntesis, a versos magistrales:

> País cerrado a nuestros vivos y a nuestros muertos:
> Todo estaba allí, penetrado de eternidad,
> De otra necesidad, de un Dios otro…

Alcatraces de ónix, medusas mostrando sus ojos fluyendo en la luz. Delfínidos lejos de su plancton y escualos de palpitante aleta, señalando en la superficie las cosas al alcance de su inmersión mortífera, como si este apéndice dorsal fuese un doble y maléfico espejo. Cosas del mar y de la sombra. Y más allá, solitarios horizontes, fuegos fatuos, sulfurosas emanaciones y semillas traídas por el viento. Más lejos aún, ciudades de encantamiento y seducción de todo lo viviente, y manos, dedos y pulsaciones cuidaban y preparaban, impacientes y diabólicos, el crecimiento de las rosas y de los tulipanes. Aquí no se escuchaba la palabra "cremación", todo se vaciaba en un molde de supervivencia, como un tiempo fuera de sí mismo. No venía a buscar la paz.

Exactamente, no venía a buscar la paz. Pero ¿acaso la movía el espíritu conquistador de la ciencia? ¿Una antropologista que necesita la charanga del universo para imponer su propio espectáculo? No, decisivamente, no. No caería en el caos de las definiciones. La antropología, en cierto sentido, también necesita la gloria de la creación para cubrir y cuidarse de las fórmulas. Su tarea no iba a consistir en ofrecer como única alternativa la descripción, mediante signos escritos, de las dimensiones de un cráneo, la consistencia de un fémur o de cualquier otro fenómeno relativo a las cantidades de yodos, sodios o potasios que un fraile de hace trescientos años cargara sobre su humanidad y de otras características determinables mediante el carbono radioactivo. No, ella quería ir mucho más allá de estas ciencias monocultivadas; su principal preocupación consistía en hallar el punto en que las líneas depuradas de la sensibilidad de un grupo humano mostrasen algún ejemplo de su permanencia.

Este mar esmeraldino, cuyos tonos fermentaban en una plasticidad infinita, se precipitaba en ella demoníaco, arrastrando en su avalancha toda la chatarra neorenacentista de la civilización occidental —de la cual era un símbolo—, dejándola sometida a la inclemencia de lo desconocido, simple equis de la eterna ecuación del hombre frente al mundo. No por nada el poeta había pronunciado sobre este mar, en sentencia admirable:

> … y el mar en la mañana como una presunción del espíritu.

Pero ahora, en este momento, era el atardecer, es decir, la primera mañana de su espíritu ante el mar, entre masculino y vertebrado, que para el poeta había sido, desde el trampolín de su idioma nativo, de femeninos y admonitorios atributos.

Se había instalado en la casa del profesor. Como le habían dicho sus compañeros, habrían de ser tres esqueletos incrustados en arcilla blanca, mejor aún, eran cuatro, porque en uno de ellos, dos esqueletos aparecían en la perfecta posición del coito. Parece que la destrucción los había encontrado glorificando la creación. De resto, la acompañaba también el ruido sonoro del mar y el piar marchito de las palomas, que anidaban en las ruinas cerca de la casa.

Recordó, casi con una sonrisa, la advertencia de aquel escritor para quien la civilización pasaba a través de un hilo delgado, pero persistente, de jugo de naranja, que arrancaba desde el Asia Media, lamía las costas del mar Negro, atravesaba el Helesponto y tejía una malla sutil de ideas en el archipiélago griego, después de mojar los labios ardidos de Helena. Por eso siempre, alrededor de una naranja, había tramado un drama entre coptos egipcios, judíos que no creían en la estrella de David y europeos que habían abjurado de

la cibernética, y como este delgado inglés, nacido fuera de Inglaterra, se dijo:

> La tierra estará empapada, exhausta y nacida de nuevo
> de este orgasmo acuoso.

El avión se desplaza sobre un mapa de islas, islotes y farallones. En el caso de todas ellas, la plataforma continental bajaba lentamente hacia el mar en suave declive, y entonces el mar adquiría, desde el avión, diversos tonos: el azul amortiguado, casi blanco, hasta el azul medianoche, seco y profundo, pasando por los tonos del pavorreal y de colores blandos y semifuertes. Pero su interés actual era la humedad que la rodeaba: los rostros duros, mestizos y de modales toscos. Una experiencia que se hallaba perfectamente determinada en sus planes y estudios; no esperaba encontrar un grupo humano ni siquiera semicivilizado, presentía que a lo más que podía aspirar era a conseguir interpretar oportunamente las virtudes primitivas de la gente, demostrándoles dignidad, iniciativa y solidaridad eficaz. Había estudiado a los isleños; lo que los transformaba en seres hostiles era su cotidiana lucha por mantener la vigencia de su propio y personal aislamiento. Penetrar en cada persona era un proceso casi geológico, porque había que vencer oscuras y ancestrales reticencias. Lo menos importante era la superficial antipatía irradiada por algunos elementos, lo cual podía expresar exactamente su condición de norteamericana, a la que ella no le otorgaba la menor importancia, específicamente porque tal antipatía tenía como consigna última la muerte y frente

a tal alternativa, no quedaba sino otra decisión: la vida. De modo pues que los extremos, por impedir una elección, no contaban para ella.

Se entretuvo en estos pensamientos y de tal manera que no quiso observar el *fasten seat belt*, el cual se encendió en el tablero superior del aparato; por eso, cuando las ruedas delanteras tocaron el suelo, fue a dar con toda su equilibrada humanidad contra el asiento posterior. El pasajero que recibió el impacto se sorprendió un poco, pero luego, al darse cuenta de lo que se trataba, esbozó una sonrisa como diciendo: "No estamos para quién le debe a quién". Anchora Fanny lo comprendió así, porque rápidamente, buscando restituir el nivel adecuado, pidió excusas en español, para lo cual le dio con todo el propósito una inflexión extranjerizante. El hombre no aguantó el cambio de cartas y enseguida, frente a la imperturbable forastera, se desinfló como un globo de goma pinchado con un alfiler. Anchora Fanny esperó, sin ninguna turbación, a que el avión se asentara definitivamente y todos abandonaran la nave. Ella fue la última; tomó su saco de mano, el libro que leía y, un poco aturdida por el resplandor solar, en breves segundos, se unió a la cola formada para bajar del avión y se perdió en medio del ajetreo de la llegada. Para apaciguarse, se paseó un poco por el terminal, viendo y comparando formas y espacios, niños y mujeres, hombres y animales. Observó las plantas: la berbería frondosa y de bellas flores, donde los colores se incineraban bajo el sol; un arbusto de hojas redondeadas, cuyo nombre desconocía, lleno de flores de diversos colores, especialmente blancas y rosadas, crecía abundantemente, casi salvaje. Solo se imponía el hibiscus de fronda verde y flores de vivos colores,

amarillo y rojo, pero en general la vegetación era pobre. El aire de vez en cuando era removido por el viento que penetraba a la isla desde el mar. La gente se calmaba entonces y disfrutaba de ese maravilloso don de su isla.

"Ahora puedo comer algo", y pensando en esto se dirigió a un *bar lunch* donde, con toda la calma, mientras limpiaba sus bellos lentes, pidió una hamburguesa con cebolla, tomate verde, salsa inglesa y, naturalmente, una taza de té. Comió, masticando lentamente, observando con toda precisión las reglas de higiene apropiadas a una buena digestión. Luego pensó en Iowa, en el pequeño pueblo donde había nacido, y mentalmente reflexionó acerca de su extraño nombre: Caín Beach. Seguramente ese nombre se lo puso un puritano o un mormón, algún ser venido del este, signado por las premoniciones de la gesta del *Mayflower*, que había logrado infiltrarse hasta el centro de los Estados Unidos. Todos en su región eran granjeros, pastores de ganado y gente dada a la meditación. Meditaban sobre todo, pero especialmente sobre la muerte; sin embargo, en sus relaciones terrenales eran terriblemente objetivos: sentían la propiedad como un órgano más, y a la acumulación de dólares y virtudes la designaban con el nombre ampuloso de "libertad". Pero en la intimidad eran profundamente timoratos, sentían una elección muy definida por los problemas de aparecidos y fantasmas, de tal modo que el folclor regional abundaba en consejas y leyendas. No existía una sola ama de casa que no esparciera en la suya aguas y lociones, cuyas propiedades consistían principalmente en alejar demonios y apariciones indeseables.

Por otro lado, era grato volver de vez en cuando a ese pueblecito de prados verdes y colinas umbrosas. Anchora Fanny atrajo hondamente contra su pecho aquellos recuerdos, mientras daba lentas chupadas a su té. Té exquisito, por otra parte. Recordó que Nueva York era famosa por el té y por sus helados. Pagó medio dólar y salió al impreciso y casi soberbio aire de septiembre. No era precisamente ni otoño ni invierno, la estación había caído en una misteriosa indecisión que llenó el corazón de Anchora Fanny de una profunda emoción.

Tenía la vida a flor de piel, pura sensación, puras cosas concretas, pura vitalidad hiperbórea, puros y verdaderos signos exteriores de lo que debe ser la vida saturada en todos sus niveles, por el regocijo de saber que las cosas y los seres que la rodeaban pertenecían a una civilización que se ufanaba con justicia del triunfo de la comodidad, del confort, sobre la ineficiencia, la torpeza y la incapacidad para resolver los problemas mínimos de la existencia. Ella pertenecía a una civilización pragmática, nueva, triunfante, coloreada por fórmulas precisas y donde hasta el amor, por lo menos en sus etapas más dinámicas, se podía obtener en la misma forma en que se obtenía una Coca-Cola, con solo apretar un botón. Todo esto, reflexionando, causa cierto impacto y a ella, una universitaria *summa cum laude*, no dejaba de emocionarla el hecho de vivir en una nación tan influenciada hacia adentro, en el sentido de la cobertura de las necesidades materiales. Pensó: "Nosotros los norteamericanos nos podemos dar el lujo de apreciar el arte en cualquiera de sus manifestaciones, aun cuando se trate de arte moderno, así sea la partitura atonal de un músico semieslavo, semisemita o el ordenado caos pictórico de un Kandinski". El mundo cuyo

descubrimiento, por lo menos por los ojos, le estaba reservado y hacia el cual se dirigía, siempre sería a su intelecto un mundo abigarrado, sin orden, sin conciencia, espasmódico, donde al lado de un Portinari la obligaban a aceptar la pintura de los primitivos; donde por el genio de un Reverón debía soportar la improvisación y el desparpajo de innumerables copistas.

Después del *lunch* se dirigió al hotel. Estaba cansada. La charla insustancial la envolvía en un filtro de sordidez intelectual que la dejaba profundamente abatida, con los reflejos fuera de control y con el sistema nervioso destrozado. Lo que ella pensaba hacer no era un viaje de turismo, pues no tenía ningún interés en observar las interioridades del trópico, sus fines eran totalmente científicos. En una isla del Caribe, en una pequeña isla, casi un islote, había existido una ciudad donde los hombres crearon un específico modo de ver las cosas, por decirlo de otra manera. Habían establecido métodos permanentes de aproximación a las cosas, métodos que, en definitiva, son los únicos capaces de crear condiciones humanas y, a mayor altura, civilizaciones. Ella sabía que allí no iba a encontrar las raíces, ni siquiera el entronque de una civilización, pero sí estaba segura de hallar la descripción más aceptable para comprobar las líneas fundamentales de las ideas y de las pasiones, de los mitos y de los símbolos de un grupo humano sustraído a su propio tiempo y destino por una única meta: la riqueza encontrada como producto del azar, de la aventura y la desproporción de los medios a los fines.

A donde se proponía ir, allí había existido una ciudad, quizás pequeña, pero llena de resonantes advertencias; una ciudad que de pronto había desaparecido, destruida, quizás

por un sismo, por un huracán, por una invasión, por una huida vandálica, por un acto de piratería, por una causa cualquiera, pero en todo caso, barrida de todo itinerario por un hecho que aún nadie había logrado investigar satisfactoriamente. Imbuida por estos pensamientos, tan dentro de la permanente actividad deslindante de su intelecto —científicamente precocido—, se sumergió en un sueño liviano y reparador, sin aparecidos ni fantasmas, sin angustias filosóficas, como si hubiese caído en una sima acolchada, vacía de todo ruido e iluminada de colores amortiguados y sedantes. El despertar fue como un renacer.

Tomó su libro de notas, vistió unos *shorts* livianos, amarillos como un girasol, y cubrió sus senos firmes con un ligero sostén bordado de encaje rosa. Además del libro, por toda impedimenta llevaba una cantimplora. Cuando salió de la casa, el sol ya estaba alto y hacía calor. Las palomas saltaban del mar hacia la costa solitaria, extendiendo las alas y dejándose caer sin ruido sobre la playa. El balandro había desaparecido del espigón y solo se veía un viejo, como una figura de cera selvática, moverse sin prisa alrededor de un grupo de nasas oxidadas. Cuando llegó a su lado, el viejo, sin moverse, le dijo o quiso decirle:

—Las armas en la mañana son bellas.

—Y el mar— continuó Anchora Fanny.

No había que citar al poeta, pero este estaba presente. El mar, a esa hora, era un penetrante elixir, un latido más que excitaba la luz y transformaba la isla en un sedal que el viento manejaba con limpia precisión.

Primero conocería la isla, la atravesaría e iría por sus playas hasta los acantilados. Absorbería su calor y savia con caprina lascivia, y agotaría todos los movimientos y señales

que dieron los antiguos de beber el agua decrépita de la ambición. Porque no solamente los placeres de perlas, que rodeaban la isla como una maldición, atrajeron a quienes, de una u otra manera, redactaron el estatuto de una ciudad, pues allí iba a perpetrarse el encuentro final de dos falacias espirituales. Por un lado, la enconada meditación de un pueblo que había encontrado una salida metafísica a ochocientos años de vasallaje; y por el otro, el espectro étnico de multitud de pueblos incapaces de asomarse a la historia.

Anchora Fanny mostraba sus pies finos de diosa blanca, apenas protegidos por sumarias cáligas. Así caminó toda la isla. Primero, la costa salitrosa donde el sol reverberaba y los conchales ofrecían un aspecto impresionante, como si un tesoro estuviese allí abandonado. Caminando lentamente, sin ninguna especial preocupación, calentándose y dorándose bajo la maravilla de la luz que se derramaba por todas partes, como si no cupiera en la ambarina copa del mar. Había puesto su reloj mental en la hora cero; libre, descubierta, conquistada, fascinada por aquel territorio que nadie le disputaba, caminaba. Alcanzó un repecho y seguidamente se encontró ante una bella ensenada a la que denominaban la Aduana, quizás porque en sus inmediaciones se encontraban las ruinas de lo que fue la oficina donde las autoridades insulares percibían y manejaban el embarque y desembarque de mercancías multicolores, lo cual también se efectuaba en la profunda ensenada, que ahora refulgía oscura contra el sol que gravitaba sobre todas las cosas. La ranchería vista la contrarió. Pescadores casi desnudos laboraban en la playa sobre redes, mientras el jurel se secaba en tandas hirvientes de moscas, pese al uso generoso de la sal.

Anchora Fanny se movió hacia el lacio asentamiento donde fue recibida casi sin sorpresa. Los hombres continuaron en su faena, tranquilos o aparentemente tranquilos, mientras la joven examinaba en detalle su forma de vida. Pero en este momento, ella se debatía como un pez abisal que por algún salto genealógico hubiese perdido sus zonas de presión, es decir, sus características de profundidad. Sentía que todo su cuerpo se resolvía en excrecencias cerebrales. Sus ojos, su piel, sus manos, toda su envoltura humana adquiría un sentido de superficialidad. Aquellos hombres se presentaban ante ella en un estado absolutamente larvario y no le eran totalmente desconocidos. Sentía hacia ellos la misma simpatía apenada por los que no ven, por los tarados de ceguedad, pero no dejaba de comprender que allí la vida también suponía compromiso, pasión, aun cuando la escala de estos valores fuese apenas perceptible.

Sobre sus ideas pasaban los pájaros marinos en una ensordecedora algarabía y el agua de la bahía, negra por la profundidad, reflejaba plomiza el cielo resplandeciente, el caótico fango del fuego solar.

Subió hasta el capitel rocoso y desde allí contempló extasiada, sumergida en un profundo delirio físico, la fatídica contundencia del horizonte; un horizonte plano, perceptible, tocable casi con los dedos, como un instrumento de cuerda. Este signo definía las limitaciones de su aislada actividad. Estaba más cerca de lo pensado por ella de otras conflagraciones. El Caribe era un repollo atravesado por feroces vientos boreales, en los cuales solo reinaba el *Isatis* y la intensa actividad planctónica, poblada por una interminable sucesión de argos venenosos. Solo las islas consienten la piratería,

pero aquel "plato de soldado" sellaba la inconformidad de la naturaleza y la salada fractura del Continente. Una pequeña isla, un islote, pero no un peñasco en el mar, aunque carente casi en su totalidad de sombra, debía esperar diariamente la noche de minúsculas hojas revestidas de luz. Después que hubo recorrido la zona alta de la isla, descendió cuando ya el sol extendía una inmensa mancha en las aguas multicolores de Occidente. Los cactus de espinas sombrías, y cuya herida producía un dolor tan intenso como la de la *Elapidae*, dejaban espacios reducidos, los cuales eran necesarios sortear hábilmente para no tropezar con las más hirientes espinas de la guasábara. Cuando al fin llegó al lindero de la ciudad perdida, la noche se había llenado de un altivo y sonoro silencio. Mientras sorteaba las murallas derruidas, podía mirar los cadáveres en sus socavones y contemplar retrospectivamente las estrellas que los habían iluminado cuatrocientos años antes.

Aquella noche apenas durmió y al alba, se envolvió en una bata de paño oscuro y entre los tenues reflejos de un sol cada vez más cercano, recorrió el breve camino hacia la playa, frotado de conchas partidas. El mar cabeceaba como un barco al pairo, dejando en la playa los detritus de la orgía nocturna. De pronto escuchó pasos furtivos en la torturada sombra del amanecer, pero no quiso volverse. Algo impreciso, pero frío y absurdo, la recorrió toda y el cuerpo se le mojó de sudor. Cuando quiso volverse, la voz de un hombre viejo la mantuvo sujeta a su escabel de piedra.

—La escuché caminar. Aquí todo se oye. Pero es demasiado temprano para andar caminando por allí.

—Yo también lo escuché —respondió Anchora Fanny.

—Sí, ya lo sé, aquí todo se oye. Nadie puede ocultarse.

—Es verdad —volvió decir Anchora Fanny—. Pero no es esta su hora de levantarse.

—Mi hora es cualquiera, depende del tiempo y de lo que deba hacer —dijo el hombre viejo.

—Pero no es esta su hora de pescar —insistió Anchora Fanny.

—Ya le dije, depende de que sienta moverse las nasas, del avance del jurel, de que espere algún acontecimiento. No siempre salgo a esta hora. —A pesar de su avanzada edad, el hombre hablaba con fuerza.

—Yo pienso —reflexionó Anchora Fanny, como para sí misma— que en este mar tan calmo la pesca debe ser abundante.

—¿Abundante? Quizás —dijo el hombre hablando consigo mismo—. Aquí, como usted lo ha visto, vivimos a ras del suelo, ni siquiera como los peces o las gaviotas, vivimos como los insectos. Solo sabemos del vuelo cuando el falucho cruza el mar. Pero hay una cosa que usted no sabe todavía: esta isla es una oreja. Aquí todo se oye y por eso no necesitamos de radio ni de aparatos para saber en qué dirección se mueven las cosas del mundo. Usted está acostumbrada a un mundo, nosotros a todos los mundos.

—¿Qué mundos? —preguntó Anchora Fanny

—Lo que se dice mundos —respondió el viejo—. Los mundos desorbitados y lo misterioso.

—No existe nada así…, misterioso… No existe más que el hablar —dijo Anchora Fanny.

—Usted es lo misterioso…, la muerte es lo misterioso. Usted, por ejemplo, no se puede tocar porque es un

sonido, es un crimen, es una soledad y es una isla… Todos somos islas.

—Pero usted es el hablar —señaló Anchora Fanny—. No parecía que nadie en esta isla podía decir las palabras que está usted diciendo. Usted me está comunicando formas, hábitos, soledades y manías. Me está comunicando recuerdos, aserrines, vísceras y pedazos de metal; me está entregando una práctica, más antigua que todo lo que el hombre ha hecho sobre la tierra.

—Aquí, en esta isla, no existe nadie más a quien le pueda comunicar las experiencias y los secretos de la vida. Usted no podría vivir ni un solo minuto más en esta tierra sin contar conmigo. No porque espere algún daño, sino porque yo soy el único aquí que retiene las palabras. ¿Se imagina usted qué sería esta dimensión sin eso? Una roca más, un árbol doblado por el viento, quizás una fecha, pero ya no más eso que usted quiere seguir siendo: una mujer.

—No puede ser —dijo Anchora Fanny—. Yo soy una persona civilizada y usted no es más que un salvaje.

—Es verdad, porque con mis manos yo he matado. He matado las insoportables cosas que me rodean; he matado la monstruosa cabeza ciega del mar. Pero usted, en cambio, mata diariamente con el pensamiento: el movimiento, la fuerza, el espacio, el color, el aire y todo cuanto se le opone de alguna manera.

—Pero… Estoy asombrada —dijo Anchora Fanny—. Usted habla como un filósofo.

—Eso es cierto, indicó el hombre. Quién le dice a usted que no lo sea… Ambos somos el uno para el otro un par de desconocidos. Yo tengo setenta años, setenta años vividos

uno a uno…, establecidos lentamente a través de un largo conocimiento del tiempo, no porque me hayan enseñado otras extrañas lenguas y experiencias rastreadas en libros, sino porque a cada vida corresponde, quiera o no, una cuota de saber y cada hombre tiene su propio poder y su personal secreto.

El viento empezó a ulular suavemente, y por la gran ventana del poniente se veía entrar el sol como una máscara de oro que saliera del mar, llena de algas chorreantes y de millones de burbujas agónicas de los seres que vivían y dependían de aquel dios que emergía iracundo de las profundas aguas del océano.

Ya en la calle, respiró lo más hondamente que pudo hasta que le dolió un poco el pecho; y cuando expiró el aire caliente, este se condensó en una nubecilla de vapor. El ambiente de la ciudad, casi otoñal, deprimía. Se detuvo en una librería y adquirió algunas ediciones Penguin, entre las cuales destacaban *The Second Ghost Book* y *Breakfast at Tiffany's*, que presentaba un nuevo y deslumbrante Truman Capote. Verdaderamente, estaba un poco aburrida del condado de Yoknapatawpha y del Recodo del Francés. En esta compra final de libros, no olvidó algunas selecciones de poesía recientes y escogió especialmente una bella edición de bolsillo de *Four Quartets*. La hojeó lentamente y extrajo estos dos versos:

> The dripping blood out only drink,
> The bloody flesh our only food...

Después de esta lectura se sintió profundamente recóndita, llena de una alegría infinita de vivir, por eso recorrió las

calles a trancos, esperando que aquella aparente arquitectura adquiriese un contorno y un clima amable, más de acuerdo con sus sentimientos actuales, aunque sabía de antemano que aquella ciudad la dejaría como lo que ahora era, una ficha más, un número dentro de un abigarrado mundo goteante de seres amorfos, sin destino y sin esperanzas. Por eso, para ella, el trópico en cierto modo representaba la fuga hacia la región del sol y de la luz, a fin de llegar a la unidad del mar, a su humedad esencial y, por qué no, hacia el conocimiento y apertura de nuevas sensaciones, de sensaciones que se le presentarían en bloque, de impactos emocionales aún no registrados en los manuales conocidos y de certezas acerca del hombre y su mundo, a las cuales jamás se había aproximado. Era una intelectual hermosa, carecía de complejos y, por si no bastara, era norteamericana. No era que tuviera en su pecho tatuada la insignia del JBA, pero sin duda alguna, su origen, su nacionalidad, eran un pasaporte mucho más importante que el librito verde que guardaba en su cartera como un arma. Deseaba despertar simpatía, pero una simpatía de sangre a sangre, nada formulario ni convencional; no quería acercarse a la gente por el simple deseo de saber qué clase de sudor se gastaba, no, su intención era muy distinta. Ella quería ver a la gente elaborar su intimidad, realizar en el mundo de las explicaciones y de los actos esta intimidad, y establecer sobre tales conocimientos una adecuada perspectiva.

Aquella primera noche en la isla sirvió para que sintiera sus pulmones llenos de aire, al impulso de un airecillo suave, intenso, llegado desde el norte abierto. Todo parecía

perfectamente escogido para hacer liviano el espectáculo, identificado hasta el momento por generosas concentraciones de color y de profundidad. El horizonte iba achicándose por las manos de la joven. Sabía colocar el compás en un punto dado de aquella porción insustituible de tierra ocre y hacer un simple movimiento con base en el pulgar y el anular de su mano diestra para cubrir los 180º del espectro. De cualquier modo, una fuerte melancolía se insertaba en ella como una espina de guasábara. Le llegaba de una nostalgia retenida y sombría, exponiéndola al frío salobre de la tarde. En esta época había nubes abundantes en el cielo, sin llegar a impregnarlo todo. Dejaban sus grandes plafones azules y de vez en cuando caía una lluvia menuda. Eso refrescaba el ambiente y la tierra se entoldaba de fragancias. Las palomas se divertían entre ellas, dando vueltas a la isla y descansando en las playas donde se abastecían de piedrecillas, con las cuales provisionaban sus buches para digerir los alimentos. Las caballas daban saltos hacia la superficie del mar, para atrapar algunas libélulas apoyadas sobre el agua hirviente. Además, aves zancudas se desplazaban por la playa descubriendo gusanitos asomantes cuando bajaba el agua de las olas, pues para respirar salían a la superficie.

Seríamos llamados todos a hincar la rodilla sorprendentemente en la arena tibia y saludar al padrón apasionado, deshojando los círculos con todos los nombres del agua y todas las formas del aire. Anchora Fanny había desembarcado como la estela tibia de un perfume. Venía de la gran calle única del mundo en el cual se celebraba una fiesta, coronada como todas las fiestas del hombre con hermosos fuegos artificiales, encendidos por ella, dejando en el tiempo una

cicatriz desnuda de todo artificio, señalándola desde el rostro hasta el dedo mayor de la noche.

Exactamente no sabía si estaba más cerca del humo o de la niebla, solo expresaba lo nunca previsto en la penumbra ni en las acotaciones de la nostalgia. Sin mucha prisa, tomó asiento en uno de los cajones que le servían de silla a los hombres de la isla, especialmente a José Asunción. Todos habían estado rodeándola desde cierta distancia.

Querían eludir su presencia física, querían ser descubiertos uno a uno, cerca de la boca del volcán, pues el aliento del monstruo los reunía.

Anchora Fanny lo observaba todo. No le había sido entregado el palio del Señor, sino solo un pañuelo de luz auténtica y con ella se sentía relajada y tranquila.

Robertus fue el primero que se le acercó, si estar a tres metros de ella lo era. Entonces le dijo:

—Señorita, hace mucho viento, ¿por qué no se guarece en el salón, por si acaso llueve? El agua que cae aquí es muy fría y puede hacerle daño.

Anchora Fanny le contestó:

—Le agradezco mucho su preocupación, pero tengo muy buena salud y deseo estarme aquí, quieta, viendo el mar y la noche, que pronto va a comenzar—. Volviéndose a Robertus, le sonrió.

—De todas maneras —dijo este—, voy a llevar sus cosas adentro, por pura precaución.

—Un momento —dijo Anchora Fanny—. Quiero ver primero la casa de las momias con la cual tanto me han amenazado.

Diciendo esto, se encaminó hacia la construcción, única obra de cal y canto en toda la isla. Verdaderamente, era una especie de castillo, aunque solo tenía una habitación; y en sus principales esquinas había un ataúd de cemento con una momia, menos una que contenía dos momias acopladas en intenso afán amoroso.

Anchora Fanny, para su satisfacción, pudo comprobar que la sala estaba recién barrida y no había telarañas. Constató, igualmente, que era una habitación bastante segura y, asimismo, pudo cerciorarse de la no existencia de alacranes ni ciempiés. Las baldosas de gres del piso parecían recién cocidas a fuego vivo en algún horno sobrehumano, pues en su cocimiento privó siempre la más ardua y sincera pasión por algo destinado al futuro, al porvenir no sinuoso de las voces del alma y de algún diapasón perfectamente ceñido a las lealtades profundas que requiere toda estadía humana en la tierra; porque esta tierra no es la vasta tierra del poeta de *La tierra baldía*. No, es algo muy pequeño y por eso teñido por una gran palabra etnológica. Es paradigma y para eso solo se requiere que los seres humanos que allí habitan sustituyan los falsos esquemas por la obra de los más aptos. Anchora Fanny daba sus pasos sobre aquella tierra solitaria, dividida, y la cual solo ofrecía oportunidades no siempre francas. Se necesitaban conductores enérgicos y claros para darle un rumbo a todas las almas iniciáticas compresivas de la vida y de su señuelo. Pero su brazo se erguía firme y en lo alto flameaba un lápiz, como símbolo de la traducción en palabras de todas cuantas experiencias fundadoras querían expresarse.

En ese momento, se hallaba adherida a una bala ya disparada hacia el futuro. De allí en adelante, ella consideraba

que su verdadero nombre era *Anchora Fanny de Thule*. Ahora se veía así misma paseándose por una particular avenida de palmeras, flanqueada por villas silenciosas, en las cuales abundaban salvajes hibiscus de flores amarillas y rojas, frescas y poderosas buganvilias que se autoalmacenaban en las rejas de las casas, cubriendo la entrada de estas. Pájaros perdidos, sonámbulos, cruzaban de uno y otro lado de la calle, haciendo sonar pitos y charangas. La señora de Thule había clavado su diente en la pulpa serena de la fruta y el mango, como un fantástico escarabajo de aromas, se había reventado en veinte mil banderas de olores que ondeaban en el viento cálido de huracán.

Ella había detenido su avance hacia el sur. Aún no estallaban las fuentes de aquel parto representado por su decisión de trasladarse, como abanderada del próximo siglo, mucho más allá de los afanes de esta penetración, a la influencia del buey, como lo prevé el calendario chino.

Anchora Fanny se encaminó hacia el muelle, allí abordó una pequeña lancha con motor fuera de borda y así, finalmente, se trasladó a Thule. Había comenzado su viaje. Ya era casi imposible volver atrás.

Aquella isla plana, con algunas colinas rebeldes, era para ella un volcán; era un lugar agrio y trepidante, o como había dicho su mejor cronista, una torre de desesperación.

Se hallaba atada a aquella colcha de atolondrados fantasmas, donde hervía un caldero de amenazas y trampas. Mientras avanzaba la embarcación, se dibujaba lejos una tierra rojiza y hostil donde nada se movía.

Así debía ser el nacimiento del mundo. Pero estaba segura que jamás en Iowa vería un alba igual y una salida de sol semejante a las que disfrutaría en aquella misteriosa residencia de fantasmas. Abordaron la isla de frente a la Margarita; el oleaje era suave, pero la playa muy pedregosa y áspera; desde montañas de conchas de ostras se desprendía un brillante reflejo: el nácar espejeaba. El barquero tomó por

su cuenta la decisión y comenzó a circunvalar la isla, de tal modo que en menos de una hora se encontraban en la parte occidental. El agua era limpia y de un azul tenue. Se podía fácilmente ver el fondo. La lancha recaló en un espigón de piedra, al lado de un balandro cuyas velas recogidas eran movidas por la brisa suave que recorría en esos momentos la isla, y en pocos minutos, Anchora Fanny, ayudada por el dueño del balandro y por el viejo de carnes magras, como barco desanimado o mero de orilla por su color pardo sucio, saltaba a tierra.

José Asunción no le concedía nada especial a su nombre. Generalmente no lo usaba, prefería que lo denominaran por su aspecto ascético y por una práctica que hacía recordar la vida de los santos, porque él había llegado de fuera, del exterior, y la isla no era más que su asciterio. La poca gente que lo conocía sentía por él un claro afecto, con una redimensión permanente de su carismática personalidad. Sentía cómo, por efecto de su larga trayectoria humana, en la isla no se le había tenido por un hombre incómodo, quien se negaba a envejecer en la forma y manera natural de los demás. Pensaba en las muchas veces en las cuales Citerión, su bello y joven amigo, le decía:

—Extiende tu brazo, José Asunción. —Y este, un poco turbado, respondía confuso:

—Mi brazo, mi brazo… ¿Para qué? No entiendo.

—Pues no es necesario que entiendas —le decía Citerión—. Es una prueba para poder comprender la razón de tu longevidad. Tu brazo extendido señalará que no tienes ninguna arruga en el asombroso tatuaje tejido desde tu omoplato hasta el codo, porque eres un animal mítico, con

una cola bulbosa que termina en tu codo. ¿Lo has mirado últimamente? El tatuaje no presenta la más mínima arruga; la garganta del monstruo luce tersa, lo cual le provoca una sonrisa fina y distendida, casi burlona. Si alguna vez envejeces, lo cual no creo, tu animal va a doblarse sobre sí mismo y llegará un momento en que se muerda la cola y ya no estarás sorprendido al mostrar tu hermosa y vigorosa palanca.

José Asunción atrajo el brazo hacia sí y con un movimiento lo volteó hasta su vientre tenso. Allí lo apretó contra el músculo. Entonces se dijo para sí mismo:

—La vejez comienza cuando tú ya no puedes dormir sobre tus pies, bien derecho, como ahora lo hago yo. La vejez comienza cuando una mujer, como la señorita Anchora Fanny, no te urge tu gran virtud de ser hombre. Y no sientes que el falo se llena de líquidos y espumas, como el mar de mediodía cuando el sol lo muerde. Alguna vez, mi naturaleza fue lo más antinatural del mundo, pero eso pasó y hoy mismo pude ver y, claro está, sentir cómo esa mujer blanca se llenaba de jugos en torno a mí, los cuales comenzaron a fermentar en un violento y áspero licor licoroso. Poco faltó para que todo aquello se incendiara y yo mismo pudiese ser alcanzado por el fuego. Y dije para mí, en voz muy baja: "Te juro que me tendrás en tu cuerpo, entre tu pellejo blanco y suave. Me tendrás escondido dentro de ti como una cascabel en el hueco de su salvación, allí donde el sol no te puede mirar de frente. Y yo iré mucho más allá, porque cuando la luz del astro se comience a esconder, reptaré sinuoso hasta tus senos, en torno a tu cintura y me aposentaré entre tus piernas, ellas, iguales a dos columnas griegas, apareciendo en ese sangriento mar azul. Desnudo, sin nada que pueda ocultarte de la

iconoclastia del tiempo. Pero antes me tendrás a mí como un ferviente Apolo viejo, y cada vez más joven. Como un Apolo sin posible mancha ni mácula alguna alrededor de su cuello. Yo pondré el cuenco de mis manos debajo de tus muslos esperando la hora de tu menstruo, esperando tu sangre irracional, la única sangre condenada al exilio; así anunciaré la vigilia de tus sueños; anunciare los nuevos y bellos días de tu amanecer. Yo, José Asunción, descubriré tu cuerpo y lo tendré en mis manos. Ya lo verás, ¡lo llenaré de semen!".

—Yo no creo que debas ofender la verdad —dijo Citerión—. Debes ser más justo. Porque por las palabras te salvas y por las palabras te condenas.

—Acepto —dijo José Asunción— que he sido un poco gárrulo. Pero hasta ahora muy prudente, teniendo como referencia una mujer tan espléndida. Además, no hablo para nadie, sino para mi único espectador que eres tú y para mí mismo. No es como quien dice mucho público.

—Pero —dijo Citerión— ¿no crees que me debes respeto? Junto a ti, yo represento una sociedad, a muchas personas que hasta ahora han callado, por temor o por miedo o simplemente por fastidio.

—Déjame pensar —dijo José Asunción—. Tú, en cierto modo, me atropellas. ¿O no es cierto?

—Pues —dijo Citerión— a veces me provoca atropellarte, pero cuando miro tus manos y, sin que me observes, te miro los pies, tan desvalidos, tan entregado al enemigo soy yo, mas nunca tú, pues jamás empuñas tus lanzas contra mí, porque tú no me amenazas, tú no enfrentas tus baterías contra mi espíritu ni contra mi humanidad.

—Permíteme decirte, Citerión, que tú me dejas sin palabras. Eres, sin parecerlo, una amenaza. Yo, frente a ti, sé que algo voy a perder. Pero aquello que no quiero perder, no lo perderé. Por ejemplo, a la señorita Anchora Fanny, a su busto, a lo que representa como magia y misterio, como simplemente mujer. No quiero perderla, porque ha sido el único río que en treinta años me ha permitido enfriar la calentura de mis pies y de mi cuerpo en su líquida corriente, en la desnudez de sus lanzas y de sus puñales rubios. Además, es sobre todo por los vellos rubios de su monte de Venus, que yo imagino rubios, pero que pueden perfectamente ser de otro color, o simplemente no existir. Solo el hecho de imaginar sus nalgas finas, porosas y bellísimas, me mueve intensamente hacia dentro de ella, de su vida y de su sinceridad. Quiero ver cómo es ella desnuda, limpiamente desnuda. No habrá sudor ni rubor en su frente y su vientre será terso y nítido, como para tocarlo con el corazón, lleno de fibra y deseo. Y sobre todo, pensar que yo, José Asunción, estaré quebrando todos los malos augurios. Y solo con mi soledad y mis nervios, con el temblor de todo mi cuerpo, podré poner mis labios llenos de savia y de fuerza, y todo eso se entregará mansamente a mi boca sedienta, a mi boca y a mi lengua, y de ella brotarán borbotones de las aguas dulces de la vida y la leche tibia de todas sus glándulas agobiadas por la supuesta tristeza que la hace pensar que yo, José Asunción, no seré capaz de penetrarla y sacudir su carne maravillosa. Y que el mundo en su alegría total fluirá de su garganta para decirme que entre nosotros no puede haber amor, pero sí pasión y agradecimiento, porque nunca más la lujuria la dejaría tan extenuada, tan satisfecha y tan plena como en aquella ocasión. Que tener mi

aliento entre sus manos y en su boca de mujer sana y saludable, la había satisfecho plenamente. Que me había juzgado mal. Que el juicio íntimo emitido por ella, acerca de mi incapacidad amorosa, había retrocedido miles de años hasta las cavernas de donde no ha debido salir aquel malhadado pensamiento, porque nunca antes la habían poseído a plenitud como yo lo había hecho.

Cualquier afán o pensamiento derrotista era rechazado de plano por José Asunción, quien en este momento recordaba a su gran antecesor bíblico, Booz, que en grado diferente, pero en altísima conjugación, obtuvo la revelación de los secretos más íntimos de la libido, la cual se expresaba en él en la franca expansión de un torrente de sentimientos y sensaciones, algunas confusas y otras nítidas, pero todas indicadoras ciertas de la posición del hombre en relación a la marca más señera de su condición humana.

—¿A qué tanta tensión, tanta humareda, tanta violencia perdida? —dijo Citerión.

—Si no fuese porque te conozco bien, pensaría que estás muerto, liquidado —dijo José Asunción.

—Pero si pertenezco a tu tribu —continuó Citerión.

—No, no es cierto. No somos de la misma ralea —indicó José Asunción.

—Pero estamos mucho más cerca de lo que supones —dijo Citerión.

—Sin embargo, siempre existe alguna diferencia —recalcó el impetuoso anciano.

—Pero no a tu favor, perdóname —expresó Citerión.

—Déjame darte la mano, porque eres sumamente agresivo.

—En todo momento, te he sentido como persona amiga y fraterna —dijo Citerión.

—Claro, amigo mío. Solo te llevo alguna experiencia en años y en tiempo vivido. Yo no soy rencoroso. No tengo por qué sentirte mi igual en estas lides, o si tú quieres, en estas batallas tan legítimas para el hombre. Yo siento que un torrente de energía me invade, me colma de fiebre amable y exultante. Estoy viviendo el mejor momento de mis años vetustos, si puedo encomiar mis muchos años despierto —dijo, un tanto emocionado, José Asunción.

—Yo, finalmente, quiero felicitarte, porque hasta el airecillo que está corriendo a tu favor impregnó de olores frutales, asumidos levemente por la tersa emanación de ceras himenópteras que igualmente circulan los espacios anhelantes, los cuales provienen todos de este jardincito ambulante que ahora se mece ante nosotros, mañana y tarde.

—Tienes razón —indicó José Asunción—, ese perfume enloquece. Tenemos tanta aprensión en el alma, como si de pronto la criatura fuera a desaparecer de entre nosotros. Yo no puedo decir que la amo porque no me corresponde, pero me hace funcionar como el pico del colibrí, ansioso y tentando el néctar de las flores, todas embelesadas, asumiendo su compañía. Seguramente, no te diré mis secretos, pero estoy cierto de que tú los intuirás. Solo tendrás que soplar el leve polvillo que se aquietará sobre los espejos de su piel, para descubrir cómo late y palpita ese ramillete de corazones fantásticos que alivian aquel cuerpo magnífico.

En ese preciso instante, y culminando ya el día, Anchora Fanny se dirigió lentamente, pero cubierta de gloria, al espigón que hacía de puerto sobre la bahía, la cual apenas movía

sus aguas. Mínimas olas silbaban contra el terreno de la playa cubierto de pequeños cascajos, de conchas rotas y de material proveniente del cinturón coralino que rodeaba la isla.

Un aire fresco y memorioso partía de la tierra hacia el mar. Con pasos muy pulidos de nefelibata, a quien los sueños le quitan la concentración, y luego de aquel occipital contacto con el hombre viejo, ella continuó meditando acerca de la profundidad de aquella extraña conversación. Él, sin ningún parpadeo, le había dicho que tenía setenta años. Esto es que estaba en pleno climaterio, según lo entendía. Para ella constituía un hecho sorprendente estar frente a un hombre que justificaba ante sí mismo la plenitud para su función sexual, sin apenas expresarlo. Porque no le temía a nada y simplemente había desarrollado una vigorosa personalidad, la cual se atribuía a sí misma el cumplimiento de todos aquellos fenómenos útiles para obviar la rutina de los hombres definitivamente acabados, sin perspectivas ni esperanzas.

El hombre, sin apenas denotar vejez, cumplía sus tareas personales con gran obediencia a los dioses de la mañana, empujado en aquella dirección en la que se sentía cumpliendo sus más altos propósitos. No dejaba de volver hacia atrás en la búsqueda de recuerdos, de alguna manera influyentes, en sus trabajos y agonías.

Pero así como había llegado en su lento andar hasta el límite extremo de la playa, también estaba en el límite de sus pasiones. Se ponía así mismo en evidencia sobre el hecho de haber visto, olido y sentido a aquella mujer, tan tormentosa para el conocimiento, para su conocimiento de la vida. El hecho de la mujer respondiéndole, en medio del sudor, de las lágrimas, en medio de todas las aguas aposentadas en el

cuerpo de una persona, constituía un claro signo abierto para obtener una verdadera canción de libertad.

El viejo, enjuto, alto y con el torso brillante por el intenso calor, sin imponerse obligaciones especiales, había decidido ser el responsable, como interlocutor de la joven, de los oídos y de las palabras de la isla, la cual había abandonado su vocación de horno para asumir las contingencias; así como los cambios de temperatura a los que era sometido por el solo hecho de verla a ella caminar por la isla. Ella se había fijado en él. No era por nada aquel intercambio de expresiones y de palabras alusivas a cosas aparentemente ajenas a la realidad, pero en verdad existían señales flechadas ya definidas.

Un hondo sentimiento de calor humano se había deslizado por los flancos del corazón de Anchora Fanny. Sentía muy profundamente no estar sola en la isla, sino hallarse, con plena seguridad, al nivel más alto de compresión. Toda la noche, José Asunción había estado deambulando por la playa, alrededor de la sala de las tumbas en la que ahora dormía la joven. Estuvo en la puerta a punto de tocar y sentir los golpes de sus nudillos sobre el enchapado. Pero no se atrevió. Pensó: "Si lo hago, va a desaparecer el encanto, va a desaparecer. Si me atrevo, una nube de pájaros dañaría todo lo hermoso, lo pensado sobre la vida de la joven, con su cuerpo de puñal plateado saliendo del aire, aún adormecido, hacia la vida fragante". Ella solo esperaba la normalidad resultante de la apatía, para continuar su descubrimiento sensorial de la geografía del yermo insular. "Luego —se dijo—, la rodearía por agua, iría a todas las caletas y allí donde los contrafuertes de la isla guardaban sus más íntimos secretos, allí estaría ella".

En un gesto de hembra, mirando hacia el horizonte marino, se desanudó el brillante pañuelo que rodeaba su garganta. Este flotó en el aire caliente de la tarde, hizo un movimiento serpentino y se deslizó, agobiado, hacia la falda de Anchora Fanny. Algunos pequeños cangrejos comenzaron a esconderse entre las piedras del espigón. La claridad e iridiscencia de las aguas de la bahía dejaban ver multitud de pequeños peces y alevinos, los cuales devoraban los brillantes reflejos de la luz. Se sentía la nostalgia de la isla Grande y la fugacidad montañosa del Continente. Anchora Fanny había pasado cerca de los hombres, quienes se mecían parados frente a la casa de José Asunción. Pudo sentir el remezón que sufrieron aquellos cuerpos ante el magnetismo que desprendía su propio ser. Ella lo sintió y lo sabía. Una sonrisa, apenas esbozada, apareció en sus ojos cuajados de piedras azules.

Comprendía que aquella inmensa multitud de dos personas la estaban solicitando con una fuerza de animal fiero prendido en su garganta.

Admitió que estaba atrapada, era una sensación extraña —algunas veces, la lujuria comienza en las uñas de los pies—, tomándola desde el aire con su pellizco inmortal.

Desde el espigón, Anchora Fanny pudo ver acercarse una lancha pequeña y desnuda, movida por un par de remos que manejaba, con espléndida eficacia, un hombre de mediana edad, vestido apenas con un pantalón recortado hasta la entrepierna que dejaba adivinar un descomunal fruto viril. Tenía una coloración de arena y se movía con suma agilidad. Saludó a Anchora Fanny, mientras desde la playa le gritaban su nombre: "¡Robertus!". Anchora, que sí lo conocía, le llamó:

—¡Hola, Robertus!

Este, un poco azorado, le dijo:

—¿Qué tal, señorita? Le traje todo lo que me pidió.

—Gracias, Robertus, gracias —apuntó Anchora Fanny.

El hombre saltó a las aguas achicadas de la playa, con dos bolsas llenas de compras realizadas para la joven.

Anchora Fanny les dijo adiós a las aves que habían levantado vuelo y se dirigió a la playa para recibir a Robertus.

—Señorita, aquí tiene lo suyo… —dijo Robertus.

—No le creo, ¿seguro que es mío? —le dijo ella con cierta sorna. Robertus no lo comprendió entonces, pero alguna vez lo entendería.

De todas maneras, aquella respuesta lo sacó un poco de su balance. Pero nada dijo. Siguió con sus bolsas hasta la casa de José Asunción, a donde igualmente se dirigía Anchora Fanny. Ella pensó que era una casa, pero no era así: era realmente una construcción pequeña y cuadrada, techada,

de láminas de aluminio, la cual se hallaba a veinte pasos del último recorrido de la ola. Fuera, contra ella, había un asiento de cemento batido y un banco de madera, constituido por un tronco sobre dos horquetas y desbastado en la parte superior. Había, igualmente, un par de rines viejos tolerando unas tablas gruesas. Parte de estos asientos estaban ocupados por Citerión y José Asunción, quienes medio se incorporaron para ayudar a Robertus a cargar las bolsas que traía. Anchora Fanny le dio una mirada inquisitiva al hombre que salía de la casa y le dijo:

—Está bien, Robertus. ¿Usted me podría hacer el favor de llevar las bolsas a mi casa?

—Claro, señorita, por supuesto. Déjeme llevárselas a su casa.

Ella se dirigió a la casa de las momias, a la que ya consideraba como su casa. Por lo menos era un sitio abrigado y la única construcción de la isla —muy deteriorada, es cierto— con una puerta de madera forrada en hierro y ventanas. En algún momento, los pasos de Robertus y los suyos casi coincidieron sobre la playa, pero él se apuró un poco y entró delante de ella a la casa. Cuando Anchora Fanny pasó, casi tropezó con él. Robertus enrojeció y ella sintió la turbación del hombre. Se le acercó hasta rozarle la ropa y, cadenciosamente, le dijo:

—Hola, Robertus, ¿me das permiso? —Haciéndole un guiño con sus ojos, en ese momento esmeraldinos. Ella misma fue la que le dio entrada a Robertus, quien, sin saber el partido a tomar, avanzó recto hacia la puerta. Allí se detuvo y volvió atrás su mirada de animal inocente. Vio a la mujer de espalda, la cual tenía desnuda, salvo los cordones de las

copas del traje de baño que le dejaba todo el resto del cuerpo libre de prendas. Ella sí notó sobre su cuerpo aquel tizón de fuego que la quemaba como una brasa ardiente. Sin asomo de encogimiento ni duda, le dijo:

—Antes de marcharse, le ruego que pase un momento por aquí.

Él apenas balbuceó:

—Está bien.

Y diciendo esto, Robertus reinició el caminar y pronto se juntó con José Asunción y Citerión, quienes habían quedado presas de una gran expectativa. Cuando llegó hasta ellos, les dijo:

—Me estoy muriendo de hambre, ¿no tienen nada para comer?

—Pues sí —indicó José Asunción—. Algo tenemos. ¿Qué te provoca?

—Me comería unas quiguas sancochadas, unos mejillones con arroz o simplemente pescado asado o frito. ¿Qué hay?

—Todo eso lo tenemos —respondió José Asunción—. Diciendo esto, atizó el fuego que se apagaba bajo la lata de manteca que servía de caldero y pronto el líquido entraba en ebullición. La lata contenía quiguas y otros caracoles. En veinte minutos, todos estaban comiendo quiguas adobadas con jugo de limón, que Robertus había traído de la isla para la señorita, y de las cuales había entregado algunas a sus amigos.

Una vez realizada esta tarea, Citerión ya había montado un caldero al que le echó abundante aceite. Después de que los hubo hervido, José Asunción comenzó a freír algunos roncadores y loros, ya con los ojos un poco ajados. Las quiguas,

manjar de hombres, les sirvieron no solo de entrada, sino igualmente de afrodisíaco, según lo conversaron.

—Para cada uno, un pescado. A mí me dejan el loro —dijo José Asunción.

En efecto, en poco tiempo tenían el carrillo derecho, porque ninguno era zurdo, lleno de espinas de pescado. Las escupieron sin ninguna dificultad, hasta que la boca quedó limpia de ellas.

—Y ahora, ¿qué comemos? —dijo Robertus.

—Pues nada, señaló Citerión —aludiendo a que estaba satisfecho.

—Pues yo comería algo más —dijo Robertus.

—Sí, pero ya no hay más —dijo José Asunción—. Pero te prometemos que cuando vuelvas de la isla Grande, te tendremos un almuerzo especial, no para que revientes, sino para que te sirvas de ti mismo, como dijo la Biblia de Onán. Te tendremos cuatro o cinco langostas bien hechas para que digas "hasta aquí". Tengo frente a nosotros unas nasas con mucho tiempo en el agua. Ahí seguramente nos están esperando. Tráete más limones y un potecito de alguna salsa.

Todos rieron por las palabras de José Asunción, pero Robertus dijo:

—Se me hace tarde para regresar a la isla y ese motor fuera de borda no anda muy bien. Es mejor respetar el mar. —Y diciendo esto, tomó una mochila que usaba terciada y se dirigió a la tumba de Anchora Fanny, pues así llamaban al albergue de la muchacha por las momias que allí se juntaban.

Él tocó la puerta. Desde adentro, una voz amable y tibia le dijo:

—Pasa, Robertus. Empuja la puerta, está abierta.

Él, sin nueva indicación, empujó la puerta y un poco en la semioscuridad vio la figura maravillosa de Anchora Fanny. Esta se hallaba sentada, recién bañada y vestida, sobre una cómoda silla de cuero, cuyo asiento había sido ablandado por la mujer con una almohada de motas de bálsamo. Se levantó sin mucha prisa y le dijo a Robertus:

—Eres muy aplomado, pero no sé si complaciente.

—Depende de para qué, señorita.

—No pienses lo que no estoy urdiendo, pero te he mandado a venir para darte dinero, pagarte por tus servicios y pedirte, por favor, que me traigas alguna otra cosa de la isla. Aquí lo único que tengo seguro es el viento y el sol. Sin embargo, te doy las gracias por todo.

—Estoy a su mandar, señorita. A su completo mandar. Quería decirle que de sus limones tomé dos o tres para mis amigos. También quiero decirle que regreso el próximo sábado, y mis amigos me hablaron de preparar un magnífico almuerzo, al cual, desde ahora, la invito, porque van a traer algunas langostas muy buenas y quiero, si le gusta su carne, que almuerce con nosotros.

—Con mucho gusto —dijo Anchora Fanny—. Usted siempre tan amable y cordial. Estaré encantada de participar en ese festín, porque adoro la carne de la langosta. Eso sí, siempre acostumbro a tomar langosta con un poquito de salsa mahonesa, por lo cual, le ruego me compre un tarro mediano.

—Por supuesto —dijo moldeando su voz, especialmente para darle un tono aterciopelado, de manera que penetrara en los oídos de Anchora Fanny, con todo un bosque de insinuaciones. Anchora Fanny se levantó de su asiento y le dio afablemente la mano a Robertus, quien a su contacto se estremeció,

pese a que tenía la piel de su mano muy áspera, y pensó que a lo mejor eso iba a contar en su contra a la hora del reparto que él establecía como una posibilidad. Él iba a madurar y a olisquear ese pensamiento ubicado en el futuro.

Salió de prisa de la tumba, y al paso, se dirigió al espigón donde estaba su lancha. Abordó la embarcación, que en el mar se veía como un falucho perdido, y con un rápido movimiento de mano agarró el cordel, lo haló con fuerza y enseguida prendió el motor fuera de borda.

Sin quererlo, comenzó a musitar una cancioncilla en boga. Pronto la lancha despareció en el horizonte, como debajo de una alfombra, orlada de azul pavorreal.

Anchora Fanny, vestida con fino pantalón de algodón de vivo color mostaza, suéter de mangas largas y abertura en V, colores ceniza y rojo en grandes manchas, y combinada con un pañuelo de seda amarillo cálido, apareció en la puerta de la tumba y emergió como una diosa de aquella oscuridad de momias. Cuando pasó cerca de los hombres, dijo:

—¿Me quieres acompañar, Citerión?

El joven de mirada clara y cabello rubio, sin pensarlo y automáticamente, se despertó de un estado de somnolencia que lo había invadido, y dijo como en un grito:

—Sí, sin duda, señorita Anchora Fanny. ¿A dónde vamos? —preguntó.

—¿Para qué lo quieres saber? Vamos a pasear en esta tarde maravillosa.

—Así es, señorita —dijo Citerión poniéndose a su lado. Era, se podía decir, casi del mismo tamaño de Anchora Fanny.

José Asunción se había quedado pensativo, pero estuvo dispuesto a comprender. El elegido era él, pero ella quería disimular ante la sociedad que los miraba; sentía que veinte mil ojos, como un Argos recién vomitado por el mar, los miraba, causándole una singular preocupación. De pronto suspendió sus pensamientos y se decidió a esperar a que ella le diera la voz de ponerse en marcha. Él sabía que esa orden vendría.

Anchora Fanny y Citerión se alejaron lentamente de la presencia de José Asunción, y sin dificultad subieron una colina que se proyectaba contra el norte de la isla. Era un repecho breve y cuando se encontraron arriba, ella tomó por el brazo a Citerión y le dijo:

—¿Puedo tomarte del brazo?

Él le respondió:

—Si ya me tomó, ¿por qué pregunta?

—Quería ver si hablabas, ayudarte a hablar; quiero que me cuentes de tu vida, de las cosas que te propones y de tu futuro. Quiero que me hables de ti.

—Yo no tengo mucho que contar —dijo Citerión.

—No es cierto —dijo Anchora Fanny—. Tienes muchas cosas que decir. Pero estás dispuesto a decírselas a otras personas, ¿por qué no a mí?

—Pero es que mi vida, hasta ahora, carece de interés para usted.

—¿Por qué no hablas de ti, a ver si es verdad?

—Bueno, le diré, señorita Anchora Fanny… En efecto, soy del Continente. Algunas veces vengo a hacer negocios con los pescadores que paran aquí. Son muy hábiles con las redes.

—¿Y con anzuelos? —preguntó ella.

—Pescan poco con anzuelos, se sirven más bien de las redes que ellos llaman chinchorros. También sacan langostas y otros mariscos con nasas, que con gran precisión colocan en distintas zonas del mar. Jamás se equivocan, a pesar de que la mayoría no sabe leer ni escribir. Usted lo verá el sábado cuando venga a almorzar con nosotros. Tenemos un buen almuerzo, pura carne de langosta. Es extraño que un animal tan monstruoso, de aspecto fascinante, pueda ser tan halagador entregándonos su carne, sus espasmos vivos y su fuerza para decir que esa vida nos la donó su materia y su alma, y siendo así, nos dona igualmente sus esperanzas y su indudable futuro dentro de la inextricable maraña del piélago.

—Qué bien hablas, amigo mío, amigo de José Asunción y Robertus. Qué palabras hermosas dices.

—Pues aunque no lo crea, señorita, también he ido al liceo y a la universidad. Además, sé tocar un instrumento difícil como el arpa. Y me acompaño cantando.

—Pues me sorprendes —dijo Anchora Fanny—. Me llena de alegría saber que estés tan inspirado y tan preparado para todas esas cosas, y además, seguramente, eres casado.

—Pues no, pero estuve a punto. Para bien o mal siempre he estado a punto, pero nunca he cuajado, como quien dice.

—Pero tienes una brillante apostura para el amor atlético; eres como un bello hijo de Neptuno, porque pareces salido de las aguas de este veleidoso mar sin sueño, pero igualmente arrogante. De la materia del piso, de la materia de las estrellas, parece que te pusieron en tu cuna la cuota que te correspondía. Si tocas algún instrumento debería ser la corneta, con la cual despierta el dios Pan al rayar el alba.

—Desde esta colina —dijo Citerión— tú no pareces, sino que realmente eres una diosa. Eres el principio y el fin de todo. Has tomado por la fuerza y por asalto el último peñón del hombre. No nos has dejado nada para salvarnos; ahora estamos sumidos en tu poder, en la isla irreductible de tu pasión. No existe red, no existe hambre que no pase por tu corazón y por tus emociones.

—Esta noche —dijo Anchora Fanny— incendiaré esta isla y a los hombres que me desean, les beberé la sangre y me iré a los acantilados a verlos buscar mi huella, pedir humildemente mi presencia. Yo no les pedí permiso para hurgar entre sus pensamientos y deseos; no les solicité autorización para mezclarme con ellos y saber por dónde van y por qué existen. Los he visto fumar esos cigarros negros y malolientes hasta el filo de la noche. Pero esta noche es como el fin de todas las cosas, nada me es favorable y solo me puedo valer de tus ojos, de tus nervios y del frío que circula por tu frente para establecer contacto con las grandes estrellas que el universo nos envía como manzanas sueltas, desprendidas de ese árbol que tanta sombra nos ha ofrecido desde años inmemoriales.

"Ahora quiero que busques madera de la arrojada por el mar a la playa, para que hagamos una fogata —dijo Anchora Fanny—. Nos sentaremos a su alrededor y hablaremos hasta que la noche se haga profunda e inhabitable".

—Está bien —dijo Citerión—. Buscaré la madera, como usted me ha dicho. Espéreme aquí. —Y diciendo esto, bajó como en una carrerita la colina y en la playa apiló tablas y otros materiales propios para hacer una fogata. Hizo dos o tres viajes y armó una gran pila de madera. Anchora Fanny tomó un papel que encontró suelto y con su yesquero le

prendió fuego a la madera reseca. Inmediatamente, comenzó a arder una buena fogata. Ambos se frotaron las manos ante esta, la cual elevaba sus ramas hacia un cielo hosco y sombrío. El viento azotaba las llamas, que se arrojaban como luchadores trenzados en mortal combate hacia adentro y hacia fuera. Las lenguas de fuego se salían del círculo y lamían incesantemente las pestañas de la noche.

Los dos se sentaron en cuclillas alrededor del fuego, y poco a poco el diapasón de sus voces se hizo más lento y de tono más íntimo.

—Probablemente, en un día o dos perderé contacto con ustedes. No por mí, sino porque ustedes se desplazarán cada uno a lo que tienen que hacer —dijo Anchora Fanny.

—Es posible —dijo Citerión—. Yo, más que seguramente, deberé irme al Continente, llevando las noticias de lo que se puede comprar a los pescadores de aquí, porque muy pronto estos hombres se mudaran a otra caleta o se irán cada uno a la isla Grande a pasarlo con sus familias. Abandonan a sus hijos y a sus mujeres una vez al año, para una campaña de seis meses. Pero ya la de este año está terminando. Ellos venden el pescado que han sacado y secado y cada uno se vuelve a su casa. Por eso, estos días son nostalgiosos y tristes, porque el hombre se acostumbra a su trabajo y a sus quehaceres. Para ellos la vida al aire libre es esencial, sin eso morirían. Son ya hombres de bastante edad, pero a la vez sienten la alegría del cambio, de volver no con las manos llenas, pero sí con algo de dinero efectivo para hacer frente a las múltiples necesidades de sus familias. La mayoría dejaron a la mujer embarazada y ahora van a conocer a sus nuevos hijos, y todo esto les llena el corazón. Sobre todo, se encierran nuevamente

con sus mujeres para que estas entren otra vez en las tareas de la preñez y así, cuando vuelvan a salir en campaña, caminarán alrededor de estos viejos pensamientos y toda su actividad en las caletas, que efectivamente no saben dónde ocurrirá, comenzará allí; reiniciarán con aires francamente optimistas esta nueva tapa y valiosas perspectivas soñadas o conversadas entre ellos, las darán por muy provechosas.

—Así es y será —dijo Anchora Fanny.

Ambos continuaron mirando hacia el mar, sumido en sueños y batallas apenas perceptibles. El mar parecía no existir. Quienes lo llamaron el plato de soldado tenían razón.

—Ahora —dijo Anchora Fanny—, cuando vuelvas con tus amigos, te van a interrogar despiadados y azorados sobre qué pasó entre nosotros en esta colina, donde ya la hoguera tiende a desparecer.

Solo quedaban carbones muy vivos y penetrantes. Las brasas, con las manos abiertas, le pedían fe a la noche que se perdía poco a poco, como un perfume sagrado entre los astros. Arriba las estrellas parpadeaban. Hacían bellos guiños sugerentes, pero solo los hombres estaban adiestrados para eso. Ya no quedaban sino cenizas calientes. Citerión preguntó a Anchora Fanny si proveía más leña, pero esta le dijo que no. Ya no había más nada que alumbrar. Hasta la amistad se veía distante, dentro de un horizonte preciso que solo sugería el mutis de la vida hacia lugares que nadie podría descifrar. Ella era una hija de la ciudad, por eso su estadía en la isla era como un encuentro entre tribus caníbales, que solo esperaban la voz de sus capitanes para lanzarse unos sobre otros, a fin de apresar los mejores hombres del bando contrario no solo para sacrificarlos, sino igualmente para comerlos.

José Asunción se paró para orientarse en la habitación a oscuras y se encontró apremiado por la luz de la lámpara a gasolina, cuya llama había estado encendida desde que tocó a la puerta de Anchora Fanny. Se acomodó el pantaloncito y obturó el cierre con decisión. Sin despedirse de la joven, se dirigió a la puerta, le quitó la tranca y se metió en la noche como un viejo animal nocturno. Lentamente, aún con el corazón fatigado, fue hasta su casa. Entró en ella, buscó en la oscuridad una lámpara de querosén, que encendió con cuidado. Como era un mechero marinero, no se apagaba fácilmente. Se colocó en su cuerpo la franela que había traído en la mano y miró tranquilo hacia la tumba de la amable señorita, cuyo nombre era tan suave y dulce. Entró en la casa, dejó encendida la lámpara y se echó vestido en el camastro. Enseguida se durmió, y durante cierto tiempo roncó. En el sueño, tomó en brazos a Anchora Fanny y la condujo suavemente hasta su cama, en el galpón que le servía de morada. Se despertó y, tomando la luz, salió hasta la playa para orinar

con gran fuerza. Tuvo una premonición acerca del estado de su corazón. El corazón no le dolía, pero goteaba cansancio. Volvió a acostarse y no se levantó hasta las cinco de la mañana. Se paró aún en la oscuridad, pero ya el sol comenzaba a entretejer una tela suave y dorada. Cuando miró al viejo perro, le vio brillar su pelo hirsuto. Se dedicó a preparar un pequeño chinchorro que utilizaba para pescar en esa misma playa y se puso a tejerle algunas partes rotas o vencidas. Se hallaba descalzo, como era su costumbre, y alrededor de las seis de la mañana, volvió a su galpón y prendió una cocinilla de querosén, en la cual puso agua hervir para hacer café; se bebió un jarro de peltre lleno de líquido sepia. Como experimentaba tanto gozo, estiró los brazos y ofrendó algo a los dioses tutelares de aquella hermosa y clara mañana. Ya ni se acordaba de su noche de amor. Aparentemente, no le daba importancia.

Al contrario, Anchora Fanny se relamía los labios y presionaba sus pezones y su vagina para saciar sus ansias aún no contenidas. Se acordaba del hombre alto en toda su desnudez, elevado sobre ella misma como un gran pájaro nocturno. En una jofaina, y con una toalla, se había bañado todo el cuerpo con morosidad. Quería limpiarse toda y bien, pero ella sí veía a su compañero de la noche con otros ojos, un poco tristes y melancólicos. Ella sí sentía que algo había sucedido. Se consideraba enterrada en el sexo del hombre viejo, cuya fuerza ella sentía como propia. No podía negar que había sentido asombro ante la calidad y potencia sexual de José Asunción. Ahora podía decir con orgullo que ese era su hombre; había hecho bien en concentrarse toda la noche al lado de Citerión. Todos los roces con los cuales

él había pretendido insinuarse, solo le habían servido a ella para encender su propia fiebre. Las caricias de este anciano despertaron en ella todos los instintos salvajes que, ella sabía, concentraba su alma, pero nunca había podido exhibir, como en la noche de su arrebatada furia, tanta pasión amorosa por un hombre ya en el climaterio.

Sus manos le habían dicho todo como un libro abierto, cuando ella exploró las verdaderas posibilidades de aquel hombre de dientes perfectos. No lo había visto reír y eso la preocupaba, porque la risa es una diferencia esencial entre el ser irracional y el hombre. Quería llevarlo a las dunas del este de la isla. A los acantilados, en cuyas aguas deseaba bañarse desnuda, mirando a su hombre desnudo y azorado como una jovencita.

Por eso, al filo de la mañana, buscó a José Asunción en el galpón y tomándolo de la mano sin ninguna timidez, se dirigió a la línea profunda de la isla, rumbo a la caleta de los pescadores. Antes de llegar a ese sitio, se internó en unas dunas de arena que separaban la salina del mar, hacia un promontorio recto como un Príapo humano. El mar bañaba una costa arenosa con sus aguas esmeraldinas y seminales. El sol les llegaba de plano al pecho de ambos, y el rostro de Anchora Fanny parecía ampollado. Tendiendo una gruesa toalla de playa, se acostó en ella dejando un claro para José Asunción, al que atrajo hacia sí, con su mano estirada e imperiosa. Ella se había vestido con un breve pantaloncito fucsia, con unas copas blancas y rojas. Se despojó del sostén y sus senos duros y llenos quedaron totalmente al descubierto, simbolizando la ternura y el afecto, pues ella contribuyó a esta sensación tomando la mano de José Asunción y colocándola sobre

su seno derecho. El hombre no movió la mano, la mantuvo quieta y la puso sobre su cara y la bajó hasta el monte de Venus, y allí él sí apretó con cierta rudeza el sexo de la mujer, como si fuera un pájaro que tratara de escapar. La mujer intentó quitarse el traje de baño, pero él le dijo:

—No lo hagas palomita, porque te vas a llenar de arena.

—Es cierto. Vámonos de aquí. Llévame al acantilado de las conchas del que me hablaste. Quiero bañarme desnuda junto a ti.

—Vamos, palomita —le dijo José Asunción.

Ella lo tomó de los hombros y volvieron a la salineta, para tomar nuevamente el rumbo hacia la caleta. Llegados allí, todos los pescadores estaban a la vista, con mucha prudencia y con los ojos bajos, apenas los levantaron para mirar a la mujer. José Asunción se dirigió hacia un bote de remos que estaba atracado en la playa y Anchora Fanny subió rápidamente a él. Entretanto, José Asunción tomó los remos, después de apartar la lancha de la playa y ponerla a flote, y a remo la movió mar adentro. La joven se había colocado un pañuelo verde sobre sus cabellos. El pañuelo la hacía mayor de lo que era, pues su rostro se había tornado rubicundo. El hombre enfiló la lancha muy cerca de la costa y comenzó a separarse de la caleta. En pocos momentos doblaron un cabo incipiente, pero suficiente para separarse del todo de los pescadores que habían dejado atrás. Diez minutos de remos fueron suficientes para encontrar el acantilado que sombreaba una apacible bahía; parecía una gran cabeza de cobra mirando hacia abajo. Ella le preguntó:

—¿Existe algún peligro en bañarse aquí?

El hombre, taciturno, pero con una flor de emoción en la mirada, le respondió:

—No hay ningún peligro. Aquí es muy llano y no hay erizos, puede bañarse descalza.

Anchora Fanny se desprendió de la pieza que le cubría la parte inferior de su cuerpo y de su sostén y quedó maravillosamente, asombrosamente desnuda. Le echó una mirada a las aguas verdes de la poza y bajó del bote, deslizándose lentamente hasta el agua.

—Está fría —dijo Anchora Fanny.

—Debe estarlo —aceptó José Asunción—. La sombra del acantilado impide que el sol la caliente, pero no haga ruido y no hable duro para que no se caigan las conchas.

—¡Oh, *yes*! —dijo ella, en su idioma.

La joven se metió en el agua hasta el cuello y parecía disfrutar de aquel baño, desnuda y sin temor. Con un movimiento líquido se lavó la vagina y levantando la vista, sonrío. El hombre ancló la lancha usando una piedra de cierto volumen. Luego se dirigió a donde estaba la joven y le preguntó:

—¿Te gusta el agua? Te ves muy bien desnuda.

—Creo que sí. —Dijo ella, mirándole el árbol de la vida que se había despertado. Ella le abrió el pantalón y lo desnudó. Él recogió su pantaloncito y agarrándola de la mano, llevó la pieza hasta la lancha. Allí la apoyó contra el borde de la lancha y bajó hasta sus ojos, que comenzó a besar con intensa fruición. Luego, la atrajo hacia el agua y de frente la apoyó contra su cuerpo. Ella se dejó caer sobre el hombre y se mantuvo quieta disfrutando con una fuerte emoción en todo el cuerpo, dándole bendiciones a esa gloriosa ansiedad que dominaba todo su ser y su cuerpo, el cuerpo de su sangre

y sus propias tripas. El hombre se había reducido a una gran ofrenda. Lo demás había desaparecido, como si el genio de las aguas hubiese cambiado aquel viejo cuerpo por una gran bolsa de desacuerdos y deseos. Solo quedaba la voz del viejo, estimulando todas las posibles entradas a un solo día único y no idéntico a todos los otros de su vida. Un día que él habría querido llamar el día de su cópula, consigo mismo y con la madre de todas las batallas del hombre. Era el nacimiento y la muerte, la vida en su cénit y la tarea final de todas las tareas que había emprendido en su vida y ahora, en esta larga y sensitiva vejez, llena de miedos y exaltaciones. Ella lo llamó a la emoción suprema, pero él, que estaba en plena exultación, solo deseaba atarla a sus nervios. La atrajo contra sí y este movimiento lo condujo ciertamente a una liberación amplia y fervorosa. Pudo ver el semen ensayando un hamaqueo sobre las límpidas aguas de la bahía. Pero ya no había nada que hacer. Todo estaba dicho y concluido, todo había finalizado y la mujer beso al hombre con verdadera y compresiva unción, y le dijo:

—Tú no estás terminado. Eres un varón completo y me gustas mucho, mucho. Te estoy infinitamente agradecida. No te amo, pero sí te quiero y te venero, y nadie podrá discutirme acerca de la hora en que se termina un hombre y sobre cuál es la edad de concluir y sentarse para siempre, tú has desmentido todos los cuentos y farsas. Yo creo en ti, en tu poder y en lo que has representado para mí en este viaje a la última Thule. Gracias, José Asunción, gracias, amigo mío, gracias mil veces. Todavía me quedan unos días aquí y pienso aprovecharme de ello.

Allí había de comenzar, continuar y afianzarse toda esperanza. Porque desde un ángulo propio, se abría un vasto porvenir de consecuencias a favor de aquellos cuadernos contentivos de un esfuerzo productivo y valiente, no solo en el pensamiento de todos los que vivían esta vida y su transformación. No era cuestión de ver el presente desde la altura de la imaginación más contenida. El problema se presentaba con acierto menos forzado, pero más seguro. Todo su rosario de promesas se ofrecían a la vista de ella, que en su interior oraba porque aquella despedida tan erosionante para sus sentimientos hacia aquel hombre, o mejor aún, para aquellos dos hombres atornillados a su vida y ahora también a su pensamiento. Sentía la nerviosa sensación de alguna pérdida real de sustancia. Lograba integrar a su alma las más oscuras sensaciones, las que no habían sido alcanzadas dentro de las primeras escenas verdaderamente vividas con aquellos dos hombres. En un caso, era la lujuria en sus dimensiones absorbentes y de mayor profundidad. En otro, era el adiós a su juventud más pura, allí donde ella podría decir que comenzaba un nuevo sol, una nueva angustia y la mayor y más decisiva melancolía que había atrapado su corazón; y que de ahora en adelante, era su bandera y la torre de la cual huiría la desesperación, naturalmente, a cambio de los pasos irrefrenables de la muerte. Pero bastaba observar aquella magnifica ciudad de seres tristes, concibiendo la soledad y el movimiento hacia la tristeza como el único camino de posible redención. Todos estamos sobre la tierra y debido a los mensajes que damos y traducimos, es posible obtener cuarteles de resonancia y de fuerza. Es cierto lo dicho por las almas más atentas: la verdad solo existe en la

medida en la cual no pretendamos hacernos daño a nosotros mismos. Pero había algunas cosas a cuya comprensión ni siquiera se nos había acercado. Sentía que había aprendido muy poco acerca de la condición humana que tan agudamente unía a los hombres.

Sin embargo, nada se parece tanto a la melancolía como los deseos inconclusos que nos hacen padecer tantas y tan brutales necesidades espirituales. Venga todo y nos desafíe, todo se haga superfluo y nos comunique en osamentas, agitando los pendones de la tristeza, ahora arraigada y profunda.

En cierto modo, era como encontrar restos de un naufragio, los datos de nuestras inconsolables particularidades; y casi como único trofeo, un pensamiento bien formado y asegurado dentro de una blindada teoría de nuestra pasión para encontrar una respuesta acerca del destino del hombre y del universo, y de cada hombre o mujer, que nos permita volver a definir aquello que alguna vez fue un objeto de nuestro amor y la exclusiva resonancia de una pasión que nunca hemos sabido desincorporar de las más atrevidas verdades de nuestros deseos. Y ya íbamos dejando atrás el lastre de la pesadumbre que tanto había contribuido a transformarnos en seres inútiles e ineficaces. Algo más poderoso habíamos buscado en el camino de la alianza con las fuerzas que construyeron, paso a paso, nuestro pasado y nos dieron la pauta sobre el alcance del porvenir de ambos. Pero lo esencial era ella, la salud que emanaba de ella. Del paso poderoso de su piel y de sus pisadas sobre aquella tierra, nunca estimulada antes por tan altas y eficaces prioridades. Ella sabía, y tenía plena conciencia, de que jamás te arrastraría para demostrar que era honesta en sus propósitos. Ella sabía que realmente era

una fuerza militante repartida sobre aquel mundo pequeño, pero totalmente desmesurado en cuanto a sus implicaciones. Bastaba una voz para que se transformase en un grito agudo. Si había de acompañarse con aquella gente, aun por un corto período de mutuas enseñanzas, estaba dispuesta a entregar los momentos más iluminados de su pensamiento y de su sensibilidad. Que su corazón dijera cuánto tendría que arriesgar, cuánto tendría necesidad de aguantar, de buscar la intimidad con aquellos a los cuales amaba sin contrapesos, solo por la voluntad más libre y eterna que animaba su joven corazón.

Ella había ganado mucho tesón, mucha decisión, e inobjetablemente, mucha fuerza interior. Había cuadriculado toda la línea de la playa, hasta donde se dejaba ver y hasta donde dobla hacia el norte. Se extasiaba mirando cómo miles de pequeños cangrejos y gusanos sobresalían sus cabezas para respirar y hacer una reverencia al sol, que aparecía e inundaba todo el espacio vivo de la playa. No existía ninguna posibilidad de que alguien muriese de sed o de hambre en aquel espacio, arriba o abajo, vivo, o mejor dicho, lleno de vida plural. Con solo hundir en la arena húmeda el dedo gordo del pie, podía extraer docenas de seres vivos aptos para aplacar el hambre y, por las sustancias líquidas que de ellos manaban, amortiguar la sed. Pero ella no sufría por eso, porque tenía a mano su cantimplora con suficiente líquido, aún tierno y refrescante.

Su reflexión caminaba hacia adentro, hacia el interior de sus huesos y, más humanamente, hacia el interior profundo del corazón. Si alguna vez había pensado en la soledad, como la medida justa de nuestros procesos más íntimos, ese pensamiento se había hecho una concreta realidad ahora, en este

momento y en esta agria hora, en la cual tenía la sensación de haber perdido todo lo anterior. Lo hecho en su vida antes de llegar a esta isla, donde la presencia del hombre era casi nula. Solo este viejo, este hombre lleno de madurez, de encanecimiento y de plena virilidad, y de fronteras ya percibidas y concluidas. Porque en esta soledad, ese hombre era una realidad y él lo sabía en una medida muy alta. Una percepción muy clara y definida.

El acto de amor entre Anchora Fanny y José Asunción había dominado la escena. Una paz benévola se había apoderado del acantilado. La joven se vistió su traje de baño de dos piezas y se dispuso a continuar en el agua.

José Asunción le dijo:

—Vinimos a varias cosas, entre otras, a atrapar conchas y quiguas. Mañana sábado vamos a tener una gran comilona y tenemos que agasajar a nuestra invitada.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Anchora Fanny.

—Vamos a extender entre los dos esta lona —dijo mostrando una lona cuadrada que tenía como tres metros de superficie útil—. Cuando la tengamos extendida y bien asegurada, yo te voy a decir "ahora", y tú vas a dar un grito fuerte. Lo demás vendrá a partir de ese momento. Ya verás.

Extendieron la lona justo debajo del acantilado. José Asunción le dijo a la joven, con una voz audible:

—¡Ahora!

Anchora Fanny gritó fuerte y como por arte de magia, la lona se llenó de conchas que se habían desprendido del acantilado. José Asunción recogió las conchas de diversas clases y las metió en un saco, que enseguida se echó al hombro. Los dos, cómodamente, se montaron en la lancha y el hombre comenzó a remar fuerte hacia la caleta donde se encontraban los pescadores. Dejaron la lancha varada en la playa y regresaron a la casa de las momias por el mismo camino, ahora de vuelta.

Hablaron muy poco, salvo algunas preguntas que le hizo Anchora Fanny. Parecían dos desconocidos, pero antes de llegar, ella le preguntó:

—¿Me verás esta noche?

—No, tengo que reponerme. Me he forzado un poco y debo descansar. Mañana es un día fuerte y tengo que estar en condiciones. —De todas maneras, se volvió hacia ella y le sonrió ampliamente.

Anchora Fanny le dijo:

—Eres tremendo.

Cuando llegaron a ese lado de la isla, estaban en la playa dos pescadores y Citerión. Este, hablando de muy buen ánimo, los saludó:

—¡Hola!

—Hola, muchachos —contestó José Asunción.

—Hola, señorita —dijo Citerión.

—Hola —contestó ella amistosamente, dirigiéndose a su habitación, en la casa de las momias.

Se vistió ligeramente, con unos *shorts* crema, una blusa morada y un pañuelo en la cabeza. Lugo salió hacia el sitio

donde los hombres hablaban en voz alta. Llegada allí, dijo a Citerión:

—Citerión, tengo hambre. ¿Qué tienes por ahí? O mejor dicho, ¿qué tienen todos? Tengo hambre. —Todos se miraron entre ellos. José Asunción respondió:

—Ahí tengo pescado recién sacado que me trajeron de la caleta. ¿Le gustaría una sopa de pescado y mariscos?

Ella contestó:

—Claro, me gustaría eso.

—Bueno, eso es rápido —le dijo Citerión—. Vamos a hacer la sopa al aire libre.

Se dirigió a una especie de fogón apagado que se encontraba al costado del galpón. Los pescadores y José Asunción recorrían la playa buscando madera seca y trajeron buenos brazados. Citerión ya había encendido el fogón. Le echó leña y en pocos minutos había un fuego vivo esperando la olla. José Asunción entró en su galpón y salió con la lata llena hasta la mitad de agua. La colocó sobre las llamas mientras uno de los pescadores había ido hasta la orilla del mar, limpiando y lavando dos pescados de poco más de tres kilos cada uno. Además, había lavado unos cangrejos y dos jaibas enteras. El pescado, bien cortado en ruedas y listo, lo agregó a la improvisada cazuela. José Asunción sacó una cebolla y un tomate, unos dientes de ajo y algunas ramas. Tomó de un cajón verduras y un pedazo de auyama, las limpió y las lanzó en el agua que ya hervía, pues Citerión avivaba continuamente la candela. En aproximadamente una hora, el caldo de pescado estaba hecho; esperó, pues la regla era que la verdura se cocinara primero y el pescado, cuando ya la verdura estuviera blanda. Sacaron la mesa de José Asunción y una

silla más o menos en buen estado, en la cual se sentó Anchora Fanny, frente a un plato colmado de caldo espeso, verduras y trozos de pescado. La joven comenzó a tomarse el caldo con avidez, mientras ingería trozos de pescado y verduras. Sin ninguna timidez, Anchora Fanny comió y dio cuenta de aquella magnífica sopa. La tomó y dejó en el plato solo restos. Se levantó y con donaire y gentileza dio las gracias por la magnífica comida, que la había satisfecho totalmente. Se sentó en el banco de madera y recostó su cuerpo contra el galpón. Colocó su mano sobre la boca para eructar y luego cerró complacida los ojos. Su condición de socióloga le permitía, a su entender, tomarse toda clase de licencias.

Se había incorporado a aquel mundo de solo varones y estaba perfectamente asimilada. La tarde comenzaba a acentuarse y algunas nubes se desflecaban en el horizonte. Los pájaros marinos se animaban cada vez con mayor fuerza, intentando producir estragos en las camiguanas que, en densos cardúmenes o bloques, estaban muy cerca del espigón. La tarde comenzaba a caer; ya habían empezado a aparecer los olores que iban a florecer en la próxima noche. El ambiente se hizo nostálgico, y lentas punzadas le hacían doler por dentro una zona de su cuerpo, no identificada correctamente. Pensaba en su país, en su casa y en su gente. ¿Qué estaba haciendo aquí sola, llena de profundos desgonces? Sin embargo, pronto se recuperaba y se decía que ese era el precio de su libertad. Eso era lo que ella había deseado siempre: que nada le obturase la salida, que nadie la sujetase con generalidades y soluciones fáciles, que su escogencia, en cualquier terreno de la vida, lograse satisfacer sus más hondas expectativas. No era la primera vez que se había sentido así, desasistida y sin verdadero piso

emocional, pero ella siempre logró reponerse y tomar de nuevo el comando de su vida. Se quitó el pañuelo y se alisó su pelo amarillo, un poco desordenado. Su belleza con este gesto se acentuó, y moviéndose hacia la orilla del mar, le dijo a Citerión que la acompañase a dar un paseo por la playa, en esa tarde espectacular y grata. Sintió su cuerpo como nuevo, se tocó con fuerza el seno y lo recolocó en las copas del sostén. Al lado de Citerión, deseó entonces profundamente al hombre, al varón, que con sus setenta años había jugado como un joven de veinte con su libido. Como un desquite tomó la mano de Citerión, quien se hallaba fundido de deseo carnal por ella.

No le dijo nada, pero apretó en su mano la de ella. De pronto, escuchó su voz dulce y femenina:

—Pareces desconcertado. ¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Pues nada, pero el domingo me marcho de aquí, y tú me has dejado un hondón cavernoso. No sé definir exactamente qué es lo que siento por ti, pero pienso que otro se me ha ido adelante y que no tengo ninguna esperanza. Yo confiaba en mi buena suerte, pero esta mañana, cuando me fui a poner las alpargatas, ya era tarde cuando caí en cuenta de que me estaba poniendo primero la izquierda. Un turbión de mala suerte se me agarró de la garganta de tal manera que yo me pregunto, en esta hora, ¿cuál desesperación me acompañará de aquí en adelante? Tengo temor de que algo me pase, por eso acepté acompañarte a este paseo, porque, en cierta forma, tú eres la posible contra.

—Si soy la contra como tú dices, ¿por qué te molestas conmigo?

Citerión se sintió atrapado en su profunda desazón. Sentía cierta aversión hacia ella, pero no había querido

decirlo. La consideraba culpable de lo que le sucedía, aunque sabía que ella era una fuerza natural y ajena a cualquier intención de hacer daño. Pero él estaba muy turbado y no acertaba a pensar ni a decir nada coherente. La miró a los ojos y ella, voraz, se pasó la lengua por los labios. Como no quería aparecer desafiante, le dijo con un toque suave y melancólico:

—Todas estas nubes que hoy desconciertan tu vida, pasarán. Mejor dicho, en este momento ya están pasando. Cada uno tiene la carne y la sangre que le corresponde. Ni más ni menos. Por eso no debes desazonarte. Si no soy yo, a la vuelta de la esquina te está esperando la que te corresponde. Eso no falla. Goza de lo que puedas y no te sacrifiques por aquella que está frente a ti, calzada de por medio. Deja pasar lo que no te pertenece. Así será más libre. *Carpe diem*.

—Lo sé, Anchora Fanny, pero no puedo evitarlo. Las compuertas que había mantenido cerradas con gran esfuerzo, se han descolgado, están abiertas, y ahora te podría decir que mi suerte depende de tu decisión.

Anchora Fanny rio nerviosamente y le dijo:

—No pude ser. Solo he querido ser tu amiga, ser una referencia para ti y que tú mismo seas mi testigo, mi referencia. Necesito dejar en esta parte del Continente ese tipo de señales, porque cuando regrese al Norte, probablemente no pueda volver pronto o quizás nunca. Por eso quiero que ustedes sean mis testigos, que no pueden ser otros que mis amigos, y yo te considero a ti uno de ellos. Quiero que sepas cuánto afecto verdadero, sin concesiones, he depositado en ti, en ustedes.

Ya estaban de regreso cuando comenzaba a caer la noche. Luces esporádicas se veían en la zona. Los pescadores se

habían marchado. José Asunción había introducido la mesa y las sillas en su galpón, y no se veía por ninguna parte. Estaban solos.

Citerión le dijo:

—Yo sé que no puedo aspirar a nada de ti, aparte de esta amistad. Sin embargo, te pido que me permitas besarte, besarte intensamente para destruir mi pasión irreflexiva.

Anchora Fanny se detuvo y le dijo:

—Bueno, bésame.

Citerión se aproximó, acercó su rostro al de la muchacha y, tomándola por la nuca, le besó apasionadamente.

Anchora Fanny no protestó, pues ella también lo besó y hundió su lengua entre sus labios. Luego le dijo:

—¿Te sientes mejor?

Él respondió:

—Me siento peor, pero cumplo mi palabra y no voy a mortificarte. Mañana nos veremos por última vez y yo ya estaré alegre. Gracias, amor.

—Gracias a ti, Citerión, querido amigo.

Anchora Fanny se dirigió a su guarida llena de viejas momias, a las que ella no temía y la dejaban en blanco en este aspecto. Cuando le preguntaban si le iba mal con las momias, ella contestaba:

—Pues no, ya estoy acostumbrada y ellas me cuidan. He estado interesada en descubrir el origen de estas momias que reposan en ataúdes, de algo parecido al cemento. Creo que deben existir muchas tumbas en este sector de la isla porque este fue el asiento de la ciudad que existió en ella. Lo importante es que los rasgos esenciales de la cultura del descubrimiento de América significaron algo igual al descubrimiento de Norteamérica.

Atrapó por igual a toda la humanidad posrenacentista. Los fanatismos parecieron reducir sus fuerzas en beneficio de la obra de los intelectuales que señalaron, sin duda alguna, la gran apertura del hombre hasta nuestros días, que fue siempre una cruzada por la tolerancia.

En un entresueño estuvo toda la noche. Casi en vigilia, hizo un repaso de los días transcurridos en la isla y de su encuentro con la virilidad de José Asunción. Realmente, este no parecía un anciano de setenta y tantos años, sino un hombre mucho más joven. Y sobre todo, un hombre en plena energía. Se sentía gratificada con las experiencias que había obtenido, con pocas renuncias a los poderes de la conciencia. La isla era pura transferencia de conceptos, de ideas forjadas al calor animal de hombres-niños, salvo José Asunción, quien le despejaba toda posible duda acerca de que no existe mayor liberación que el sexo. "Si hacemos de él un uso racional —aunque suene un poco torpe—, estaremos en paz con él y con nosotros mismos. Te sentirás despejada y ataviada con fuerzas y fuegos para despertar el resto de tu piel y de tus ojos más íntimos y sarcásticos".

Cuando ya amanecía, cerró nuevamente los ojos al sueño y durmió pacíficamente, sin remordimientos ni asperezas, hasta las nueves de la mañana. Al despertar, sintió

el revolotear de los pájaros marinos y sus agudos chillidos, sorprendidos por los grandes cardúmenes migratorios de las sardinas. Ya el sol inundaba la playa, y había una inmensa alegría de vivir dentro de la hospitalidad de esta y de su entorno. Cuando salió, el sol la asaltó y la hizo retroceder un poco hacia su guarida de tumbas. Volvió a salir y pudo ver a José Asunción preparar cuatro latas llenas de agua y montarlas en fogones improvisados para que hirvieran. Ya varios de los pescadores estaban con sus lanchas en el mar, tratando de sacar las nasas que había indicado José Asunción. Cuando ella se acercó, este le dijo:

—Señorita, estamos preparando todo para el gran almuerzo; y estamos esperando a Robertus, quien no tarda en llegar. Ya los pescadores van a sacar las nasas para que vea la calidad de langostas que se va a comer usted hoy.

—Gracias —dijo Anchora Fanny, con el aspecto de sorprendida—, voy a aguantarme porque quiero comer con hambre, pero sí quisiera tomar un poco de café.

José Asunción tomó con cuidado un perol que hervía cerca del fuego y vertió café en el pocillo de peltre, diciéndole:

—Aquí tiene, señorita.

—Gracias —dijo Anchora Fanny.

Alrededor de las fogatas también se hallaban Citerión y otros pescadores de bastante edad, cuyos rostros parecían máscaras sobre aquellas humanidades tan secas y con los cuerpos tan duros y tensados por el viento y por el sol. Todos iban descalzos, apenas vestidos de calzones raídos muy cortos. Se les veía afanados y querían ayudar a preparar el almuerzo. Langosta hervida, langosta Thermidor, langosta asada, en fin, langosta en todas las formas conocidas por la

gente de la isla. La fiesta comenzaría con la llegada de Robertus. Iban a empezar comiendo mariscos asados o sancochados: quiguas, vieiras, mejillones y otras conchas de las traídas desde el acantilado milagroso. No había vino blanco ni rojo, mas no faltaba un buen trago de ron.

De pronto todos se agitaron, porque comenzaron a llegar las nasas cargadas de grandes langostas marcadas con pátina verde, lo cual indicaba su edad. Los pescadores las sacaron con cuidado para no herir e impedir que perdieran parte de sus tenazas y brazos. Tan pronto como las iban sacando de las nasas las echaban en el agua, que ya hervía fuertemente. Lamentablemente, había que echarlas vivas en el agua hirviente, con lo cual se presenciaba una terrible forma de tortura en un animal de Dios. Pero nadie pareció reaccionar frente a esto, todos pasaron indiferentes ante el martirio de las langostas. De esa forma fueron sancochados doce animales vivos y de gran vigor. El pescador que se ocupaba de las langostas ya cocidas, iba tomando y sujetando a cada una para sacarles, con gran pericia, la vena que podía envenenarlos.

Casi enseguida, apareció en el espigón la recia figura de Robertus, manejando con los remos su pequeña lancha, que ya había atracado en la playa. Sacó dos bolsas grandes con diversas cosas y saludando a todos, dijo:

—¿Cómo que iban a comenzar sin mí? Ustedes no saben lo que les traigo —y poniendo todo en la mesa, que era de José Asunción, comenzó a decir—: café, harina, azúcar, salsa mahonesa, limones, salsa de tomate… —Y así fue sacando muchas otras cosas para el consumo general. Todos estaban alegres y parecían felices. Anchora Fanny se sumó al jolgorio general, y dijo:

—Me voy a sentar porque tengo hambre. Tráigame una de esas langostas o lo que sea para empezar. ¿Quién viene conmigo?

Para sí misma, dijo una plegaria agradeciendo a Dios ese maravilloso banquete que los pescadores habían preparado con tanto cariño para ella. De inmediato, en un viejo plato de peltre, le sirvieron una langosta en ruedas, aún humeante. Varias langostas fueron enterradas, envueltas en papel de estraza, para enfriarlas. Entretanto, Anchora Fanny trinchó la langosta servida y comenzó a comer su carne blanda, acompañándola con la salsa mahonesa y los limones. Los demás hicieron algo parecido. Todos comían con gran apetito, langosta con mahonesa y limón. Otros habían preferido los mariscos, que representaban apetitosos frutos del mar.

Robertus, que caminaba de un lado a otro con un trozo de langosta sancochada en una mano y un limón abierto por la mitad en la otra, saboreaba aquella deliciosa vianda y la comía como los antiguos griegos y romanos, naturalmente sin el garum y las salsas utilizadas como adobo por los helenos. Todos se reunían alrededor de las latas de agua hirviente para mirar cómo se le extraía la vena a cada langosta y cómo eran repartidas por José Asunción y Citerión, afanados en poner en condiciones los espléndidos crustáceos. Sinceramente, la carne de langosta es buena fría o caliente, solo es cuestión de gustos. Y así lo afirmaba Anchora Fanny, quien no había cesado de trinchar una y otra vez sobre aquella carne de sabor inigualable. Comenzó a dar vueltas entre los presentes una botella ya baja de ron, que estos bebían como refresco. A la muchacha le llevaron una dosis en un pocillo de peltre. Bebió un buen trago, tosiendo luego, pues el licor

le había *regañado*. Sin preguntarle a nadie, siguió comiendo de aquella carne que parecía inagotable. Ya tarde, fueron sacadas de la arena, una a una, las langostas que habían sido enterradas horas antes. Efectivamente, esas langostas parecían salir de una nevera, pues se habían enfriado totalmente, lo que les endurecía el caparazón al cual le debían su nombre.

Ya terminada la comida, sobre la tarde, todos los hombres se sentaron en diferentes posiciones, unos contra el cuartel de guerra de José Asunción y otros sobre la arena, viendo ensimismados el mar.

Anchora Fanny se paró de la silla en que se hallaba sentada y se estiró moviendo su cuerpo en una bella curvatura y con las dos manos sobre la nunca. Sus ojos tocaban el cielo, ya hinchado de noche y de temblor. Un airecillo anunciaba una noche fresca. La joven tomó del brazo a Citerión y le dijo:

—¿Cuándo te vas, amor mío?

—Esta noche. Mejor dicho, de madrugada llega un peñero a la isla y allí nos marchamos, yo y las personas que vienen a buscarme. Me llevaré algunos sacos de pescado seco y salado al sol, y muy de mañana estaremos en el Continente. Yo voy a bañarme en lo que llegue para sacarme el salitre, ya viejo en mi cuerpo, y luego voy a la zona comercial a reunirme con socios y amigos. Seguramente, despacharé algunas cervezas bien frías antes de almorzar. Por la tarde, tendremos reuniones de negocios y estaremos juntos hasta la madrugada. En esas horas seguramente pensaré en ti y me daré algún golpe en la frente. Pero en ese instante, te miraré a los ojos para ver el nuevo mundo maravillosamente extraño que existe en ellos.

—Todo un plan de vida —dijo Anchora Fanny—. Yo también te miraré y recordaré y sentiré algo recóndito que me subirá a la garganta y me ahogará. Pero me recuperaré, y al día siguiente veré de nuevo con ternura al amanecer. En el día, estaré muy ocupada recogiendo datos y escribiendo, tarea que seguramente me llevará toda la jornada. En el almuerzo, volveré a comer crustáceos con limón y mahonesa. Ya en la tarde, me bañaré y vestiré para recibir de nuevo la noche y el amor. Amo las tenazas creadoras de esos animales, que tan salvajemente matamos. Parecen dioses aterradores suplicándonos piedad. Pero no existe nada más despiadado que el ser humano, despiadado consigo mismo y, naturalmente, despiadado con los demás. Si usted quiere mirar el hontanar del odio y de la codicia, vea en el fondo de los ojos de los hombres.

Cuando los dos jóvenes dieron la vuelta y se hallaban frente al galpón de José Asunción, Anchora Fanny se desprendió del brazo de Citerión, y besando al joven, quien tenía una piel fría y pálida, corrió desalada hacia su tumba, cerrando la puerta de un golpe. Una vez estuvo adentro se detuvo, se puso la mano en el pecho y descansó agarrada a la pared. Después, se dijo a sí misma:

—¡Oh! ¿Por qué la vida es esto? ¿Por qué? —Y luego se tendió en su cama, se cubrió con la colcha y lloró. En definitiva, no sabía por qué lloraba, pero seguramente lo hacía por todos los Citeriones del mundo, porque ella ahora se entrenaba en una batalla distinta. Cuando quiso dormirse, ya era tarde y no se escuchaba ningún ruido afuera. Sin embargo, poco después escuchó al viejo tigre rondar su morada, en un loco ir y venir desde el galpón a su puerta. Todo su cuerpo se

llenó de calor. Quería y sentía la presencia de José Asunción, quien afuera, en un impreciso momento, le había dicho:

—Estoy como un tizón. La locura me ha invadido. Déjame la puerta abierta.

Pero ella, Anchora Fanny, no había contestado nada, pues estaba temblando de amor por Citerión. Sabía que la luz y el calor de Citerión cederían a la avalancha de fuego que representaba aquel hombre natural y viejo, pero aún pleno de tiempo y energías.

Él jamás se había arrodillado ante los cantos de las sirenas, pues siempre había apelado a la enorme fe que tenía en sí mismo. No se consideraba un dios cargando piedras para ocultar su olvido, pero él mismo, más de una vez, se había topado con mujeres espléndidas, que lo habían persuadido del enorme poder del ser que confiaba en su alma próvida y en los hechos de su alma, cuando se le había venido encima el desierto.

Entonces se sentía opaco y lo inundaba una dura resaca. El deseo se levantaba como un fantasma, de pronto aparecido frente a él, con su propio cuerpo, con su aliento, con sus manos duras y callosas, con sus ojos limpios y sanos de hombre bueno, y con su falo dando vueltas furiosas en su pantalón, pues se ofuscaba, se levantaba, se encabritaba y volvía a hundirle en la desazón y en el frío. Pero solo bastaba que lo llamase para que ese objeto varonil y fuerte, tan competente en los momentos necesarios, en los momentos en que él debía demostrar que existía y que no era fantasma, se manifestase.

Pero esta noche una norme desazón lo torturaba, iba y venía como un lobo hambriento delante de la puerta de la mujer que lo tenía sitiado, incapaz de reaccionar y desasirse

y soltarse. Por su propia fe, estaba unido a ella más que nunca. En esa noche no sabía qué hacer. Sabía que ella estaba ahí, llena de amor y de fuego, que no podría dormir y que no dormiría sin él. Esa noche se iban a acostar juntos y para eso le tendría en el piso gruesas mantas, de tal manera que todo fuese mejor que antes, mejor que la primera vez y mejor que la última. Siguió sintiendo el rugido de su cuerpo, que no se satisfacía solo con caminar alrededor de la tumba. De vez en cuando, daba una patada sobre la arena. En el momento en que salía la luna entre las nubes y alumbró la puerta de Anchora Fanny, él, sin tocar, penetró en el recinto en el cual se iba a saciar esa noche; iba a hincharse de poder y deseo. Avanzó hacia la cama de la muchacha, y en la oscuridad la palpó y la encontró distendida, sin encontrar nada. El cuerpo de Anchora Fanny había desaparecido.

Angustiado y defraudado quiso mirar en la oscuridad, pero solo vio sombras, espesas sombras sin ninguna ilusión ni esperanza. Tanteó a su alrededor, pero solo halló el vacío. Sin saber qué hacer y completamente aturdido, le llamó.

—Señorita, ¿dónde está? No me haga esto hoy. Se lo perdono cualquier otro día, pero no hoy ni aquí. ¿Qué puedo decirle? ¿Decirle que la quiero, que estoy enloquecido por usted? ¿Que se apiade de mí? No me deje solo aquí. De pronto la puerta se abrió y ella lo vio fugazmente, dentro de esa dura y apretada noche.

Corrió hacia ella sin decir palabra. La arena resonaba con los pasos de ambos. Al fin, ella cedió y cayó sobre la arena. Él vio el bulto al irse al suelo y frenó su marcha para sentarse a su lado sin decir palabra.

—Esta noche no —le dijo Anchora Fanny—. No, esta noche no me siento bien, estoy confundida y sedienta, necesito algo fuerte, algo que me devuelva el equilibrio. Estoy asustada. Amo a Citerión, pero a ti también te amo y, sobre todo, te deseo. Llévame a tu casa, no me dejes aquí. No quiero que me vean los espectros ni los fantasmas. Me bañé, me sequé bien. Estoy limpiecita. Esta noche me harás lo que tú quieras. Soy como un vino afrutado. Esta noche, no solo puedes tomarme, puedes también hacer conmigo lo que tú quieras. Desde los dedos de los pies seré tuya. Pero no me dejes aquí, tengo frío y fiebre. Tengo muchas ganas de ser tuya. ¿Me estás oyendo?

La mujer parecía un ovillo de carne en la playa. Era como un endecasílabo afortunado. En un gesto de amor, se acercó al hombre que no había dicho ni una palabra y le susurró al gavilán, enseñado en aventar las plumas de una víctima. El hombre se estremeció como un olivito ante las primeras ráfagas del huracán. Ella continuó hablándole muy cerca de su oreja: "Deseché la compañía de aquellos cazadores infieles y me abrí paso con mi caballo a través del país uniforme, con el auxilio de una brújula". Él, sin esperar más, tomó aquel ovillo metálico entre sus brazos nervudos, les ordenó colocarse la faja de la noche y alzar el cuerpo disímil de aquella furia que, en la calma total, se había fijado en el descenso súbito de la presión, es decir, la aproximación del día de la confusión ciclónica. La mujer pesaba como seguro pesan las plumas desolladas por el cocinero de los maleficios. La mujer era eso de pronto, una pluma esperando la tempestad. Él la entretuvo entre sus brazos, le olió el cabello untuoso y, sin apenas sentirla, la condujo al galpón, poniéndola suavemente

en su cama, que él, por simple premonición, había tendido con limpia sábana, la cual no era más que algunos sacos de harina cosidos con pabilo y una aguja de tejer redes. La tendió en la cama y con un paño limpio le fue alisando toda la piel, ahora contraída. Así, por aquella faena, Anchora Fanny, en la oscuridad, quedó desnuda. Parecía una lámpara que daba una luz muy quebrantada. Él se sentó en el lecho y puso su boca en el cuerpo de la mujer. Esta se encogió sobre sí misma un poco, pero dejó hacer al hombre, que aún tenía puesto su corto pantaloncito. Con la boca, fue desde el cuello hasta las piernas. Allí se entretuvo morosamente, pasando su lengua sin que ella despertara. Él volvió a su rostro y comenzó a besar sus labios y su cuello. Besó su frente y sus mejillas. Entonces ella despertó y le rodeó el cuello con sus brazos, sin pronunciar palabra. Volvió a sus piernas y continuó por su cuerpo hasta todos los dedos de los pies. De allí subió nuevamente a su cuello y le exigió una respuesta. Anchora Fanny se sentó en la cama y le quitó el pantaloncito a José Asunción, quien quedó completamente desnudo, dejando al descubierto un falo que aparentemente había crecido aún más.

—No permitiré que te vayas solo. —Y lo atrajo hacia sí, juntando su cuerpo desnudo al de ella. Él la montó como un jinete a su yegua, le abrió las piernas con cierta brusquedad y desde afuera la penetro haciendo que ella lanzara un magnifico lamento de pura emoción carnal. Su amor sexual con el hombre viejo era todo un testamento. Ella había decidido dejarse fotografiar el alma por aquella maravillosa creación de la naturaleza. El hombre le había respondido con toda eficacia. Se sentía unida a este falo maravilloso, bien entrenado

y seguro de sí mismo. Sin duda, sin ningún especial esfuerzo. Con plena conciencia de lo que estaba sucediendo.

Ella se sentía arropada por grandes espacios superiores de energía y con el calor que emanaba de él. Sin ninguna consideración por la edad del hombre, le dijo:

—Tómame de nuevo, tómame y hazme tu mujer, porque pronto habrás desaparecido de mi vida como un relámpago que pasa sobre la noche. Tómame ahora que solo tengo pensamientos para ti y para tu falo espléndido. Déjame verlo erguido, lo quiero violento y fuerte, lleno de savia y dejando las vacilaciones fuera del mundo mágico de estos momentos, que nunca jamás tendrán pares en otras actividades y movimientos del cuerpo y del alma.

Él volvió sobre ella, como un caballo moro sobre la yegua alazana briosa y joven. Fue tan impetuoso este movimiento de José Asunción, que pareció dejarle una desolladura en la entrada de la vulva a Anchora Fanny. Este esfuerzo tuvo conclusión gloriosa. Ella era la tierra y le decía al trueno, "Llueve sobre mí, inúndame, explícame la verdadera sensación final; arráncame los fuelles de la libido y ponme suplicante ante el ojo turbador de tu fuego huracanado. Yo te voy a predecir lo que tú vas a querer mover desde el mundo que te es propio. Esa es la vigilia, el lastimoso esfuerzo de tu sensibilidad. Estás cercado por los furiosos animales de la muerte, alejándote de ella como se aleja la tierra de sus dorados dominios iniciales. La galaxia viaja aceleradamente hacia la constelación de Virgo y nadie sabe por qué el universo no se ha dado la vuelta, pero hace por lo menos cincuenta millones de años que nos acercamos a zonas inundadas por meteoritos y grandes rocas celestes, que seguramente, en algún momento, se habrán

de encontrar con el planeta para un tropiezo que puede ser mortal, o que por lo menos nos conducirá a un nuevo período de aislamiento glacial por cuatro o cinco mil años. Es decir, una nueva experiencia que probablemente acabará con las formas más organizadas de la vida en nuestro mundo".

En este momento, Anchora Fanny atendía a sus altas experiencias intelectuales y a sus razones para moverse con prisa en un universo con olor a muerte. "Estamos —dijo ella— condenados a volver a la mera vida unicelular. A la experiencia global del hombre se oponía una larga cadena de oprobios, los cuales se iban desgranando lentamente para hacer más inconsolable la existencia de este". Estaba en tales cavilaciones cuando, teniendo a su lado la zona erógena de José Asunción, el sol apareció en el horizonte, hacia donde miraban sus rostros, como un nítido y seguro anillo de esperanza y fuerza. Pero el sol, que es el más complaciente de los anfitriones, también pesca un gran pez de aburrimiento y para él no sería suficiente que la tierra se transformara en puros terrones sin una forma adecuada. Eso sería volver al esfuerzo sin nombre y, en consecuencia, estéril. Y no existe nada que aterre más al ser humano que una existencia sin destino, solo viajando como una burbuja a punto de estallar. Pero sobre todo, es el miedo al estallido, y es allí donde radica el gran comienzo del final, la gran atracción de un témpano solitario.

Anchora Fanny ya no podía fugarse. Pero un escalofrío la recorrió toda, como si un arácnido la hubiese tocado. Se levantó lentamente y se vistió. Se puso las sandalias, se dirigió hacia la puerta del galponcito y salió afuera, hacia las estrellas que llenaban el cielo alrededor de Orión, como una gallina rodeada de pollitos. Respiró profundamente y aspiró polvo de estrellas. Se internó en una selva de luz nueva, que se deslizaba morada al interior de su cuerpo. No levantó más la vista. Estaba plena de amor, de cansancio y de una pureza total. La habían dejado satisfecha, con el cuerpo lleno de semen y de fuerza gravitatoria. Ella le estaba anunciando a todos los seres voladores de la noche su deseo de dormir. Albergaba un sueño profundo, mitad aserrín y mitad cachaza de caña. Tenía sus lóbulos frontales escindidos y por ellos penetraba un chorro de silencio en pedazos, como si fuera pura oscuridad. Caballos recién pintados se renovaban con cierta violencia y unos chinos de ojos casi invisibles menudeaban sobre los lomos de aquellos animales verdes, suerte de cristales

soldados al plomo del alba, acercándose con pasos individuales de oca. Todo parecía drenar desde el cuarto trasero de su alma, yéndose como la mitad de una paloma mensajera, a la cual nadie podría identificar con el socorrido metal en el ala. Ella fue llamada a un reino de luminosas tinieblas imbricadas, como las patas de árboles animados por el diabólico sentido de las aguamalas que se agolpaban sobre el ventanuco, tratando de mirar la desnudez masiva de la muchacha. Esta se puso una bata de hilo fino y frío, se miró el seno con apetitosa y curva sensualidad, añorando al hombre viejo con su virilidad a cuestas como si llevara un gran fardo sobre su espalda. Ella terminó de acostarse, lentamente se estiró sobre la cama y con suavidad se cubrió con la arrugada sábana. Colocó su rostro sobre la mano abierta y enseguida metió la otra mano con fuerza debajo de la almohada. Se puso a escuchar el estridular de grillos y sabandijas, los cuales parecían rodear la casa de las momias. Se detuvo en el silencio oscuro a mirar hacia las momias, que parecían haber despertado de su inmovilidad de siglos. Se frotó un pie contra el otro porque los sintió fríos. Al día siguiente comenzaría a recoger sus notas. Tendría especial cuidado en buscar el lado sombrío de los primeros recuerdos de la isla… De cuando había llegado. De lo confortable que se había sentido cambiando de rostro y columpiándose desnuda y cubriendo su cara con máscaras plateadas que tenían la virtud de transformarse, a medida que se plateaban sus bordes.

De pronto se durmió. Una estela de sucesos comenzó a desfilar ante sus ojos. La película fue cortándose a medida que transcurría. Su niñez extraña, ávida e inclinada sobre las aguas de un estanque cubierto de hojas. Algún pájaro

tomaba el agua con su pico a ras de la superficie y luego se elevaba hacia un espacio brumoso, solo bueno para una respiración entrecortada en plena agonía, como si lo que nunca calla quisiera devorarse a sí mismo. Empezó a llover y el tanque se derramó con morosidad, llevándose algunas hojas y haciendo figuras de pesadumbre contra el vacío, porque las grandes simas del alma solo se encuentran volcándose y atropellándose en la conciencia, como si no fuera posible encontrar piso alguno que las detuviera en su caída. Y continuando con el cinema de su alma, podía describir acerca de todo cuanto pudiera ser tocado, como se tocan las manos entre la multitud para sentir la verdadera existencia de seres que son afectos a nuestros deseos y a nuestras diferencias. Por último, la pantalla se disminuía hasta tocarse los dedos de los pies y buscando una salida, una pequeña abertura hacia los otros confines de su piel más recóndita. Cuando despertó de su ensueño, se encontró con un inmenso deseo de vivir. Se levantó, se vistió con el traje de baño y en una carrerita fue a hundirse entre las olas pequeñas y tímidas de la escueta bahía, que hablaba sobre aquella playa cuyo lenguaje germinal recordaba al hermoso Citerión, tan tímido y pulcro, dentro de una isla de pura sensación y conflicto, y que solo había amado a Anchora Fanny, como un detalle casi desmelenado de aquel viaje sin remedio ya.

Pero ella se afincaba en sus dos pies para lanzarse al agua poco profunda. Se fue mucho más adentro y comenzó a nadar hacia la lancha de Robertus, que apenas se mecía sobre una superficie amarilla de las aguas. Pasó nadando al lado del bote y con largas brazadas se dirigió al final del espigón. Sin embargo, no se detuvo allí sino que siguió nadando

esforzadamente hacia el otro lado de la playa, adonde llegó parándose sin premura y sin cansancio. De nuevo se internó en el mar y esta vez se apresuró más, y en poco tiempo estaba en su lugar de partida. Se acostó sobre la arena seca y mullida y se tapó del sol con sus brazos. Casi enseguida, volvió a levantarse y se dedicó a recoger conchas marinas y pequeñas piedras de color ambarino. Hizo un hueco en la arena y rellenó su interior con las conchas recogidas y colocó piedrecitas alrededor del hoyo. De pronto se asomó un peñero en el horizonte y en la proa del mismo hizo su aparición una figura. Era la personificación de un tritón, enseñando su mano alzada como la cola de un caballo.

Ella no lo reconoció, pero su corazón sí, por la cola de caballo enarbolada como una banderita de fiestas patrias. ¿Cuáles emociones que se creían sacrificadas reaparecieron con inusitado vigor? Sintió que toda su piel se erizaba, cubriéndola de un sudor frío y pegajoso. Se quedó enmudecida cuando vio al joven estirarse sobre la proa y saludarla con su mano extendida y agitada como si hubiese estado espantando estrellas. Él quería decir: "Apártense espíritus inusuales. Déjenme solo para gozar de su figura, no se coloquen entre los dos, porque es tan hondo e intenso lo que siento por ella que cualquier penumbra me resultaría insoportable. Solo deseo que vengan y estallen aquí las abejas del panal más cercano, para anunciar que los días que vendrán estarán totalmente dedicado al amor".

Citerión se irguió en la proa de la embarcación y saludó con todo su cuerpo la figura disminuida de Anchora Fanny. Desde donde ella estaba, pudo escuchar el ronco sonido del motor diésel en trance de cesar en su fatiga. Otras personas

aparecieron en la quilla del barco, el cual estuvo a punto de escorar. Sin embargo, se mantuvo firme y de pronto volvió a adquirir su elegante posición de ave marina anidada en las olas. Citerión saltó sobre una breve plataforma de madera existente sobre la base del terraplén. Eran dos vigas de gruesa madera y unas tablas fuertes adheridas con clavos de cruz. Cuando estuvo sobre la plataforma, Citerión, de dos pasos, saltó sobre el espigón y pronto se dirigió hacia la playa. En esta se encontraban, mirando la maniobra, dos o tres pescadores y, naturalmente, José Asunción, Robertus y la misma Anchora Fanny. Antes de que Citerión se acercase hasta la propia playa, Anchora Fanny corrió hacia él, puso sus brazos sobre el cuello de este y lo besó tiernamente en la boca. El muchacho le susurró al oído algo que la hizo temblar y reír. Tomados de la cintura, ambos se dirigieron al galpón de José Asunción. Citerión saludó efusivamente a todos los presentes y dirigiéndose a Robertus, le dijo:

—Robertus, ayuda a los marineros a bajar el equipaje, ¿quieres?

—Cómo no, mi don. —Seguidamente, se dirigió hacia donde estaba el peñero.

Pronto los marineros y Robertus llegaban hasta el galpón, cargados de diversas cosas.

Citerión dio algunas órdenes a los marineros y les pidió que, en lo que hubiesen terminado la faena, se acercaran, pues iban a preparar una buena comida para todos.

Hirvieron pescado fresco para un caldo, el cual fue muy bien salpimentado y al que se le agregó una buena cantidad de ají dulce. Asimismo, sancocharon topochos en gran cantidad e hicieron arepas de maíz para todos. Repartieron

queso blanco en pedazos y café, el cual sirvieron en jarras de plástico. Encendieron un buen fuego y en las brasas asaron pescados de diferentes clases, sobre todo lebranches y pargos rojizos. Cuando estuvo la pitanza, se le ofreció primero a Anchora Fanny, quien insistió en comer junto con los demás. Pusieron cuatro sillas para cuatro puestos y allí tomaron asiento la muchacha, Citerión, Robertus y uno de los marinos, el de más edad. José Asunción no quiso sentarse a la mesa, pues dijo que se ocuparía de todo antes de comer. Tomaron el caldo con jugo de limón, que estaba excelente, y comieron pescado sancochado y asado en abundancia, junto con los topochos; y algunos, además, comieron arepas rellenas de queso. La comida era rústica pero excelente y así la apreciaron todos. Nadie supo cuándo comió José Asunción, cuyo mutismo trascendía.

Todos comieron suficiente y se arrimaron a la tarde. Los marineros de la *María Pilar*, nombre del peñero, se dedicaron a realizarle un calafateo sencillo. Secaron lonas y redes y trajeron a la playa la basura recogida. Como dijo uno de ellos: "Pusieron bonita a la *María Pilar*". Toda buena comida conduce a la complacencia. Repartieron algunos vasos de ron y todos se acomodaron donde pudieron, a relajarse.

Citerión y Anchora Fanny se separaron del grupo principal y caminaron sobre la extensa playa, muy lentamente y siempre hacia el suroeste, de donde había llegado no solo Citerión, sino igualmente su ángel. A la mitad del camino, en relación con el morro hacia el cual se dirigían, se tomaron de la mano, lo que les propuso un aire de intimidad y de amor compartido. Se estaban diciendo cosas referentes a ellos. Citerión la estaba recriminando muy dulcemente

y ella, respondiéndole de la misma manera, incluso con voz inaudible para otros seres. En cierto momento, ella lo tomó del brazo con ambas manos y le dio un tirón hacia el borde del agua. Citerión le decía:

—Anchora Fanny, ¿qué vas a hacer conmigo?

—Nada —le respondió ella.

—¿Cómo que nada? —ripostó él.

—Pues mira, ese nada significa muchas cosas, porque si te he de ser franca, yo te amo.

A Citerión esta declaración le resultó insólita y una manera de atraparlo y sorprenderlo, pero le parecía que en sus palabras solo había una forma de evitar un enfrentamiento a fondo.

Entonces él le dijo:

—¿Estás segura de ese amor que no rezuma tus ansias? No veo sudor en tu bozo y si alguna agitación se te trasunta, más se debe al frío de la tarde que a antiguas cicatrices dejadas por amargos recursos de boletería, puestos a la orden de los disidentes.

Sí, Anchora se había situado en el centro de la lucidez, buscando allá arriba, cerca de las figuras de oropel, lo anteriormente asumido por ella en las noches enderezadas como una ofrenda a la lujuria y a los deseos más discrepantes con las formas del amor.

—Entiendo poco tu lenguaje oscuro, a mí háblame para que yo entienda los afanes de tu cuerpo. No quiero entender ninguna otra sugerencia.

—Esta conversación —dijo Citerión— jamás nos conducirá al amor, y eso tú lo sabes.

—Claro que lo sé —dijo Anchora Fanny—. Claro que lo sé perfectamente. Mientras no se abran las compuertas de toda esta trampa y salga a grandes borbotones lo que tratamos de ocultarnos el uno a otro… Solo así se puede dar lo que no conviene a los dos. ¿O no?

—No te pongas dramática, amor mío —dijo Citerión.

—¿Qué tontería es esa? —dijo Anchora Fanny.

Volvieron a tomarse de la mano y continuaron caminando, en el momento en que ya el sol comenzaba a tenderse bajo el mar. Había en el aire una gran claridad. Ambos dejaron de hablar. Se hacían caricias, besándose suave pero emocionadamente. Al decidirse a regresar del paseo, ya el sol se había ocultado y la noche comenzaba a caer sobre la isla. Cuando pasaron frente a la casa de José Asunción, nadie había allí. Ellos apuraron el paso y entraron a la casa de las momias. Ya dentro, ella cerró la puerta con aldaba.

Anchora Fanny se quitó parte de la ropa y se tendió en la cama, y a su lado se acostó, con mucho cuidado, Citerión. Este la besó en los labios y en la cara. La fue recorriendo hasta las piernas y subió de nuevo hasta su rostro. Entonces le dijo:

—Mi amor, ¿por qué tan tarde?, cuando ya te marchas y cuando yo mismo ya me voy.

—¿Por qué te inquietas, si la felicidad no es cuestión de mucho tiempo? Seamos felices ahora, en este segundo que mientras hablo ya no existe. Ámame. Invítame a todos los excesos. Abre las puertas de la vida, del espacio amable, de los sentimientos cálidos —dijo Anchora Fanny.

—Tienes razón, pero es que en mi caso el tiempo juega un papel decisivo —dijo Citerión.

—¿Por qué, amor mío? Soy tuya ahora, en este momento, ¿qué esperas? ¿Existe algo que te inhiba? Dime francamente qué pasa —inquirió Anchora Fanny—. No puede ser que ahora, cuando ya no existe obstáculo entre tú y yo, ahora, cuando siento cómo va creciendo el río del amor, tú me excluyas de tu vida, de tus emociones. Estoy en tal situación que si tú no vienes por mí, pues no me quedará otra cosa que ir yo por ti. Pero yo siempre he creído que la iniciativa te pertenece. Tú manejas el gong. Hazlo estallar resueltamente. Yo nunca me he desnudado para que me dejen desnuda e intolerablemente sola. Por eso quiero que te desnudes totalmente.

Así lo hizo Citerión. Sin embargo, cuando quedó sin nada sobre su cuerpo hermoso y juvenil, Anchora Fanny exclamó:

—¡Oh! Dios mío, ¿qué pasó? No tienes ninguna erección, yo no te excito. Es la primera vez que me sucede esto, sobre todo, cuando lo cierto es que estoy enamorada de ti y yo sé que tú me amas. ¿Qué te sucede, amorcito? —dijo la joven.

—Pues nada —dijo Citerión—. Nada me sucede. Solo que sufro a veces de falta de erección. Es un problema nervioso. El cansancio, la emoción violenta y el deseo sexual pueden provocarme este fenómeno. No te preocupes, que si esta noche no puedo, podré mañana.

—No te comprendo. No veo cómo puedes hablar así, tan tranquilo y saludable. Porque, mira, la perturbada soy yo…, en este momento, cuando te necesito, cuando me haces falta. Quizás mañana todo habrá cambiado. El viento tomará otro curso, no sé. Sentía que te amaba tanto, necesitaba que fueras mío, que me poseyeras. No quiero herirte, pero eso te explica por qué mi cuerpo prefería a José Asunción. En las relaciones

humanas existe una química infalible. Sin embargo, mi pobre amigo, voy a acariciarte a ver si reaccionas. —Y diciendo esto, le tocó suavemente los riñones. Citerión, pese a todo, no reaccionó. Ella lo veía quedo, mustio, flácido, inerte, sin movimiento alguno. Citerión le preguntó:

—¿Puedo vestirme? Mañana será otro día.

—Hazlo. —Fue lo único que soltó Anchora Fanny, con un tono neutro.

En segundos, Citerión se vistió, y tomando el avío que había traído consigo, abrió la puerta y salió. En el umbral de la puerta, como un fantasma en cuclillas, estaba Robertus. Citerión cerró la puerta sin hablar y se dirigió al galpón de José Asunción, donde estaba su dormitorio.

Robertus se levantó y entró de puntillas a la casa de las momias. Se llegó hasta la cama donde estaba pensativa Anchora Fanny, y le dijo:

—Aquí estoy yo, Robertus.

Anchora Fanny no se movió, solo dijo:

—Ya lo sé ¿Qué haces aquí? Por mí nada puedes hacer..., pero espera un momento, siéntate en la cama.

Robertus se sentó, haciendo crujir el mueble. Anchora Fanny se incorporó y se le acercó completamente despabilada. Lo tocó por encima del pantalón. Entonces supo que Robertus tenía un animal destructor, todopoderoso, encendido, a punto de reventar la bragueta. Ella le dijo:

—Cierra la puerta, Robertus.

Él, enérgicamente, fue hasta la puerta y la cerró con mano segura, volviendo de nuevo al lado de Anchora Fanny.

Ella le insistió:

—Desvístete, Robertus.

Este no se hizo esperar y se desnudó por completo, aunque no pudo mostrar el poderoso ariete que llevaba entre las piernas. De pie, ante la cama, se arrimó a lo que él creía era el rostro de Anchora Fanny. De pronto, en la oscuridad, ella lo tomó en su mano y expresó con un silbido:

—¡Oh, qué inmenso lo tienes! Lo tienes bien firme. ¿Me estás mirando? —preguntó Anchora Fanny.

—Pues sí —dijo el hombre.

Robertus sintió que ella lo tiraba hacia el suelo, diciéndole:

—Acuéstate a mi lado, Robertus.

Sin tardanza, se echó como un animal al lado de Anchora Fanny. Tocó su cuerpo esbelto y lleno de sudor, con su falo enardecido. Robertus saltó sobre Anchora Fanny, abriéndole las piernas con su rodilla. Ella las apartó en un gesto de entrega total y él la penetró con lentitud porque no quería hacerle daño.

Cuando ella lo sintió todo dentro de sí, le dijo:

—No te muevas, quédate así por un rato. Dame muy suave ahora para sentirte más.

Robertus inició un suave movimiento de rotación sobre ella, que comenzó a gemir hasta gritar. De pronto, ella se meneó y Robertus la acompañó con todo su cuerpo. En cierto momento, ella lanzó un quejido fuerte e intenso y él se le fue encima con la fuerza de un toro y acabó junto con ella, abundantemente. Se mantuvo dentro de ella hasta que el miembro se le encogió y ya no pudo retenerlo dentro de la vagina. Entonces se deslizó hacia el suelo, en una situación de tristeza incontrolable. Mas no dijo nada. No sabía qué decir. Ella, igualmente, enmudeció. Salió debajo de él y se levantó

para lavarse, con un enorme sentimiento de gratitud para con aquel hombre que, a su modo, la había hecho feliz, sin pedir ni dar explicaciones. Casi odiaba a Citerión y al propio José Asunción. La tenían sin cuidado. No le interesaban. Ella sabía que con este hombre no había problemas. Había que mantener satisfecha su hambre de sexo y nada más. No eran necesarias más explicaciones. Ni él se las pedía. Ella simplemente le dijo:

—¡Vete!

Él salió de puntillas, como había entrado. Quitó la aldaba de la puerta y se recogió en la pálida luz de las estrellas, que en esa noche de comienzos de año presentaba un cielo brillante, barrido de numerosas luces celestes. A él se le prendieron como alfileres. Cuando llegó a su hamaca en el caney, se sentó primero, se tomó la cabeza entre las manos y se dijo así mismo: "Le di en la madre. Esa blanca supo que yo estaba afuera y de alguna manera, me llamó. Recuerdo que en algún momento yo silbé suavemente, casi en silencio, pero ella me oyó. Sabía que ella también podría conmigo". Se echó dentro de la hamaca y comenzó a roncar con fuerza.

Lo único que faltaba en toda esta relación entre Anchora Fanny y los hombres de la isla era la lealtad y la necesidad de encontrar, por encima de estas formas de conocimiento, un verdadero empuje hacia la libertad que les permitiera entregarse a las fuerzas de la vida, sin ningún lastre dañino. Pero ninguno de ellos, ni siquiera la propia Anchora Fanny, se planteaba los viejos problemas de la angustia y de la duda; nada de esto los hacia reaccionar, eran hienas esteparias.

Es decir, la maldad perfecta, la maldad como una forma de presentación ante los grandes misterios de la vida, que ellos, de alguna manera, sabían que llevaban consigo. En la semioscuridad del entendimiento, donde comienzan los túneles más oscuros de nuestras decisiones, allí, en ese mismo lugar, se ufanaban de ser lo invicto, lo no destruido, lo incontaminado, lo que se enajenaba, como el corazón de Anchora Fanny, sobre un largo hueso de silencio; ese hueso que se nos atraganta en el alba de una de las gargantas más despiadadas del inmenso mar en que nos movemos. Pero estar en una isla, rodeados siempre de un océano, era como perder la vida frente a un dios iracundo que jamás podría perdonarnos el haber puesto nuestro dedo en el punto de mayor riesgo y hacernos preferir el silencio eterno a los Cristos de la ilusión o a los golpes inmisericordes de la soledad de la especie.

Estamos con sed, con sed de verdad; esperamos encontrar el propio pozo donde podamos refrescar nuestras entrañas a punto de estallar. Estamos con sed y debemos calmarla, pero no con cualquier agua, sino con un líquido que además de esperanza nos perfore el ánima de certidumbre, por lo cual, en realidad, debamos encontrar como término una prescripción salvadora. En los acantilados del amor, quizás obtengamos las respuestas a las preguntas que nos venimos haciendo desde que le hemos dicho sí a la vida. En la isla solo existía la huella de unos apátridas, de un grupo de desesperados e iracundos que nunca libraron la gran batalla salvadora, sino multitud de pequeños combates con los cuales, de cualquier forma, nos iban a conducir al infierno de las sospechas, allí donde nadie saldría a esperarnos ni nadie nos sacaría de este piélago de sargazos. Aquellas noches todos

contemplaban el cielo buscando una definición, que fuera la estela impenetrable de Orión o la luz brillante, incandescente, de Sirio. De cualquier manera, en estos dominios no existía engaño posible y todo nos acercaba al eterno carro de los símbolos.

Dentro de su estilo de trabajar, Anchora Fanny había llenado, por lo menos, unas doce libretas de trabajo, implicando toda materia que la sociología, y las ciencias que le son afines, pudieran dejar advertido a quienes, de una u otra manera, requerían una avalancha de certidumbres, para poder escoger entre todas ellas las perlas que una vez habían sido el alcohol de ciudadanos del mundo. Como una prueba de aquel hercúleo esfuerzo quedaban los inmensos concheros, los cuales amortiguaban el violento sol de aquel furioso trópico, que en medio de las luces del alba entonaban viejas canciones bucaneras. Aquellos adelantados del miedo, aquellos esforzados paladines de las guerras que habían mermado toda una población de valientes y podridos soldados.

13-1. Estoy aturdida, a lo que ayuda mi pelo tan amarillo. He llegado al mediodía, jamás había visto un sol tan demoledor.

(Este sol va a crearme problemas. No acierto a ver bien, y mucho menos a caminar erecta sobre mis pies). Voy al encuentro de una antigua realidad urbana. Infolios muy antiguos me dicen todo lo relativo a hombres y mujeres que fueron unos adelantados en la conquista de formidables territorios en el Nuevo Continente, descubierto por Cristóbal Colón y sus hombres. La ciudad fue fundada al sur franco de la isla, allí donde la codicia se asentó primero que la voluntad fundadora. Estaban ahí para comer y beber, para hartarse de luz y para poder escribir a coetáneos de la Península sobre las averías y aventuras vividas por ellos en una tierra que todos desconocían, pero que de cualquier manera constituía su talismán salvador. El talismán contra todas las miserias que les habían acaecido desde que partieron de Palos o de cualquier otra parte de España y que, por lo demás, solo existía en la imaginación de gente muy extraña.

14-1. Dormí durante seis noches en el galpón que me facilitó José Asunción. Me dejaron sola dentro de aquel lugar. Un viejo colchón fue mi primera cama. Yo lo vestí con magnífica lencería que había llevado conmigo. La primera noche, dormí sin que nada me turbara. Sabía que los hombres estaban afuera, que mi cuerpo los exaltaba y que mi olor de mujer los maltrataba.

15-1. En la noche se dio un fenómeno celeste. Cada veinte minutos, se desprendía de la copa solar una nube de burbujas que límpidamente caían sobre las barbas del planeta. Fui llamada por José Asunción para que me sorprendiera del extraño acontecer. Al día siguiente me dediqué —con la ayuda de

José Asunción— a armar una tienda de campaña, que había llevado en mi viaje a la isla. Al mediodía estaba lista y ya había instalado mi gran cama y arreglado las maletas. Barrí muy bien el suelo de la tienda y colgué algunas toallas en sitios estratégicos. En la noche, llovió intensamente en la isla, cosa que no sucedía hacía, por lo menos, un año; aquel hecho fue como una advertencia, pues alguno de los libros se mojaron, ya que los había colocado sobre una tablita casi al ras del suelo de la tienda. Como el agua no amainaba, José Asunción me pidió que fuera a dormir al galpón; lo que hice, pues la lluvia era con truenos horrísonos y en algún momento me atemoricé. Al día siguiente, visité por primera vez la casa de las momias y decidí mudarme para la misma, pues me pareció holgada y perfectamente segura y abrigada. Era suficientemente amplia, y yo sabía que las momias no iban a salirse de sus ataúdes y a saltarme encima. La puerta delantera y una pequeña puerta trasera, por donde se hacía la limpieza de la casa, tenían buenas aldabas y por lo menos allí me sentía resguardada. En todo caso, yo tenía la opción de elegir. (Desde mi llegada a la isla, he llenado por lo menos cinco libretas).

16-1. Por primera vez salí. Hoy solo me entendí con insectos, lo cual es una gran suerte por la esperanza que contienen. Mis esquemas se han visto fortalecidos y engrosados. Creí que aquí solo trabajaría por relajarme, pero esta soledad es intraducible. Y he dicho que mis esquemas se han engrosado porque, además de insectos, aquí hay hombres. Los primeros marcan rumbos inéditos y el hombre aún no me ha planteado problemas, pero estoy segura de que más temprano que tarde lo hará.

He querido visitar toda la isla, pero mis huesos y mis músculos están entumecidos. Estoy segura de cumplir con mis metas. José Asunción, que es un hombre de mucha paciencia, pero muy alto y sarcástico, me está enseñando a hacer algunos platos de la cocina criolla: frijoles negros, arroz, verduras hervidas y otros más sencillos, además de los que sé desde niña, por ejemplo, jamón con huevos. No necesito lavar platos porque todo me lo hace José Asunción. Este es un excelente criado. Pero además he conocido a otro: se trata de Robertus, un hombre grueso, de aproximadamente un metro sesenta de alto y buena panza. Son personas serviciales y me agradan. Robertus me trae de la isla Grande todo lo que yo no preví. He comenzado a preguntar, pero es poco lo que se me responde, porque nadie tiene nada que recordar. Es decir, no existen testimonios. Ni vestigios. Aquí las piedras no pueden hablar, porque algo pasó por encima de la isla que lo mutiló todo. Salvo las momias, que tampoco hablan, las pocas cosas de la isla no dicen mucho. Entonces tendré que ir hilvanando cuentas dispersas, para reconstruir un collar de sucesos que me permitan encontrar el ojo de la cultura que aquí existió, tomar contacto con ideas y fantasmas que ya desaparecieron. Yo estoy dirigiendo una compañía de presunciones, con base en lo que de vez en cuando pudo haber ocurrido, donde hoy solo se guardan piezas de temor y de miedo. Mi vida transcurre sin ofender a nadie. Me levanto, me doy un baño marino, me seco con cuidado, y poca agua, la sal del cuerpo, me pongo algo más formal y salgo. Algunas veces paseo y otras me hago acompañar por uno de mis amigos, quien lleva sobre sus espaldas cualquier impedimenta que haya recogido o que mantenga conmigo por alguna

razón. Al norte de la isla existen algunos acantilados, a los cuales no se puede llegar sino por lancha y eso con algunos amigos de los asentamientos de pescadores, quienes guardan celosamente el secreto de los mismos. El tiempo era despiadado, no permitía que lo redujeran a simplemente una esfinge. Yo había comenzado a sugerir y a escribir una teoría de la locura, una teoría para el ensamblaje de todos los datos que mi curiosidad había ido ensartando. Valía la pena, porque dentro de aquella amalgama de situaciones, de notas oscuras, las he podido ir descifrando, para cambiar los secretos de todo cuanto me rodeaba por evidencias y certidumbres, antes tan lejanas y ahora casi inmediatas. Logré hacer un censo de personas y animales, lo cual pude materializar con indudable esfuerzo, llenándome de vivo interés el cuaderno sobre los pájaros de tierra y de mar que existían dentro de aquella tierra opaca, cuya mudez realzaba todas las cosas allí existentes. Quise aprender el lenguaje de aquellos seres, vivos y muertos, y al fin lo logré. Pude traducir mi propia voz, mis gestos más queridos, mis lágrimas. En fin, estoy invadida de presentimientos y de nobles rasgos que me había propuesto encontrar, y que podía hacerlo, pero no alcanzaba a ver nada con total evidencia, aun cuando me esforzara.

Me jugaré el todo por el todo. Como la esfinge de las grandes avenidas del desierto, como los caballitos serenos que atraviesan el desierto de Gobi, como los fantasmas que han abierto caminos en las impenetrables soledades de los Andes, en las colinas ocultas en las grandes llanuras de Kentucky o en las laderas boscosas de las heladas tierras siberianas. Así yo les ofrezco a las criaturas de la noche y a los elfos de las

primeras horas del alba, unos secretos y unos misterios que alimentan los goznes ocultos de la memoria.

17-1. Hoy es sábado y me siento muy feliz. Me siento atraída por los hombres que me acompañan en esta isla. No puedo decir a cuál prefiero. No creo que sea amor lo que siento por ellos, pero mi preferencia tiene que ver con el sexo. Tengo días pensando en hacer el amor. Pero, definitivamente, aún no sé con quién. En la mañana, me he quedado acostada mucho tiempo, me he bañado en el mar y ahora me siento espléndidamente. Esta noche quiero tener un hombre conmigo.

18-1. Lo de anoche fue simplemente espectacular. Tuve un hombre conmigo y me llenó como nunca ningún hombre lo había hecho. Ese hombre es poderoso, lleno de orgullo varonil. Y bien intencionado hacia mí. En otras palabras: no se burló de mí, de mis ansias y nunca quiso turbarme, ni humanamente ni por mi espíritu. He comido y he bebido hoy como nunca; estaba falta de sexo. Estaba acoplando mis fuerzas a las exigencias que mi cuerpo requería.

Me fui a dar un paseo por la salineta. Medio kilómetro más allá está el asentamiento de los pescadores. Me llamó la atención un pájaro bobo, detenido exactamente al lado de un pescador; este le barría constantemente la cabeza con los dedos. Me sacudí la blusa para alejar el intenso calor. Me acerqué hasta un viejo que mostraba una llaga carencial en una pierna, la cual no presentaba borde alguno. Era casi continuidad de la piel sana. Le dije:

—Yo te curo esa llaga, viejo.

El hombre volteó completamente hacia mí, pero no me respondió.

Yo volví a insistir y le dije:

—¿No me oíste, viejo? Yo te curo esa llaga y no soy médico, pero tú lo que necesitas es jugo de cítricos diariamente.

El hombre volvió mirarme y me dijo:

—Ojalá pudiera, señorita, porque esta llaga me tiene aburrido. Soy prácticamente un lisiado. Si usted me cura, veré sus manos como velas encendidas, como una nueva invitación a los días del mar. Usted será como la Virgen; una vez más dormiré a medias y volveré a tener sueños de marino, porque me he pasado más de la mitad de mi vida en el mar.

—Pues yo le garantizo que, si me lo permite, le curo ese mal… Pues lo voy a curar. Mañana vuelvo.

Desde aquel día volví, pero cargada con frutas frescas y medicamentos apropiados, algunos compuestos de sulfamida y, naturalmente, penicilina. Así comenzó la curación de aquel hombre, a quien todavía quedaban fuerzas para afeitarse diariamente con una vieja navaja, que usaba con gran destreza. Se fue haciendo ostensible su sanación, su completa recuperación. Hasta ahora, este era un olvidado en su sufrimiento.

Aquella curación significó para mí el triunfo de una gran batalla. El hombre contra la muerte. El hombre solo en su soledad contra las mayores oscuridades demoníacas. Esta fue su gran compensación. Desde entonces, ese hombre se dedicó a mí como un verdadero esclavo. Su única recompensa era mirarme, ver la piel de mi cuerpo. En algunas ocasiones, pude ver lágrimas en sus ojos.

Yo, día a día, explotaba la veneración que ese hombre sentía por mí. Me llevaba sobre las orillas marinas de la isla y con su canalete, usado con suavidad, conducía la pequeña embarcación mientras yo leía, comía o me bañaba. Algunas veces, durante los paseos, llovía leve o intensamente y él me cubría con una lona que llevaba enrollada dentro de la lancha. Nunca hablaba conmigo si yo no se lo sugería. Después que se deshizo de su enfermedad parecía un hombre distinto, saludable y apasionadamente humano.

Alguna vez le pregunté:

—Señor Críspulo —porque así me dijo que se llamaba—, ¿usted no tiene familia?

—Tengo unas hijas mayores y algunos nietos —contestó.

—¿Solo hijas?

—Pues sí, solo hijas, porque el único hijo que tuve se ahogó en el mar.

—Pero ¿nunca las ve o va a la isla Grande a buscarlas?

—Sí, algunas veces he ido a buscarlas, pero es que nadie me quería con esa llaga. Me gustaba permanecer aquí porque mis compañeros me alimentaban y necesitaba algo de ropa. —Al día siguiente, Anchora Fanny se presentó con pantalones y camisas que había mandado a comprar a la isla Grande para el viejo.

En otra ocasión, le pregunté al viejo si sabía leer y me contestó, en voz casi inaudible, que sí, que había llegado al bachillerato y que ahora leía los libro que había dejado su hijo.

Puso su brazo sobre el hombro de José Asunción, que sin quererlo tembló. Azorado, dijo:

—Está soplando viento. Entremos.

Ella no se movió, pero agregó:

—Quedémonos aquí. Me gusta el airecito que sopla. Me consuela ver el hermoso mar que ciñe la isla.

Él quitó su mano de la pierna de Anchora Fanny y se puso a jugar con una navajita que extrajo de uno de sus bolsillos. Comenzó a desbastar un trocito de madera que halló cerca.

Como si no quisiera considerarlo, ella dejó caer su mano hasta el sitio donde el miembro del hombre amenazaba con levantarse, envalentonado con la presencia de ella. Él, con una ansiedad repentina, se levantó de su asiento. Aparecieron por la playa algunos pescadores, mostrando sus piernas nervudas y pilosas, y lo llamaron con un gesto de sus manos.

—¡Eh, José Asunción! Manda a preguntar Pedro si te queda algo de café.

—Claro —dijo José Asunción—, pasen. Y diciendo esto, se adentró en el galpón que, azotado por el viendo del atardecer, gemía. Las piezas de aluminio del techo se lanzaban violentas acusaciones. José Asunción tomó un paquete entero de café molido y se lo entregó a uno de los pescadores. Los hombres salieron y uno de ellos le dijo en voz baja:

—Esta noche, Sixta tiene sesión espiritista. Te mandaron a decir que no te la pierdas; todos te quieren ver y hablar de ella —dijo el hombre, haciendo un gesto con la cabeza y los ojos para señalar a Anchora Fanny.

—Voy a ver si puedo ir —dijo José Asunción—. Estoy muy ocupado. —Con estas palabras de José Asunción, los dos hombres se perdieron entre las dunas de arena próximas a la playa.

—Esta gente no pierde ninguna —dijo en voz baja José Asunción—. Están en todo.

Un cierto temor oscuro invadió a Anchora Fanny. Sentía su sangre fermentar en los pozos internos de su juventud. Pisaba las piedras, que ya eran cantos rodados. Las aguas del mar, tan puras que en el fondo se veía todo sin que se alterara su forma, corrían sobre sí mismas como si una corriente musical se extendiera sobre ellas penetrándolas. Eran movimientos de arriba y abajo, de lado y al costado, dando saltos u oprimiéndose contra los muslos de la joven, que gozaba de aquella vibración íntima con sumo deleite. Se tendía y nadaba de espaldas. Se volvía para nadar sobre todo su cuerpo, haciendo que el agua tocara y relajara sus senos, bajando el placer hasta su vientre y hacia los caballos sedientos de sus piernas.

Cuando nadaba mar adentro, sentía el agua del mar, como un escualo de lenta mordedura, rasparle los hollejos de su vientre. De sus adiposidades más ocultas, tan cerca y tan lejos de la verdad, hacía flotar entonces, con un golpe de cabeza, sus cabellos en las aguas frontales. En cuanto había nadado ciento cincuentas varas se detenía y, volviendo la grupa, braceaba hacia la playa, que la esperaba en su limpia cobija de plumones de sándalo. Aún podía sentir la vida mínima acorazándose bajo sus pies, en la arena tibia que esperaba como imán los golpes sonoros del mar bravío. De pronto sintió en sus ingles la urgencia de ser amada. De ser detenida en sus avances solitarios, dejándose perseguir por sensaciones y pasiones nuevas y amigas. Sintió entre sus piernas la espumilla del sudor y cómo el agua la penetraba y la limpiaba, la dejaba tersa y suave para que nuevamente los golpes del deseo le llegaran hasta la conciencia. Pero esa conciencia del deseo y del placer no se refería a los antiguos campos de la aurora boreal, detenidos por esta en su incandescencia, y naturalmente, tampoco a la aurora austral, donde las ballenas y los delfines pugnaban por salirse del frasco. Pero esta angustia, toda esa necesidad, solo se expresaba en ella moviendo tiernamente los ojos hacia los lados y a su frente, donde el mar dejaba la suave holanda de sus aguas. Recordaba la primera vez que sintió dentro de ella la torrencial vivencia de su cuerpo, que le exigía a sus desmayos e inapetencias la doble necesidad de ser amada. Recordó aquel diálogo archisabido, con todas las anticipaciones, que había entablado con su madre:

—Me arde el pelo y necesito de mis manos; igualmente todo mi cuerpo, madre.

—Ya lo sé, hija. Ha llegado el momento en que, sin medias verdades, quieres dar, entregar. Tu cuerpo estallará si no existe nadie que lo tome y lo haga callar. Una boca tiene que venir y cubrirte de besos ácidos y cáusticos. No importa. Necesitas una pareja. Necesitas un santo y seña y nada más. Es la hora del éxtasis, del más hermoso delirio de la mujer. No requiere motivos ni causas. Los zainos de tu cuerpo pisotearán lo que no se les entregue, porque es lo que se les debe.

—Pero ¿a quién me he de entregar, madre? ¿Quién vendrá a buscarme por mi cuerpo y nada más que por él? Él por mi exigencia y yo por la suya. Yo estoy cargada y necesito que el gatillo permita el disparo. El disparo feliz. Eso es todo.

—No, hija, eso no es todo. Porque contiene un propósito, el cual, por ahora, debes evitar; es imperativo que lo evites. No es hora de azules maternidades. Además, no requieres ningún juramento, ni mucho menos una dedicación exclusiva.

—Está bien, madre. No es malo que te dediquen la vida. O por lo menos que te lo digan.

—Te lo dirán y no creo que sea malo. Una parte del amor se llena de palabras y las necesitarás. Claro que sí. Necesitarás reservar a diario tu fe en la fe de los demás, porque eso es lo que denominan amor. Ese deseo imperativo de ser la primera y la única.

—Gracias, madre —levitó Anchora Fanny.

Así, aquella primera marejada dio paso a una gran tranquilidad interior, pero con el penoso sentimiento de que si volviera no tendría a la mano el instrumento apropiado para vencer aquella tropa de feroces animales intimatorios. Ya sabía que esa era la forma de cortar la exaltación. Es decir, preguntando… "¿Es eso verdad? ¿Cómo podré saberlo? —se

dijo a sí misma—. La fiera cae a mis pies sin saber qué responder, o simplemente diría: Lo juro. Lo juro. Lo juro".

Eso ella sí lo sabía. Sabía que el fuego sí había sido conjurado. Su propio cuerpo se había desflecado. Se había tornado en pura agonía. Ya no exigía. Solo yacía turbado, sin que nada lo llevase al frenesí. En su alma, solo líneas de melancolía se mezclaban para mencionar paisajes, pero sin voz, sin luz y sin alma. Solamente uno le había dicho: "La ternura es la puerta a la lujuria. Ve con cuidado. De todas maneras, alguna vez tendrás que volver sobre tus pasos y convenir que solo la lujuria da satisfacciones. Nuestro cuerpo tiene sus propios lobos y ellos, tarde o temprano, exigirán lo suyo. La carne de la lujuria siempre estará sobre ti". Lo tendré en cuenta, madre. Aún no ha llegado ese momento, pero sé que llegará.

Ante todo, estaban las premoniciones del amor. No recordaba que ese sentimiento la hubiese sacudido verdaderamente. Ella lo había presentido en alguna que otra ocasión, pero, a decir verdad, nunca lo había sentido en su vientre ni en su pensamiento. Había estado en un viaje sin escalas a través de su sensibilidad, multiplicando las voces de su consciencia y su inconsciencia.

Todo lo tenía en su mente y perfectamente comprendido. No existía nada de lo cual ella no conociera, con alguna certeza, su contenido y sus estimaciones formales. Por ello, podía irrumpir en cualquier asunto referente a su persona y a su vida y tomar decisiones claras, sin dubitaciones. De otra manera, ella nunca hubiera sido persona de tomar decisiones trascendentes y mantenerlas.

Anchora Fanny recogió sus piernas largas y perfectas, en actitud de yoga contemplativa, y se dedicó a pensar sobre sí misma. El calor no le hacía ningún efecto, salvo al llenarle el bozo de gotitas de sudor. Hizo pasar por su mente todos los detalles de su vida en la isla y de lo que había logrado incorporar a su personalidad. Esa tarde quedó en encontrase con José Asunción, en la playa inmediata a la Aduana, y este no había acudido, dejándola desesperada y buscándolo con los ojos por todos lados, pero él no llegó nunca. En un primer momento, ella quiso indignarse, pero se dio cuenta de que nada superaría con ello. Él había faltado y eso era todo. Al principio decidió no volverlo a ver.

José Asunción sabía que algo nuevo había llegado. No solo era la mujer extranjera, no solo una visión tan lejana y tan cercana, como nunca antes había sentido otra cosa en su vida, otro objeto en los momentos más extraños de su delirio. En las noches en que no dormía, le bastaba la intensa batalla librada en los mundos más distintos de la Vía Láctea, y de las otras vías sin nombre que latían en el universo, tan ásperamente lejano, y más aún, alejándose a miles de kilómetros por segundo de la inicial y posible visión del hombre. Un orbe de galaxias brillaba sobre su cabeza. Hacía millones de años que habían nacido y desaparecerían sin que él pudiera entender todo esto. Pero ahora sobre él oscilaban indiferentes muchísimos mundos, en los cuales seguramente existirían otros iguales al nuestro, con vida, por lo menos, muy semejante a la que dormía y vivía en el nuestro. Él recordaba las innumerables veces que había recorrido esa playa.

Muchas veces, sin ningún objeto, desaparecía entre las dunas y se acercaba; acercaba su alta figura, su poderosa figura, a los pescadores diariamente sometidos a la gran exigencia de la pesca de chinchorros, en las cuales caían cardúmenes hambrientos de jureles, cuando atacaban a las camiguanas desesperadas, que llegaban a perderse sobre la costa sin la posibilidad de volver al mar. Entonces, funcionaba la pesca con redes y los hombres se animaban e internaban en aquellas aguas convulsionadas por la caída inexorable de multitud de peces, que luego serían limpiados de vísceras y descuartizados para secarlos al sol intensísimo de aquellas costas, tan próximas a sus deseos de obtener riqueza, o por lo menos satisfacciones básicas para la vida de cada uno de aquellos esforzados gallotes. Viéndolos alimentarse, surgía en nosotros la pregunta, o preguntas, acerca de las aspiraciones y sentimientos de hombres tan primitivos. Inmediatamente, el llamado Pedro, que parecía ser el jefe de todos, le dijo:

—José Asunción, llegas a buena hora. Acércate para que comas. Además, tenemos unos buches de ron.

—No se molesten —dijo el hombre alto y viejo.

—No es molestia —volvió Pedro—. Come algo.

—Los voy a complacer, porque desde antenoche no como bien.

—Aquí tienes este plato de funche y pescado fresco. Coge tu café de la jarra, ahí tienes una totuma.

De reojo, José Asunción observó que Sixta se hallaba entre los hombres, junto con su hija. La vieja Sixta comía a dos carrillos funche y pescado, acumulando las espinas a la izquierda de su boca y luego lanzándolas con gran precisión. Lo mismo hacían los demás, que no habían hablado ni

una palabra. Todos sentían un gran respeto por la hora de la comida. Cuando hubieron terminado, en unas totumitas muy pequeñas, comenzaron a servirse ron, el cual fue trasegado con gran contento por todos los hombres y mujeres del lugar.

Pedro llamó aparte a José Asunción, y le pidió detalles sobre la extranjera que había recientemente llegado a sus predios. José Asunción le comunicó todo lo que sabía y le informó que le mantendría enterado de lo que sucediera allá. Pedro le recomendó que cuidara especialmente a aquella joven, que no debía ser molestada de ninguna forma. Él presentía que podía traerles problemas. Es decir, problemas con las autoridades de la isla Grande. José Asunción le participó que tendría mucho cuidado con la joven y que prometía que, si podía evitarlo, nada le sucedería. Todos, que él supiera, simpatizaban con ella. José Asunción le pidió a Pedro que le enviaran algo de pescado fresco al día siguiente, para ofrecerle a la señorita una buena comida. El pescador así se lo prometió. José Asunción se despidió brevemente y se alejó rumbo a la zona del galpón. Allí se encontraba atada y afincada su alma; no había manera de que él variara su pensamiento, puesto que la presencia de Anchora Fanny había borrado todas las demás certezas. La presencia de ella evocaba e invocaba todas sus necesidades del alma y del cuerpo. Este sentimiento le hizo apresurar el paso.

—Estoy leyendo hace mucho un librito que a mi hijo se le había mojado, perdiéndose algunas páginas, precisamente las primeras —dijo Críspulo.

El autor, cuyo nombre había desaparecido, comenzaba por "Se" y terminaba en "eca". Él llamaba al libro, "el libro de Seeca", pero no sabía si realmente ese autor existía. Había tratado de descifrarlo, pero hasta ahora no lo había logrado.

Anchora Fanny le preguntó si recordaba algo de esa lectura y el respondió que sí y recitó algunos pensamientos inscritos en ese texto.

—"La vida es breve; el arte es largo". Ese es otro pensamiento de Seeca.

—"No recibimos una vida corta, sino que nosotros la acortamos". Y este es otro pensamiento de Seeca.

Inmediatamente, recordé —pensó Anchora Fanny— una obra de Séneca, denominada *De la brevedad de la vida*. La vida es muy corta, pero muy intensa.

19-1. En los días siguientes, me afané en terminar la lectura sobre los aspectos críticos de las antiguas sociedades humanas. Los norteamericanos tienen muy buena literatura al respecto. Leer aquí es muy grato, pues una se puede rodear de una soledad esencialmente creadora y humana. Aquí he aprendido a reconocer en el hombre a mi semejante. He valorado íntimamente todas las directrices acerca de la conducta humana, como centro y motivo de la evolución del hombre, de su ingrimidad. Asimismo, he realizado numerosas notas y estoy llenando una sexta libreta. Espero recoger la información suficiente para un nuevo libro.

Aquí había que arar a fondo para encontrar migajas, ya que no existía memoria de lo que fue esta isla, nadie aportaba ninguna referencia que sirviera de algo. La única evidencia y señal importante era la existencia de conchales de ostras, pues, sobre todo en la costa este, podían hallarse numerosas muestras.

Ayer me tocó presenciar la muerte de un hombre. Y no hablo nunca de la mujer, porque vi entre los pescadores muy pocas mujeres. Las que encontré eran las compañeras de algunos pescadores que habían sido llamados o, de alguna manera, tomaron la decisión de hacer un corto viaje a esta isla.

No sé cómo, pero en pocas horas el hombre se hallaba acostado en un ataúd. El ataúd parecía usado. Realmente, la muerte así carecía de toda grandeza, porque de cualquier forma la muerte de un hombre implica un tremendo aldabonazo en la puerta del mundo. Me paré a verlo durante el velorio, donde sus compañeros consumían alcohol. Es decir,

licores baratos y caros. Todo el mundo bebía alegremente, hablando del muerto y de sus mujeres. El hombre había fallecido en la tarde, después de una penosa agonía. El día anterior había llegado un médico medio borracho, pero con cara de hombre bueno. Examinó al moribundo y con aire tranquilo, dijo:

—El fumar cobra su deuda tarde o temprano. Este hombre se alimentaba deficientemente, pero fumaba continuamente. Va a morir pronto porque sus pulmones no funcionan, no quieren empujar la sangre a sus alvéolos, y así el corazón no manda y se apaga lentamente, pero se apaga. Yo aconsejo que le dejen tranquilo.

El hombre que moría pedía, con gestos desarticulados, que le pusieran un cigarrillo en la boca, y el médico les dijo que no lo hicieran. Era un gusto de moribundo. Había que dárselo. No había por qué torturarlo. Le quedaba poco en el mundo. Ya todo él pertenecía al pasado. Cuando al fin ya comenzaba la noche, murió. Todos se sintieron aliviados, pero la gran pregunta que se hacían era cuál de ellos sería el próximo en caer. Resulta que la muerte de un hombre es tolerablemente más solitaria y perturbadora que la de un tigre. Alrededor de este hombre se había hecho un vacío que nada llenaba. En cambio, uno podía ver cómo el tigre iba entregando los colores de sus listas, o un apagado furor que había durado durante toda su vida, o un soplo, y él había pasado por ese soplo como pasan los tigres del circo, limpiamente, por los aros encendidos. Ni un asomo de temor se alojaba en sus ojos, nada que no fuera una indetenible determinación animal. Había llegado el momento de saltar y saltaba, sin recordar nada del pasado. Su furor vendría después de hallarse libre de toda compulsión. Especialmente si, más allá de la

función circense, aparecía, en un tropel de caballos indios, el hombre impredecible.

Morir es decir adiós cuando aún tenemos cosas que hacer y decir. De pronto, en la vida de un hombre queda una página vacía y no hay manera de volverla y pasar a otra cosa. Me fijé muy bien en sus uñas cianóticas y, en cierto modo, verdes. Era una pátina de vejez intolerable. Era como si ese cadáver existiera así, sobrio, frío, eterno. Su rostro no decía nada. No sentía haberse muerto. De pronto se había tornado cerrado a todo duelo. Su pellejo pegado al cuerpo. El rostro apagado y de mejillas hundidas. Era un muerto de verdad. No estaba mintiendo, y a él no le importaba que lo enterraran o lo cremaran. Todo había ya pasado y se hallaba justo allí, donde nada ni nadie podía ocasionarle molestia alguna. No era un interlocutor de alguien, no esperaba, ni tenía prisa, no iba a ninguna parte. Estaba libre para una gran empresa, pero no había persona alguna que se lo propusiera. Estaba solo y él no lo sabía ni le importaba. Había estado escuchando lo último que se había dicho de él antes de expirar:

—Este hombre está muerto. Denme un espejo pequeño para comprobarlo.

—No es necesario si ya está muerto. La contraprueba de la muerte es la vida. Solo tienes que preguntarle si quiere algo y solo escucharás el aullido del viento ente las grandes vejigas celestes, las hojas de los pinos se marchitarán de tanto dudar de su existencia. No deben dudar de su existencia. No deben utilizarlo como sin aún estuviera vivo.

Yo estoy abismalmente lejos de él; ya no puedo escucharlo, pero no existe duda alguna de que habla con sus labios nuevos y mustios. Él estaba mirando a los caballos beber

agua y levantar los ojos ante la voz del amo, que les ordenaba: "beban o dejen de beber, corran o dejen de correr, salten o dejen de saltar".

Esa misma tarde cerraron la urna y la montaron en un peñero, acompañado por algunos de los pescadores, con ropa nueva o recién lavada y planchada. Era curioso saber que aquel hombre muerto, ya sin aliento ni vida alguna, dominaba todavía el alma de sus compañeros. Toda su existencia, sin nada notable qué contar ni perseguir. Solo una tarde fue el héroe de un suceso que muy pocos conocieron, y menos admiraron. Como en el antiguo Egipto, los jóvenes faraones marchaban detrás del catafalco de sus padres, ataviados con ropas militares. La única diferencia con el resto de los capitanes de la milicia era un azor, que sin saber exactamente por qué, se había posado sobre el hombro derecho del joven faraón.

Pero esta muerte sí tenía dolientes: el viento, la soledad, el silbido de las aves marinas, y, sobre todo, la presencia sesgadora, irrepetible, de dos azores que vinieron a posarse limpiamente sobre el ataúd que el peñero conducía, para alejarse de la isla donde se habían cumplido todos sus afanes. Tampoco podía decirse que el ataúd huyera, que la nave dejara su estela blanca para que los animales marinos se colocaran gorgueras en sus agitados pechos; los verdaderos caminos del hombre se parecen a la condición humana, nadie la puede definir, pero todos saben de qué se trata. Para algunos, los verdaderos caminos están a la derecha; para otros, a la izquierda. Pero aparte de las torrenciales fuerzas del corazón, nadie está enterado de en qué sitio ha de aparecer el gran dominador, el gran entendido, el sabio de todas las sabidurías. Ya lo han dicho los griegos, los que destruyeron la Biblioteca de

Alejandría, después de dos mil años, aún están gobernando. Lo que le ha faltado al hombre de hoy son auténticas políticas. No la acumulación de falsas realidades sociales, tratadas con instrumentos que se hallan definitivamente oxidados. Si usted no sabe de qué se trata lo que está en el aire, es porque usted mismo no lo quiere saber. ¡Cuántas cosas hemos visto hundirse frente a nuestros ojos, sin que diéramos siquiera un respingo!

Levanten el vuelo quienes quieran unirse a las huestes de los seres que pueblan las rías solitarias y solidarias del río de nuestras vidas. Aquí nos llega el aire perfumado que va dejando el *voile* que viste la isla, y el cual sirve para cubrir la nítida aurora de su cuerpo, las escalas que permiten sostenerse como leviatanes en el aire casi sólido del amanecer. Todas las albas se han agrupado para rendirle un último homenaje al hombre más solitario del mundo, quien no pidió nada y solo quiso beber la fría leche del rocío reciente, y listo para hundirse en las aguas tibias de la lealtad con el hombre. Nada ni nadie podrá arrebatarle a aquel zorro pequeño y astuto su deseo de vivir, pues solo vivió para enfrentar retos y para negarse a participar en guerras predatorias de los mejores deseos del hombre. Desde allí, se abrió fuego contra los limpios espejos que habían sido heredados por la noche, de los biseles encontrados en catatumbas llenas de perlas y sortilegios que hay que buscar en el lecho poblado de piedras y de seres altivos y ardientes figuras en aguas que nadie más burlaría.

Estamos penetrando el estrecho que separa a Thule de la isla Grande. Es la boca donde se juntan Escila y Caribdis en sórdido bostezo. Todo el mar se halla en silencio, salvo las olas pequeñas y reiterantes que chocan contra el barco.

Los hombres no hablan y solo se escucha el suave aletear de una canción aparentemente muy lejana. De resto, el cloquear de la máquina que impulsa la pequeña nave, la misma que está acortando la distancia entre la isla de los fastos y la tierra en la que solo florecen estrellas en las noches más oscuras y profundas.

20-1. Anoche murió aquel inexpresivo ejemplar humano. Se sentía mal y no había dicho ni una palabra. Solo pidió que no lo enterraran en el mar, sino al lado de sus padres, en la parcela del cementerio que pertenecía a su familia, en aquel pequeño pueblo que se asomaba en la colina. Asimismo, les había pedido a sus amigos que me condujeran junto a él antes de que la noche lo cubriera todo, porque quería llevarse una imagen de una mujer bella, la cual seguramente viviría en su retina mientras los gusanos hacían su trabajo demoledor sobre su hirsuto cuerpo.

Cuando llegaron al malecón de la isla Grande, casi no había gente, pese a ser todavía de día. Solo algunos familiares que estaban esperando al cadáver para conducirlo al cementerio del pueblo evocado por él. En un coche mortuorio, bastante viejo y no poco destartalado, hundieron el ataúd y se lo llevaron cuando la tarde comenzaba a herir los ojos de los amigos. La embarcación, con su tripulación y la gente que vino a despedir a aquel hombre, se reembarcó en el peñero y comenzó a surcar un mar canoso por el viento que se había adueñado de aquella historia, la cual nadie quería contar ni recordar. Se sentaron como pudieron y el viejo motor de la embarcación,

de regreso, se sacudió un poco y partió con ritmo lento y un poco fastidioso hacia el campo de batalla, donde aquellos que vivían se dedicaban a colorear su propia existencia. Esa tarde tan poco significativa, Anchora Fanny pensaba en su propia persona y en esa artificial solidaridad que se había establecido entre ella y los pescadores de la pequeña Aduana, donde vivían y pernoctaban. Nadie hablaba sino en monosílabos o simplemente no hablaba.

Pero se acercaba el cambio de capítulo, se cerraba un libro y un recuerdo. Se echaba un grueso y negro paño sobre aquel sensible e inmediato pasado.

Sirio, incandescente y joven, brillaba intensamente en el cielo: parecía un cuervo cristalino. Volaba exactamente hacia el norte cósmico, rumbo a Andrómeda. El espacio nocturno se superponía en anchas franjas, permitiendo, entre sus grietas, un intenso viento solar, o mejor aún, un viento estelar. Desde todas partes llegaban los alaridos de la madrugada. Todos los seres del mar se agotaban y desvanecían en su acolchado elemento. Solo se veían, como estrellas fugaces, algunos peces trazadores desprendidos de sus elocuentes servicios al mar. Eran como intensas joyas mortales sobreviviendo a la pequeña muerte de la crispación y del amor.

Anchora Fanny, por alguna razón incomprensible para ella, pero perfectamente lúcida a los designios de su temperamento, sentía su vagina ardientemente húmeda, con un líquido suave y cremoso que la hacía resonar como si fuera un oscuro y viejo corredor antiguo, un espejo de solicitudes, un tambor mágico. Ella sí sabía de qué se trataba. Percibía que sus amigos, los elfos, habían estado comerciando con sus sentimientos. De ellos la separaba un grueso vidrio

que permitía mirar hacia afuera, pero hacía imposible ver de afuera hacia adentro. La lanchita devoraba el tiempo y los pocos kilómetros que la separaban de la isla. Sentía un inmenso y agudo deseo de hacer de nuevo su cama en el suelo de la tumba. Allí había anidado su fuerza y los poderes que, como fuerza condensada y tupida, estaban abriendo un hueco profundo en su alma.

¡Oh!, que la mañana nos asaltase con el suelto huracán de sus emociones más recónditas.

La noche viajaba con Anchora Fanny, como si hubiese decidido huir con ella. Las aguas negras e hirvientes del océano se multiplicaban ferozmente en mil ataúdes, los cuales se iban integrando al suelo poroso del gigantesco espejo del alba, anunciada ya con leves cabellos que el viento peinaba en sumas sonoras de culminación, cuando tal vez, en pocos minutos, vacilaría la noche sobre aquellas mondas de oro que el sol, con su cornucopia, parecía derramar sobre el mundo. Primero fue un tazón de leche tibia. En escasos minutos, un ave del paraíso. Y en pocos momentos, se anunciaba el becerro de oro, el objeto del peligro, porque su solo recuerdo era la abjuración a la fe de sus mayores. El peñero comenzaba a escorar, ora a la derecha, ora a la izquierda. El flujo y el reflujo de las olas movían fuertemente aquella elemental cáscara de naranja, violentamente sacudida por la marea. Su pensamiento derivaba hacia incógnitos misterios, hacia imposibles designios. La noche y el mar se acercaban a su fin. El sol de la mañana alumbraba la superficie de la playa. Derramaba una luz espesa y cálida, pero todo lo extraño y lo escondido quería pasar silbando los canales, en los cuales iba a perderse todo lo que no podía ser descifrado por este presente

milagroso, donde se anulaba cuanto él representaba. Ella misma no deseaba convertirse en un secreto de esfinge. Estaba frente a los hechos de mayor significación virtual, ya que, en efecto, iban a marcar su vida con una impronta definitiva.

El peñero parecía resentido. Sin embargo, atravesaba el mar laxo y arremolinado de cierta tristeza; y a poco se sorprendieron de ver a lo lejos la costa, en la cual brillaba una lucecita que iba y venía, sin quedarse en un solo sitio; la luz erraba por aquel campo de seres sacrificados y adoloridos. Dentro de poco, todos se iban a unir al pequeño dolor exhalado por los que se habían quedado y por los que utilizando el peñero habían acudido a acompañar por última vez la sombra del amigo y compañero, aquel que jamás dio un grito de dolor y ni siquiera en la muerte hizo un gesto maledicente. Había que morir y eso era todo. Se había acostumbrado a los hechos aparentemente fortuitos, pero inscritos, sin duda alguna, en el gran cuaderno del destino, abierto en la página desconocida de su intuición, aquella cosa que antes había ocupado su ánima y su alma. Ahora estaba vacío y fuera de control, para dejarse conducir en un cajón sin vida a algún sitio donde sería servido a los gusanos y a todas las polillas infestadas sobre su rostro, su pecho, sus manos, sus pies y su vientre, las que consumirían inapetentes los jugos atesorados por su antigua carne. Dentro de diez años solo sería un recuerdo aquel cuerpo que, de alguna manera, dormía asignado a los pobres designios de su calamidad. Sus compañeros habían manejado el cadáver con gran precisión y querían significar con ello todo el contenido de posesión de los sentidos.

Anchora Fanny comprendía cuánto amaba aquella isla despoblada o poblada por muy pocos… Era una pasión, un

amor que se había ido desarrollando muy lentamente; quizás comenzó cuando el avión aún surcaba los cielos de aquellos parajes emergentes. Ellos decían, venga, venga todo cuanto nos permita entrar en esta tierra, en la cual el dolor era, por supuesto, el piso de toda evidencia, de toda realidad sobre la que yacerían no solo recuerdos, sino igualmente las turbulencias del ahora, el gasto implicatorio de toda conducta y de todo ayer.

Ellos y Anchora Fanny lo sabían. Sabían que en el futuro se iban a templar en una caldera de sospechas o de entendimientos a media voz. Que nadie los comprendería de otra manera. Que lo supieran por todas las razones de la vida y no por las circunstancias de la muerte. La muerte era un hecho, y además, inevitable e involuntario. Cuando aún no aprestaban nuestro catafalco, se hacía inexorablemente presente. Ruidosamente o en silencio.

La primera vez que reembarcó en la isla, tenía un sentimiento de libertad imposible de esconder. Había llegado ahí sin ningún reparo, pero en este nuevo desembarco, en la pequeña isla, en el mundo de las islas enanas y sin ninguna referencia especial al inmenso archipiélago del mundo, se sentía llena de aprensiones. Decir aprensiones es ampliar el espectro de lo ocurrido, aludiendo suspicacias ante aquel cadáver infinitamente menudo en el clamor del universo. Pero ahora ella ponía sus pies sobre las piedras del embarcadero, de aquel amable espigón tan sólidamente unido a sus sentimientos, atraída por un fichero exótico y tierno. Por eso, caminaba de prisa, se ponía sus botas de gamuza, tan protectoras y tan abiertamente unidas a sus actuales pensamientos y a las emociones que la envolvían.

—Citerión, ¿dónde estás? Te amo. Te necesito. Me has tratado despiadadamente. No puede ser que solo conmigo no hayas tenido erección. No puede ser que tu juventud solo a mí se haya negado. No quiero nada que no provenga honestamente de hacerme sentir el río maravilloso de tu piel, tan suave y perfumada, por las flores traídas en las manos de la noche, por los brazos de tantos amigos y conocidos por ti, y por tu voz llena y saturada de sales marinas y terrestres. Citerión, yo quiero que me permitas soñar a tu lado, quiero verte y olerte desde tu hombro, y desde el suave edredón de tu vientre, quiero verte rodar sobre la arna de tu rostro y sobre el denso licor de tus cabellos rubios. Tú me has dicho que el trópico es como un horno, en el cual se maduran las mejores zarzas del amor. Te pido que me impongas más allá del presente y del futuro, quiero tenerte intemporalmente, arañando la tierra con tus uñas y manos para encontrar el verdadero lecho del amor. No te defraudaré, ¡ámame y verás cuánto calor puedo entregarte junto con mi corazón! —Era así como clamaba Anchora Fanny.

Anchora Fanny se había desbordado en la playa y sentía cómo la arena se hundía ante sus pisadas de gacela enamorada. Dio la vuelta sobre su hombro y ya no vio nada en la playa desierta donde —cosa extraña— solo pudo oír, de pronto, el canto sonoro y extendido de un gallo anunciando el alba. Sobre el mar, lejos, aparecía la fina raya del horizonte.

Sin darse cuenta, agitada y cansada como se hallaba, trató de abrir su puerta y se sorprendió cuando, desde adentro, una voz varonil le contestó:

—Pase, la puerta está abierta.

Se paró en seco y pensó acerca de quién estaba en la habitación. ¿Quién podría hablar con tanta eficacia y seguridad? Sobre todo, en tono tan tranquilo. Decidida, abrió la puerta y penetró en la habitación donde la oscuridad le impidió ver el entorno.

—¿Quién está aquí?

—Soy yo —dijo José Asunción—. La estoy esperando. Usted debe estar muy cansada y quiero ayudarla.

—Por favor, prenda la lámpara —dijo Anchora Fanny.

El aludido le dio fuerza al gas del artefacto y enseguida se hizo la luz, alumbrando toda la habitación. Entonces ella pudo ver a José Asunción, sentando tranquilamente en la silla de cuero.

—Hola, José Asunción —dijo Anchora Fanny—. ¿Qué haces aquí? No creo que estés en tu lugar.

—Sí, señorita, estoy en mi lugar —dijo él—, porque soy su amigo y deseo velar por usted. Estaba un poco preocupado.

—Gracias —dijo Anchora Fanny—, aproximándose al hombre.

Este la tomó de la mano y la ayudó a acercarse a la cama, en la cual primero se sentó y luego se acostó, bostezando del cansancio. Ella dijo:

—Estoy realmente molida, muy cansada, pero ven acá y te acuestas a mi lado.

El hombre no se hizo repetir el ruego. Se levantó de la silla y se acostó al lado de la mujer. Anchora Fanny le pasó la mano por el rostro afeitado y luego bajó su mano hasta el pantalón. El miembro del hombre estaba alerta, completamente erecto. Mostraba la cabeza como la de un gallo mal herido. Entretanto, ella se había liberado de toda la ropa que llevaba puesta, puso dos cobijas sobre el suelo y haló por un brazo al hombre, quien suavemente se acomodó al lado de la muchacha. Esta le pidió que se colocara encima de ella y la poseyera. José Asunción se montó sobre la mujer ansiosa y la penetró suavemente, pero con tensión y fuerza. Ella solo hizo un pequeño movimiento de su cadera y muy lentamente le pidió que se moviera sobre ella. Su lubricación era perfecta. Él, de pronto, le puso las dos manos sobre sus nalgas heladas y acreció el ritmo de su propia cintura hasta que ella comenzó a quejarse y los dos avanzaron con fuerza el uno sobre el otro.

Ella le dijo apasionada:

—Vente, mi amor, vente.

José Asunción empujó su miembro vigorosamente dentro la vagina de la joven, como si quisiera atravesarla. De pronto, se oyó un pequeño grito y la mujer se derrumbó, haciendo lo propio José Asunción. Entonces ella le dijo:

—Qué lástima que seas tan viejo. Te deseo más. Quiero que te vuelvas a montar. Te sentí muy bien. ¿Puedes?

—No lo creo, señorita —dijo José Asunción—, no lo creo. Yo fui muy feliz hoy. ¡Si quiere me quedo aquí a ver si más tarde puedo otra vez!

—No quiero más, puedes irte, José Asunción.

Esta última parte la dijo suave y cariñosamente para anular las palabras iniciales. No quería que él se sintiera incómodo, que se sintiera mal.

Al día siguiente, se levantó tarde. Ya el sol de las diez recogía todas las alimañas del mundo. Salió fuera de la casa de las tumbas. El sol le dio fuerte en la cara, sintió una sacudida y de pronto se echó en brazos de aquel Febo extraordinario. Se reanimó y volvió a entrar en el viejo galpón de las tumbas. Se pasó la mano por la cara y se exprimió los ojos cansados. De pronto una gran sed se aposentó en su estómago, como si hubiese estado ingiriendo licor, un ron muy fuerte. La sed la atenaceaba. Nunca había bebido agua tan ligera y agradable. Volvió sobre la jarra y acabó con esa sensación tan grata a su garganta. La escurrió y puso la jarra en la mesa con toda suavidad, como agradeciendo el elevado refrigerio líquido. Pensó que solo le faltaba un bocado de buena comida. Salió de nuevo y se dirigió resueltamente al galpón de José Asunción. Trató de abrir la puerta, pero esta no cedió. Entonces tocó fuerte y desde adentro alguien habló:

—¿Quién es?

—¿Quién va a ser? —preguntó Anchora Fanny—. ¿Quién está ahí?

—Soy yo, Citerión. Estoy un poco enfermo. Vine la noche pasada y no estabas aquí. Te habías marchado con el muerto. La muerte siempre tiene público y amigos.

—Me alegro muchísimo, Citerión —dijo Anchora Fanny, un poco sorprendida—. ¿Por qué no vienes a la puerta y me abres?

—Déjame levantarme de este catre y te abriré —contestó Citerión, con voz opaca.

Se escuchó cuando el hombre se levantaba y se acercó, con paso lento e inseguro, a la puerta.

Citerión sacó el clavo que servía de pasador y Anchora Fanny penetró lentamente en la habitación, estirando sus brazos para que Citerión la tomara y la abrazara, pero este la dejó un poco en suspenso.

—¿Qué pasa, mi amor? —dijo Anchora Fanny—. Te ves pálido y demacrado. ¿Qué ha sucedido?

—Pues bien, te contaré. Sufrí un accidente y creía que ya había mejorado de la pierna, pero no es así. Aquí recaí desde que salté del peñero y todavía me está sangrando la herida, y me duele bastante.

Anchora Fanny le dijo:

—Pero Citerión, vente conmigo hasta el almacén de las momias y yo te curaré.

Citerión, que se había acostado, se levantó y se apoyó en el hombro de Anchora Fanny. Los dos salieron al día y Citerión se quejó un poco, pero siguió firmemente la zancada de la mujer. Llegados al galpón, ella lo condujo con suavidad y paso lento hacia la cama. Allí lo desvistió, le puso un pijama suyo, le quitó las medias de lana que usaba y dejó al descubierto la rodilla derecha, herida e inflamada y, además, con

una fuerte luxación. Calentó agua en la hornilla y comenzó, con una gasa, a lavarle la herida con sumo cuidado. Él se resintió y le pidió que le sobara la pierna en donde se extendía la luxación. Después tomó un rollo de venda esterilizada y le vendó con fuerza la rodilla y la pierna. Luego, lo colocó adecuadamente sobre la cama y le dijo que descansara, que probablemente a la mañana siguiente no estaría curado, pero sí bastante aliviado. Ella, por lo pronto, y como la cama era grande, se acuclilló junto a él, besándole el rostro con amorosas palabras. A él se le notaba por encima la fiebre.

Anchora Fanny se durmió al lado de Citerión, quien a veces, en la noche, se quejaba. Sin embargo, en la mañana estaba mucho mejor y con una gran sonrisa en el rostro joven, moviendo su cuerpo un poco hacia la izquierda, comenzó a acariciar a la muchacha con apasionada unción, diciéndole estas palabras:

—Mi vida, ¿cómo estás? ¿Cómo te ha ido? He pensado en ti todo el tiempo. Prácticamente, vine a buscarte.

La muchacha se incorporó un poco, y ya despierta, abrazó a Citerión y lo llevó contra su pecho desnudo. Colocó su rostro en sus senos y lo besó intensamente. Su aspecto era mucho más saludable. Estaba en franca recuperación, pero debía cuidar su rodilla y su pierna.

—Si es cierto que viniste a buscarme, pues me encontraste. No te dejaré ir sin mí. Esta noche, digo, si no estás enfermo, no tendrás excusas. Serás mío. Y yo me arriesgaré de nuevo a ser tuya, a pertenecerte como he deseado siempre.

—Yo nunca estoy seguro de nada, pero seriamente lo intentaré, vida mía.

Citerión volvió a dormirse y cuando ya el sol estaba en el cénit trató de levantarse, pero no le fue posible. A esa hora, Anchora Fanny entró y se dio cuenta de la situación de su amigo.

—¿Cómo te encuentras, amor?

—Todavía no estoy muy bien, pero tengo hambre —dijo Citerión.

—Qué bueno, amor mío, esa es buena señal —señaló Anchora Fanny—. Enseguida, voy a traerte de comer. He estado preparando algo bueno para ti. Ya vuelvo, pero te quedas tranquilo. Si deseas hacer alguna necesidad, tras aquel biombo, rumbo a la puerta trasera, estarás cómodo —dijo la mujer.

—No, estoy bien —dijo Citerión.

Anchora Fanny salió del galpón, dejando tras de sí una estela perfumada insistente y nostálgica. Era como un anticipo de lo que vendría. Azahar mezclado con fuertes esencias de rosas y narcisos.

Después de realizar su trabajo en la incipiente y desmayada cocina del galpón de José Asunción, ella volvió a la habitación donde reposaba Citerión, con una bandeja llena de alimentos y una jarra de jugo de frutas. Abrió la puerta con el pie y penetró en la semioscuridad. Citerión estaba sentado en la silla de cuero y recibió la bandeja con gran regocijo, demostrativo del hambre que tenía. Anchora Fanny le dijo:

—Come con las manos, que después te las lavas.

Citerión así lo hizo, y de esta forma le entró a unas presas de pollo espléndidas. En pocos minutos las despachó y siguió con un buen pescado relleno, del cual dio cuenta igualmente rápido. Lugo se comió un gran pedazo de patilla, de rojo corazón, limpiándose al final con una blanca servilleta de algodón.

—Gracias —dijo Citerión—. Quedé como quería. En estos días, me voy a desquitar. Comeré bastante para reponerme. Gracias, mi amor.

Anchora Fanny se le acercó y lo besó intensamente en la boca aún grasienta del pollo consumido.

Citerión descansó a sus anchas, por lo menos cinco días, en el galpón de las tumbas. Mientras, Anchora Fanny, poniendo en ello todo su esfuerzo y concentración, se dedicaba a satisfacer las menores exigencias del rubio Citerión.

—Nunca antes una mujer me había colocado en el sitio justo. Allí mismo donde la lumbre comienza a iluminar sus mínimas pavesas y las cenizas, que levemente se adormecen a los pies de la amada. —Estas palabras, dichas entre dientes, eran palabras verdaderas. Las que sí tenían significado; significado real.

—Hablas como por la boca de un fusil. No sabes a quién disparas, pero disparas. Quieres hacer daño. Te lo estás proponiendo y eso se hará realidad —pensó Anchora Fanny.

Luego de este perfecto descanso, Citerión comenzó a levantarse y a caminar cada vez mejor. En un día más pudo dar un paseo por el galpón de las tumbas. Y hoy ya pudo ir hasta la puerta y mirar afuera, notando que las gaviotas volaban muy bajo en la playa. Se podía escuchar el golpe de las alas contra el viento y el cambio de dirección, buscando siempre el oeste, hacia tierra firme.

Anchora Fanny, durante este tiempo, había ido proponiéndose a sí misma un plan de trabajo con respecto a Citerión. En primer lugar, no volvió a decirle ni una palabra. Lo ignoró y el hombre arremetió contra lo que consideraba su infortunio. Quería que Anchora Fanny se rasgara las vestiduras por él, pero ella estaba firme como una estatua erguida bajo el mar. No correspondió a su interés ni a su deseo. Lo miró todo desde un punto lejano, allá en el horizonte.

Pero ella tuvo un sueño. Soñó que veía a mucha gente recogiendo frutas. Que los árboles, que había señalado e identificado, estaban llenos de bellas y maduras frutas, las cuales, de vez en cuando, caían. Todo esto ocurría al borde de un ancho río de aguas profundas, levemente encrespadas y claras… Pero en otras ocasiones, los que estaban debajo de los árboles arrojaban piedras y objetos tratando de tumbar las frutas.

Después del sueño, ella lloró. Para su entender era un sueño premonitorio, nada bueno traía. Los frutos del paraíso no pueden ser ofendidos. La turba no los comerá. Están

reservados a los hijos privilegiados. Como en las colmenas, que de cierta clase de néctares solo se alimentan las reinas y las larvas de las princesas. Pero de alguna manera, se había pervertido este pensamiento de que ahora poco se apreciarían estos frutos espléndidos y maravillosos. Esta angustia tan cerca de las ruinas de los seres amados, de los seres que nos están circulando alrededor como libélulas atormentadas, pues seguramente se hallan muy cerca de los momentos más intensos de nuestra vida, enhebrando la finísima seda de los recuerdos y de todo aquello que, de alguna manera, aunque fuese solapado, se junta a los mejores jazmines de la antenoche, a los aromas dejados sobre nuestros hombros por alguna mano tímida y fina, atormentada y llena de pasión. Sobre todo porque esa remembranza nos conducirá a los temas mejor revelados en los sueños que se vaciaron más allá del alma. Siempre nos hemos identificado con la esencia de la poesía para marcar la huella humana perseguida, sin pausa, por el espíritu defendido por las aguas más limpias y olorosas de la mañana, cuando los pasos que damos desde la aurora se van a mover a nuestro alrededor para proteger la vida y el aliento, hasta el más mínimo espasmo de la mente y de los gestos más simples que gobiernan los espacios abiertos a nuestras más legítimas codicias. En el sentido de estas aprehensiones, recordamos, inundadas de luz, las palabras del poeta:

> Abril, sin tu asistencia clara, fuera
> invierno de caídos esplendores…

Estuvo pensando seriamente en Citerión. Era probablemente el más expuesto al peligro, el más sensible, el más

despojado de defensas y quien solo ofrecía el momento en que vivía, no tenía pasado ni futuro. No hacía más que concentrarse en su propia juventud, sin otros vínculos ni más armas que las que pudieran aprovechar de estos momentos la alegría y esperanza.

Citerión fue hasta el borde del agua de la playa y gritó: "La amo. La amo, Anchora Fanny". Y volviendo sobre sus pasos, entró al galpón para tomar en sus vigorosos brazos a la dama y besarla intensamente en los labios, en la frente y en el rostro; con una desesperada emoción, como si ya la fuera a perder para siempre. Ella estaba igualmente entregada a él. Lo abrazaba con todo su fervor, como nunca lo había hecho con otro hombre, porque, en realidad, este había sido su primer hombre, la elección de todos sus sentidos.

Él la colocó sobre las fragantes cobijas de la cama y se acostó junto a su cuerpo. Parecía un objeto que había adquirido recientemente. Él, que la había aludido, que la había apartado de su vista y de su imaginación, que había celebrado una conferencia entre sus propios tormentos y ánimos para decidir qué hacer con ella. El resultado no se había hecho esperar. Ella es la estrella más rutilante del cielo, es la estrella del cielo, la que ven hasta los ciegos, la que salmodian los caballeros cristianos y los no cristianos. Es la estrella en la cual presentimos otros mundos con vida propia, como la que existe en nuestra pequeña e impar Tierra.

Sus primeras palabras fueron para celebrar aquel nuevo encuentro con la mujer ataviada de esposa, con el sueño que lo había conducido de nuevo a la ínsula para atender aquel llamado.

—Yo no sé si todavía eres la misma —dijo Citerión—, pero me posee una pasión que no puedo contener. Quisiera que tú entendieras esta fuerza que me inunda y no me permite ser razonable.

—Pero Citerión, yo te entiendo. Siempre lo he hecho. Solo que tú, mientras más yo me acercaba, dabas un nuevo paso hacia atrás. Yo no sé si me entiendes, pero estuve a punto de claudicar, de dejarte el campo libre y el camino para otra.

—Tú estabas sujeta a enormes presiones que tendían a separarte de mí —dijo Citerión—. Pero, Anchora Fanny, yo ahora quiero liberarme de todo eso. No quiero que en este recinto pueda aparecer algo que se parezca a ese temor. Yo no me arrepiento de lo que ha pasado. Yo agradezco a la vida que me haya dado la oportunidad de llegar a ti, por el camino que ambos hemos escogido. Ahora te percibo con mucha más claridad y para mí nuestra relación ha adquirido, o está a punto de hacerlo, una nitidez que antes no estaba en condición de tener.

—Tú tienes razón en muchas cosas, Citerión. Sin embargo, el amor no se expresa así.

—Es cierto —dijo Citerión—, pero tienes que comprender que venimos acumulando una gran tensión, la cual creo que debemos botar como lastre inservible y funesto. Mi deseo de conversar contigo esta noche tiene ese propósito.

—Gracias, mi amor, estaba preocupada por todo lo anterior. Pero te digo: tienes razón. Ese lastre pesa mucho.

Como consecuencia de esta manera de interpretar el pasado de su relación, los dos habían quedado en cierto modo exhaustos. Por eso, Anchora Fanny se acurrucó entre los brazos de Citerión y comenzó a besarlo suavemente, como si quisiera alejar todos los demonios de la desconfianza y de

los celos compartidos. ¿Quién era él para dudar de este comienzo de un gran amor? Y ella, ¿quién era para oscurecer con sentimientos y pensamientos negativos aquella espléndida visión actual de las más íntimas aspiraciones de su corazón y de los corazones de ambos, los cuales, podía decirse, latían hoy al unísono? Esta era la zona oscura de la relación entre Anchora Fanny y Citerión. Lo demás estaba por verse y por medirse, por transformar en asuntos fácilmente emulsionables, dentro de su común deseo de amarse. De cualquier manera, el nivel intelectual que separa a Citerión de Anchora Fanny se iba cerrando, porque, aunque no lo pareciera, se hallaba más confusa la joven que el propio dueño del oeste infinito. Citerión se había armado de caballero para asistir al funeral de su soledad. Ella había estado sola durante los casi treinta años de su vida. Muy pocas veces se había sentido agobiada como hasta ahora por ese golpe de soledad, de alguna forma presente en todo el decurso de su vida. Y para él, hasta su aparente impotencia tenía origen en la lucha sin par que tuvo que librar para no abandonarse a la más absoluta frustración y desesperanza. Había cruzado el proceloso mar de la mano de los verrugosos secretos de su iniciación juvenil, cuando había preguntado a las fuerzas más directas de su corazón cuál podría ser la forma para vencer la hostilidad del tiempo y sus vísceras. Pero este claro exilio que se había impuesto, trasladándose, con base en supuestos negocios, a la minúscula isla, era actualmente el centro de todas sus energías y próximo a un esplendor sobre cuya verdad estaba esperando noticias más claras y rotundas. Él sabía que en la isla solo se albergaban pájaros de mínima presencia, los cuales difícilmente podían cauterizar la falta de vida animal en aquella ínsula febril, naturalmente

con exclusión de la fauna marina, aún abundante y pródiga. Sin embargo, los pequeños cucaracheros dejaban expresar su intensa alegría por la presencia de aquellos a quienes correspondían demostrar socialmente que se amaban: Anchora Fanny y Citerión. La luz y las escasas nubes no disfrazaban su angustia ante aquel verano inclemente, que duraba más de seis meses. Pero aquella noche, en que las más exaltadas fuerzas del amor se iban a expresar por manos y boca de los dos jóvenes, se desató lo que al comienzo parecía un breve chubasco, pero que luego habría de transformarse en violenta tormenta de agua, ayudada por vientos huracanados que hicieron resonar salvajemente toda la estructura de la casa de las tumbas, en la cual se alojaban; y el galpón de José Asunción parecía que habría de ser arrancado de cuajo y, en definitiva, solo sirvió para que desaparecieran algunas planchas de aluminio que más tarde serían recogidas y devueltas a su lugar. Anchora Fanny y Citerión habían colocado esteras de enea en el piso y puesto sobre ellas algunas mantas que la muchacha había llevado a la isla. Ellos estaban acicalando al amor cuando se desató la tempestad, mostrando el corazón del rayo en medio de la negrura altiva de la noche. Se amaban con simple ternura y ya habían desafiado a los viejos, a los antiguos rencores animados en las vejigas de sus corazones. Se hacían dulces recriminaciones. "¿Por qué no atendiste a mis ojos? ¿Por qué no adivinaste mi cuerpo, el cual suspiraba por ti como una rueca suspira por el hilo?". Y Citerión decía, "No te puedo contar lo que pensaba, pero mi cabeza era como una bolsa de cemento. No entendía cómo era posible que pudieras amarme cuando estabas entregada a horribles demonios".

Citerión recordaba con cierta angustia los pasos que su amor había dado para acercarse a Anchora Fanny, a expresarle en carne viva la intensidad de este amor-pasión. Siempre había oído que el amor puede ciertamente romper el corazón, romper las vísceras, romper los más profundos silencios atrapados en las articulaciones. El asunto para él ya no podía entenderse epidérmico, de simple frote, como algo para sentirlo solamente en los bordes de la sangre, fatigándose en la superficie de su tuétano. No, el problema para él, en este momento, era otro. Tenía que ver con la soledad más honda de sus sentidos; tenía que ver con todo aquello que comenzaba en el epidídimo y en la corteza de la más inexplorada expresión del hipotálamo. Su encuentro con los dioses de Anchora Fanny había supuesto un desafío a la libertad, un enajenamiento de todos los principios y atributos que hasta ahora le habían pertenecido. En su condición de varón, el veía que el peligro representado por ella se acercaba irrevocablemente. Eran tenazas de acero las exhibidas por ella. Cada palabra columbraba un signo perturbador contra todo lo que hasta ese

momento había justificado su vida. Pero él ya había caído en la más profunda sima del anonadamiento. Ya era tarde para probar otro camino y establecer diferencias entre lo que él sentía por ella y lo que ella pudiera sentir por él. Se acordaba de sus congojas nocturnas, cuando sollozaba citándola desde lejos para conservar la dirección del amor. Porque Anchora Fanny a veces se desentendía, como si lo que sucedía entre ellos no tuviera la fuerza y el alcance que él le suponía. Ya era un esclavo de aquellos sentimientos: la pasión había desbordado toda posibilidad de ponerle freno. La única muralla que podía contenerlo era ella misma. Pero ella tenía momentos en que lo eludía, se hacía inexpresiva frente al inmenso encantamiento que él sentía por ella. No bastaba que él dijera que era su hora de perder, no, ella quería una mayor sumisión, una más decisiva entrega, una entrega total y ni aun así, porque a veces él la veía con el rabillo del ojo y sentía como una inundación frente a todo lo que él representaba. ¿Era eso debilidad de su parte? No. Era que la fuerza de su conciencia, unida a la terrible trampa de su corazón, estuvieron a punto de derribarlo con la misma demoníaca potencia con que el tigre desarticula a la pobre bestia amarrada. Él sabía que ella, más pronto que tarde, lo tomaría en vilo y saltaría, sin tomar vuelo, la aparente infranqueable cerca, representada por las fuerzas de su corazón que él intentaba oponerle.

Recordaba que a su regreso del Continente, de solo pensar en ella y amarla se le endurecían los músculos del cuello, hasta hacerle gritar. O cuando se encontraba cerca de su cuerpo, el alerta lo daba el dolor muscular del cuello. Era la sola presencia de la muchacha lo que lo alteraba hasta las lágrimas. Cuando no le dejaba otra alternativa, el dolor era

casi insoportable. O cuando ella lo agredía sin razón alguna, en forma que no llegaba a comprender. No podía entender que amándola tanto, ella, algunas veces, lo desairaba en forma inmisericorde. Solo que, como ella misma decía, esos estallidos, que eran muy frecuentes, pronto se le pasaban y volvía a su verdadero estado de afecto y de ternura. Y la vida seguía su hermoso curso, hasta que nuevamente se encrespaba. Pero lo que ella entregaba, cuando la vida discurría por canales de amor, era lo más puro y perfecto de su alma y de su cuerpo, maravillosamente dispuesto para el amor y la ofrenda. Jamás movió un solo músculo de su estupenda anatomía que no se hallara pronto para el amor más denso y solidario.

De esos encuentros demoníacos, él o salía destruido o emergía reconfortado; su gloria era verla sonreír nuevamente. Sabía entonces que había llegado a un punto, a un momento, en el cual sus sentimientos hacia ella habían rebasado toda consideración lógica. Era un desapacible sentimiento de derrota, de pérdida total, de absurdo extrañamiento, para pasar a ser un reducto carcelario. Podría ser cualquiera. Alguna isla perdida entre los sargazos olvidados de algún mar desconsolado y desconocido. Él entendía para sí mismo que hubo algún instante en que los dos se perdieron el uno para el otro; el lenguaje se oscurecía de tal forma que ya se aproximaba a las tinieblas. Pero cuando despertaban de estas ensoñaciones negativas y muchas veces siniestras, por algún dispositivo de serenidad y alegría, volvían a asumir la maravilla del amor. Se olvidaban de todo pasado, y los sueños feroces en que se negaban el uno al otro desaparecían por ese encantamiento. Citerión, entonces, sentía que el sudor hacía surcos en su rostro y en su cuerpo. Y en ese estado se empinaba desde el

lugar en que ese tramo de desgracias lo acogiera, para ir al encuentro del centro total de la bondad y de la claridad que ella representaba. Era un turbión que ensombrecía el paso del amor y el espíritu hacia su perfección. Pero este sentimiento era pasajero y muy pronto desaparecía al iluminarse la ansiedad de ambos. Nunca como en esos acantilados de la vida se le aparecía ella más ordenada, más serena, más bella y más llena de perfecciones, las cuales, día a día, le creaban un aura de melancolía que la pulían y la trasponían más cerca y dentro de su espíritu.

Esa era la mujer que hoy representaba para él, la suma de los más abiertos y largos días de su vida. En esa escala de sueños, él le hablaba con voz que quería decir:

"Te amo, Anchora Fanny. Amo toda la levedad que tú significas y representas".

Él escuchaba la voz de ella en el viento, contestarle:

"No me quedé con nada, todo el amor te lo di. Aunque no sé si te pueda encontrar de nuevo, respiro tu voz y me conforto con tu aliento. Yo sabía que habíamos trascendido todo encuentro carnal. Estábamos caminando sobre el solo soplo del amor, sobre su vuelo, sobre su peso, que se adhería al pelo y a las entrañas de ambos, dándole fuerzas y sabiduría a la intensidad del amor que ya nos unía".

"Tienes razón, Anchora Fanny; Anchora Fanny de mi reflexión. Yo, igual que tú, también te lo di todo; es más, te entregué no solo mis sentimientos más puros. Te di igualmente todo el aire del amor. Cundí tu senda con gloriosas hojas de sauco y espadaña para que pudieras recogerlas y poner tu cabeza sobre ellas, a fin de que reposaras al calor de su sahumerio y de ese olor que enerva y levanta a la vez,

especialmente el olor de la enea que llama a los mejores recuerdos del amor. Yo sé que te complacía sobremanera estar a mi lado, así acompañada. Yo te hice una almohada fresca de hojas secas de trébol y de trocitos de enea seca, para agregarlas al relleno de la almohada inmortal, donde, junto al fresco olor de las hojas viajeras y extranjeras, hallarías los alimentos más próximos a tu alma y a los tonos rosáceos de tu alma".

Después de este caminar juntos, con igual levedad y levitación sobre la arena blanquísima de la playa y sobre las breves olas de la mar, mucho más allá, en el horizonte, aparecerían los labriegos, levantando sus sombreros y enseñando a los arrayanes las mejillas, en las cuales cicatrizaban las heridas de la lucha.

Yo, desde aquí, ya no gritaba; hablaba en voz baja, casi tenue, para que ella escuchara mis palabras, pudiendo, si estaba viva, responderme, pues nunca he cesado de invocarla.

Anchora, ¿en qué lugar del silencio te hallas? ¿Rodeada de qué escarabajos te encuentras? Ya no sufro por ti, pero se me llena el cuerpo de costurones de nostalgia y de dardos de amor que tú ya no compartes. Día a día te sé más lejos. Ya no se baten sobre mi nombre las plumas de tu pensamiento. De aquí hacia allá, hacia donde tú aparecerías de pronto, solo existe la roja franja de la melancolía. Ya te apartaron una vez de mi lado, no permitas que otra vez te resten de mi alma, como si ya hubieses pasado por la prensa del trapiche. Mi alma está herida. La han acribillado y torturado. Pero no puedo imaginar que seas tú la que maneje el látigo de la separación y de la muerte. Pero eso puede ser, porque a veces sucede. ¡Adiós, canto sombrío de mi garganta, nube de arcilla que rodea mis ojos! Si yo te dijera adiós, sea para inaugurar

mi propia muerte. Adiós, pájaro de sal sobre mi espalda herida. ¿Quién está mintiendo en tu oído para que me arrebates la brisa que corría entre tus ojos y los míos? ¿Quién está bañando a los animales que nos rodearon mientras nosotros hablábamos de amor? ¿Quién te pide insistentemente que traiciones las palabras juradas entre nosotros? ¿Quién, ahora, te enseña un camino que jamás fue tomado por ti ni por mí para acompañar la pasión que emitíamos, mientras el amor aparecía en la penumbra viajando hacia la luz? Esa voz que turbó nuestra mínima historia, que abrió el despeñadero y empujó nuestros cuerpos al vacío. Pero yo sé que tú, Anchora Fanny, ya sabes, ya conoces la verdad por su sartén de hierro expuesto al fuego. Ya tú no puedes equivocarte. Ya estás por encima de todas las suspicacias que alguien pudiera levantar sobre mí. Préstame tu rostro, tus ojos, tu nariz y tu boca, para entregarles, junto con un ramo de mimosas, las variables más ardientes de mi pensamiento. Yo podré decir que nunca una flor tuvo mayores posibilidades de eternidad, que el clavel rojo que te ofrecí en el momento de conocerte. O la rosa que enarbolé cuando me viste regresar en la proa de la *María Pilar*. No era una rosa roja. Era el corazón ya oprimido de amor y de angustia por la lentitud del encuentro, pues yo creía que nunca llegaría a tu lado. Respóndeme, amor mío, ¿quién pudo así burlar tu corazón, enajenándote de mis pensamientos? Ya no podré contar a nadie que te amé entrañablemente. Que fuiste mía en todos los horizontes. Sobre los cuatro mares verdaderos. Sin embargo, estoy listo para ir a tu encuentro, amada de mi amor, amada de mis piernas cansadas, amada de los bíceps que alguna vez te abrazaron con la desesperación de que te estaba perdiendo.

Permíteme morir a tu lado. Que tú digas: "Soy la viuda de sus ojos. Soy la indiferente que supo amarlo, tal como él me amó. Yo no recuerdo ya los pozos que rodearon su cintura ni el fuego de su cintura. Ya no recuerdo todo lo que nos dijo el sol cuando recorríamos la Tierra. Ya no recuerdo sus ojos, ni su boca, ni el amargo sabor de su saliva o su dulzura cuando tú querías hacerla licor fervoroso".

Citerión pensó que su cuerpo levitaba, impulsado por una ira absolutamente irracional; hubiera querido asesinarla, golpeando su hermoso cuello y su rostro irradiando solo amor, pero para él esa situación era intolerable, no podía perdonarla y ¿cuántas veces necesitaba perdonarla? Pero no, no la perdonaba. El amor no pude ser eso. Ese perdón no existía. Pero él no podría decir eso una vez más. Iba a olvidar, porque ella no merecía otra cosa. Todo terminaría cuando cayera de su levitación como un saco de huesos fríos. En ese momento, todo comenzaría para él y para Anchora Fanny, la mujer que estaba a su lado, bella y desnuda, con los ojos inmensamente abiertos, plenos de luz y de ansiedad, pensando solo en aquel momento especial en el que Citerión la poseería, como si fuera la primera y única vez que la poseyeran aquellas fuerzas formidables del destino. Él no podía renunciar a aquel momento inaprensible. Cuando cayó de su levitación, despertó dentro de un gran caldo de felicidad. Habían despertado todo los viñedos de su corazón y destilaban el licor que solo nos es ofrecido una vez en la vida. Despertó embriagado. Lleno de ansiedad amorosa. En ese momento, le estaba pidiendo perdón a Anchora Fanny desde el fondo de

sus cabellos, de sus dedos, de lo mejor de su cadáver. Él le dijo al oído:

—No existe nada tan próximo como el amor y la muerte. Y en este momento, yo represento las dos cosas.

Afuera había cesado la tormenta, pero todavía se escuchaba el aluminio golpeándose hoja contra hoja. El viento aún silbaba en la noche. Pero la gran tormenta había cesado. Él sabía que había estado sobre ella como un pulpo; todos sus órganos habían adquirido el color del triunfo. Estaba ebrio, pero no había bebido ni una sola copa. El alcohol no los había tocado.

Anchora Fanny representaba la simple simpatía del amor. Era un gran hachón pasivo de todo el fuego del amor. Quería solo ser poseída y considerada, no deseaba ningún heroísmo de parte de Citerión. Él podía vender sus banderas a los fantasmas que quisiera. Él podía venderse a sí mismo. Nada de eso la turbaría, pero seguro, en ese momento, solo deseaba ser amada. Y amada precisamente por ese hombre que estaba a su lado, quien solo representaba las fuerzas apagadas, disminuidas de los seres que pueblan las largas manchas de la noche sobre la piel de la Tierra. Ella se sentía ávida y llena de afecto íntimo por todo lo que representaba Citerión. No esperaba descubrirlo todo, saberlo todo acerca de él. Le bastaba con avizorarlo. Ver las líneas de trazo perfecto a que él respondía, sus claroscuros. Ella se llenaba de todo eso; no existía movimiento en su sangre que pudiera negarlo. Él la había poseído y la había llenado de toda su verdad y eso le bastaba a ella, pues singularmente representaba a la cosechadora, a la guardadora, a la que almacenaba para el invierno.

Citerión le dijo:

—Hace frío, mi amor.

—Es cierto, ha refrescado bastante. Estamos los dos desnudos y despedimos frío. Arrópate con mi cuerpo. Abrázame. No solo me debes hacer tuya hasta que ya me lo hayas dado todo, todo lo que quiero de ti, hoy y todas las noches que han de seguir. Pero de todas maneras, traeré una sábana para arroparte junto a mi cuerpo. ¿Está bien?

—Claro que sí, amor mío. Estaré bien. Déjame poner mi brazo debajo de tu cabeza, quiero que oigas latir mi corazón, que lo oigas vivir como lo hago ahora, apasionadamente.

Si la muerte permitiera que sus trabajos pudieran analizarse y verse desde afuera, como si tuviésemos en las manos un catalejo o una larga vista de guerra, indudablemente podríamos reconocer todas las acciones y omisiones que, de alguna manera, afectaron los puntos salientes de la estrategia de la desolada, de la feroz, que permanece columpiándose sobre nuestra vida. Veríamos cómo se construyen los códigos de muerte de cada ser humano, de cada hombre o mujer. Porque la muerte nos labra un camino, nos discierne un conjunto de objetos con los cuales habremos de vivir por todo el lapso de nuestra existencia. Llegará un momento en que no necesitaremos catalejo alguno para ver cuándo se acerca a nosotros, para mirar sus ornamentos, para conocer exactamente su medida y su transparencia o su pesada oscuridad. Ella recorrerá, sin expresar ninguna emoción, todos nuestros libros, las más hermosas páginas que leyeron nuestros ojos y todo lo que nosotros recorrimos con ellos. La misma muerte

se maravillará de nuestro celo por algunos libros, y ella determinará su permanencia hacia el futuro de todo cuanto nos fue caro y amado. Ella nunca nos empujará con las manos, sino con las piernas vestidas con su sayo negro, de apariencia más allá de lo negado. Ella resumirá todo nuestro amargo encono por aquellas cosas que nos fueron negadas y que no supimos aprovechar de la vida. Esta, o parecida, será nuestra conversación:

—Estás ahí, frente a mí.

—Sí, estoy aquí, pero no frente a ti. Ahora soy una sombra elástica que te rodea. Que se yergue junto a ti por encima de ti. Que te mira y recoge tus desechos para darlos a la voracidad de los gusanos. De todo el reino animal, escogí al gusano para convertirte en polvo. Pero no solo eso, sino que he escogido, para tu vanidad, el más horrible aliento y los olores más nauseabundos, a fin de que nadie quiera saber de ti, distintos a los seres que te he nombrado para que sean tus paladines. Porque tú siempre me has representado con la imagen que yo no tengo, sino con la que es tu propia imagen. Yo no soy negra. Soy virginal, y estoy más cerca de la vida que tú. Tú eres la que engañas a todos; a ti misma, negándote a pagar tributo a la tierra. Tú eres la que infestas el mundo, no yo, que solo aparezco para contribuir a que no contamines. No me veas con esa furia. Mírate en el gran espejo negro del mundo y te verás tal cual eres. Porque terminas tu bledo de vida, que tú misma escogiste, sin ninguna misericordia contigo, y yo estoy construida para obedecer tus mandatos y tu vacío. No me llames perra, sucia y callejera, porque son rótulos que yo no merezco, ya que tú los inventaste para ti, no para mí. Acércate a la lumbre del tiempo y verás, mejor que

en ojo de agua limpia, la verdad de tu traza. Hemos llegado al final de todo. Será tu final como sombra y como rabia. Adiós.

—Tú te equivocas. Yo siempre amé la vida porque es distinta a ti. La vida es un observatorio de luz y allí estaba mi nacimiento y mi dulzura. Allí cabalgué yo, con todos los que me amaban. Y siempre te rechazamos porque tú no sabes distinguir lo plano de lo redondo, no tienes agallas, ni ojos, ni alma. Eso es lo que nos diferencia para la eternidad: yo puedo ser redimida; tú, en cambio, no. Tú cosecharás la nada, la arbitrariedad y la oscuridad, las tinieblas. Tú jamás podrás danzar sobre el espejo luminoso de la bondad, porque tus pies son de plomo y tu corazón, como una espiga sucia, es cierzo entre los dos.

Pero todo esto deja de ser hermoso cuando se sospecha que hubo un abandono de los alfileres y de las agujas del sentido. No te equivoques. Vuelve sobre ti misma. Examina tus ropas más solitarias, aquellas que te vestirán en la tumba. Los funerarios siempre te vestirán de negro, te arreglarán un traje, no importa que no te quede bien. Para ellos no importa. Siempre que en la apariencia quedes bien, lo demás no importa. Pero la verdad es que nunca usarán un traje verde o rojo. Si tú pides que te coloquen algunos bichos en la camisa mortuoria, como por ejemplo algunos vampiros cabeza de ratón y orejas de ratón, ellos jamás te arreglarán ese murciélago, que por supuesto estarán igualmente muertos y con su olor a cadáver. Pero la verdad es que todo no será otra cosa que cadáver. No existe hora más vana que la hora de la muerte, que reduce tu inocencia a cero. Que te transforma en sofocante mortecina, en carne putrefacta preparadora de los gusanos, preparadora de todo cuanto niegue la vida. Por eso,

la muerte es un rosa soberbia. Una flor pálida que regresará junto con tus huesos y tu piel a un hondón de tres metros bajo tierra. Un hueco que alguien construirá pensando en ti. Pensando en la batalla que habrás comenzado a librar contra todo lo que ya es solo corrupción. Pero nada de esto iba a ocurrir en el toldo suave de la mañana, cuando los pájaros marinos se inflamaban de aire puro para solicitar la llama libre y fuera del tiempo de la vida, la calentura que solo llega de arriba, del cielo, y que se reventará de cuanto hay de saludable en esta vida de pasiones y miedos.

De pronto, Anchora Fanny se levantó. Se acercó al hombre y pasó sus brazos por el cuello de este. Lo besó suavemente y se irguió, empuñando una paleta de multiplicados colores. Quiso entrar en el lienzo, físicamente escudriñar dentro de él la verdad del objeto que se proponía ver. Lanzó una pincelada. Cubrió con ello un amplio espacio de la tela y después de algunos trazos rápidos, cambiando de pincel y de color, logró abrir una puerta cada vez más amplia, desde la cual pudo mirar atentamente al hombre que yacía desnudo, como el objeto principal del cuadro. Tomó un nuevo pincel y cubrió otra parte de la tela y desde esta perspectiva pudo ver el rostro del hombre; yacía sobre el piso, tendido, mostrando el rugido de la fiera que llevaba entre sus piernas. En la tela se derramaba un líquido de incontrolable poder. Ni los colores ni los pinceles podían atajar aquella avalancha de sentido.

Introdujo la forma de un caballo en aquella embrujada policromía. Era un caballo que iba del azul pastel al rosado. Tenía su cabeza erguida y seguramente piafaba. Le faltaban

tres patas y, aparentemente, se sostenía en el viento. Intentó esbozar con trazos rápidos la pata faltante, pero lo que aún quedaba del caballo emitió un mensaje cruel: una pata más y estallaré. Parecía decir, "solo vine a mostrar mi pecho y a correr". Sin embargo, sobre él se deslizaban las moscas del sexo, apareándose profusamente y con absoluta arrogancia.

Ella había encontrado su oído y con sus labios pegados a uno de ellos, dijo algo que el otro entendió perfectamente, porque se lanzó sobre ella y no sobre el caballo. Ajustaba en sí misma su posición de hembra y los ojos resplandecían como dos carbones insepultos y encendidos.

Él le rasgó el vestido amarillo, o mejor aún, le rasgó la blusa estampada que le subía los senos. Estos pugnaban por dejar sus copas y lanzarse hacia las manos ávidas del hombre. Pero un gesto de ella se lo impidió. Echó el cuerpo hacia atrás y solo la emoción del hombre se percató del cercano triunfo de su bestial apetito. Quiso poner distancia entre ella y él. Pero sus palabras no funcionaron porque solo expresaron un deseo profundo del orgasmo. Quería —pensó ella— mancharle con aquel líquido irredento su pantalón del lino color mostaza. Quería mancharla a ella y a su estirpe no presente. Era su hora. La hora del hombre solitario sin nada a perder, como resultado de aquella feroz batalla entre la vida y la muerte.

Pese a esto, lo senos de ella cobraron la vida del alba. Su fuerza era indetenible y ella sabía que estaban ahí para desafiar, y de esto no le cabía duda alguna.

La violencia del hombre descubrió su maravillosa figura y él puso una rodilla en tierra para pedirle que le dejara tocar el seno con la boca. Pero ella, como una niña pequeña, se volteó y gimoteó, diciéndole:

—¿Por qué me haces daño, si quería darlo todo? Quería darte mi cuerpo. Quería ser tuya. Me cortaste la inspiración y el deseo. No voy a decir que te odio, pero sí quiero que me dejes sola.

José Asunción, asustado, le dijo:

—Si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría. Eres una fuerza demasiado brutal para mí. Nunca nadie, y menos una mujer, me había desafiado así.

—Algo nos está espiando para hacernos daño —dijo Anchora Fanny.

José Asunción buscó refugio en su estatura, y sin decir una palabra más se escurrió hasta la arena de la playa, dando pasos cansados y con una inmensa degradación de todo cuanto había pensado últimamente de sí mismo. Él, sin saberlo, se hallaba poseído por los sueños que ya no podría contar a otro. Estaba, una vez más, solo, con su cansancio de siglos. Con esa tos señalándole como a un hombre que había traspasado el dintel de los setenta años. Pero con toda su desazón sentía, en forma punzante, en este momento que la había tocado, que había tocado su muslo y, en cierto modo, la había tocado toda. Sabía que de ninguna manera se le había vuelto espuma en las manos. Que era de carne y hueso, era real. Tenía la forma del aire y de la luz. Tenía la continuidad del espacio, y nunca podríamos verla como un sesgo o como un sonido inaudible o como un sonido dispuesto en notas creadas y demostradas en el pentagrama, allí donde la mano visible de nuestros deseos se acercaba y se mencionaba a sí mismo como una manera de lo molido y cernido en el foro del más alto viento boreal, por debajo de las marcas subseptentrionales, a todo lo largo de las barras dispuestas sobre el regazo de las incendiadas ramas del árbol coralino.

Ella estaba dispuesta a considerar lo que en un primer momento había sido su vocación más intensa. No era cierto que lo había eludido. Había sido vencida por su orgullo racial, en contra de la magia que desprendía aquella figura enceguecedora de pasiones, repetidamente entregada a la incertidumbre de la piel y de los ojos, de todo el cuerpo, como un riñón total, absolutamente predispuesto a todos los sacrificios y a todas las posibilidades de quienes pretendían no caer bajo las necesidades de una esclavitud del alma.

Anchora Fanny había sido una lámpara votiva que había recibido un soplo brutal de viento, en medio de la penumbra de un amanecer, que de alguna manera empezó a formarse en sus corazones; en el temor gigante del sexo de José Asunción y en sus deseos, que habían caído en el más hondo socavón de su piel, sobre este sitio de sus órganos púbicos, que tan acelerada y premiosamente quería saltar sobre él.

Anchora Fanny se había acercado al galpón, en el cual se escuchaba a José Asunción silbar un ritmo alegre, tamborileando con un tenedor sobre ollas y recipientes. Anchora Fanny lo citó amablemente y él le dijo:

—¿Qué quiere, señorita?

—Muy poca cosa —dijo Anchora Fanny—. Sobre todo, quiero que me escuche.

El hombre se aproximó a la puerta, sin dejar de silbar, y ella le dijo:

—Mire, José Asunción, voy a dar un paseo en la *María Pilar*. Quiero que cuide mis cosas. ¿Puede?

—Claro, señorita —dijo José Asunción—. Claro que puedo. A sus cosas nada les pasará mientras yo esté en esta costa.

—Gracias, amigo mío. De verdad, le doy las gracias. Así me voy tranquila y puedo disfrutar del paseo.

—Que le vaya bien —dijo José Asunción—. No olvide lo bueno, pero desaparezca de su memoria todo lo malo. —Y en una sonrisa, mostro su formidable dentadura.

Anchora Fanny se dirigió al cuarto de las tumbas y se puso a meter en una maleta todo cuanto creía que necesitaba. Lo hizo con mucho cuidado. Cuando la maleta estuvo llena de sus cosas, se las entregó al marinero de la *María Pilar*, quién con premura la llevó a bordo. Almorzaron poco y, en plena canícula, zarpó alegremente el peñero. Anchora Fanny y Citerión se asomaron a la borda de la embarcación, la cual comenzó a desplazarse velozmente mar adentro. La bitácora señalaba la ruta de Los Roques o de La Blanquilla, el segundo islote solitario en pleno Atlántico; mejor aún, ellos se aprovisionarían en Los Roques, luego sesgarían a La Blanquilla o a cualquiera otra isla con vegetación. Citerión había preparado un par de lonas para hacer un toldo, a fin de meterse dentro y dormir y conversar, hasta que el marino a cargo del motor les avisara que el viaje se interrumpía por haber llegado a puerto. Uno al lado del otro se durmieron, juntando sus rostros, casi sin decir palabra. Asimismo, cuando el sol comenzó a amainar y a bajar en el horizonte, con sombreros de paja sobre sus cabezas, uno a babor y el otro a estribor, lanzaron sus anzuelos con el objeto de pescar especies frescas abundantes en la zona, especialmente cunaros, carites y sierras, así como otros peces de variada naturaleza. En efecto, la pesca fue efectiva, desde una sierra de doce kilos a varios carites. En vista de este éxito, la cena fue abundante en pescado, funche y verduras. Ya en la noche, el cielo empezó a iluminarse con la aparición de varias constelaciones, en las cuales brillaban las grandes estrellas del firmamento. El primero en aparecer fue la constelación del Can Mayor, con Sirio a la cabeza, intensamente azul y fuertemente luminoso. Luego Orión, rojo como Marte. Desde el mar y la negra noche

que lo envolvía, el cielo estrellado era indudablemente fascinante. Esperaban encontrarse en tierra firme al promediar el amanecer, pues el viaje no era muy largo. Aquella noche, antes de dormir, hablaron mucho y de muchas cosas con la tripulación, especialmente con el capitán Antonio Martínez, un hombre de aspecto serio, pero de gran atractivo personal entre sus subalternos. Ordenaba con voz intensa, pero indudablemente amable. Entre otras cosas, les mostró el cuaderno de bitácora y el famoso astrolabio que, aunque ya no se usara, él guardaba con gran recogimiento. Asimismo, les enseñó una brújula moderna giroscópica y magnética, con la cual, efectivamente, determinaba con gran precisión el curso de la nave. El mar se hallaba tranquilo y la superficie era de gran transparencia. Muy cerca de las nueve de la mañana avistaron tierra, con gran emoción de todos. Eran las caletas de Los Roques. Con mucha maniobra limpia, los marineros del peñero se acercaron casi a la orilla de la playa. Fueron bajando uno a uno, quedándose en el peñero uno de los hombres de la tripulación, pues jamás debían dejar sola la embarcación. Anchora Fanny se resistió a que Citerión la tomara cargada para evitar el remojón. Sin sandalias y en traje de baño, saltó por la borda del peñero, cayendo en brazos de Citerión, quien la esperaba anhelante. Todos se dirigieron hasta una fonda vacía de huéspedes, pidieron de comer y beber, saciando con satisfacción su ansiedad. Era natural que la travesía en barco, la noche amedrentadora y la belleza del lugar y su entorno apacible, los mantuvieran en este estado de alerta, por lo cual inspeccionaban todo lo que tenían a la vista con gran interés. En esas circunstancias, el capitán Martínez le señaló a Citerión la conveniencia de adquirir víveres y carnes

no corrompibles, para los días que habrían de pasar en La Blanquilla y en las otras islas. Igualmente, le aconsejó conseguir dos hamacas. Se hizo lo sugerido por el capitán y todo fue llevado a bordo con gran presteza. Martínez aconsejó, igualmente, que esa noche la pasaran en Los Roques y que bien de mañana zarparan hacia el destino que buscaban.

Durante la cena, comieron de nuevo pescado fresco y hasta una langosta grande y hermosa, que les fue sancochada a ellos solos. Después de comer, tomaron una taza de café, más bien claro que fuerte. Anchora Fanny y Citerión salieron a caminar por la playa, para investigar en lo posible aquellos islotes tan llenos de atractivos por las aguas clarísimas del mar y la apacibilidad de las aguas del mismo. Corrientes no del todo visibles se desplazaban bajo la superficie, dejando cordones de espuma sobre esta. Fueron hasta una pequeña ensenada que emergía de una punta integrada al mar y a sus colores. Multitud de pájaros marinos fabricaban nidos en la arena y sobre las plantas emergentes, a todo lo largo y ancho de la isla; era como un musgo pesado, desarrollado con firmeza por aquella planta de inquebrantable fuerza. No se podía decir que fuera comestible, porque, en ese caso, estaría totalmente roída por los pájaros, los cuales anidaban en la ternura de las hojas y allí mismo empollaban. Al acercarse ellos, algunas aves volaron con un alarido en el pico. Se escuchaba el roce de las alas contra el viento seco de la tarde. Otearon las aguas serenas de aquel mar dilatado y extenso, que adquiría suaves tonalidades, desde allí hacia las Antillas Mayores. Lo que era evidente es que había una intensa vida y una lucha incesante por la supervivencia. Larga hilera de grises pelícanos volaban hacia el sur, con una gran dignidad.

Dejaban ese lado de las islitas y de los cayos, y seguramente dormirían sobre las rocas que se erguían a distancia. La tarde arrojaba su vino melancólico en las inmensas cubas de aquellos espacios que se abrazaban. Anchora Fanny y Citerión iban tomados de la cintura, ondulando levemente a medida que caminaban. De sus labios nacía una cancioncilla en inglés que Anchora Fanny había enseñado a Citerión: "Si quieres capturar todos los hechizos de mi sangre, tienes que capturarme de abajo hacia arriba. Te he dado la oportunidad de mirarme la sangre y esta cercana y antes oculta pasión que tú me inspiras. Acuérdate, soy mayor que tú. Soy tu hermana mayor y debes obedecerme con gentileza". Ella, de pronto, se quitó las sandalias y caminó descalza sobre la arena tibia del ocaso. El sol rayaba la superficie de las cristalinas copas de la noche. En las antípodas, se jugaba con la madrugada y había gentes que comenzaban a comer y a tartamudear en los viejos caños de la miseria. Los tigres incitaban su palidecer y sus rayas dispersas con la llegada de la noche, se habían atesado con la llegada del sol; pero ahora, en este momento, sus talones y las plantas de sus pies, sentían el mullido roce cálido de la arena. De pronto, Anchora Fanny pegó un pequeño salto y dijo:

—Me han herido. Seguramente, un cangrejillo rojo ha visto cuán grato a su garra es mi pie. Yo lo perdono por ti, Citerión. Déjalo ir hacia su tímido hueco, incomparablemente incierto. El agua del mar que ya comienza a subir (la pleamar) lo cubrirá y él entonces sonreirá con picardía: la piqué, dirá. Es mi triunfo. Son cosas de cangrejos —concluyó Anchora Fanny.

—Existen seres atrevidos en este mundo. Pero no creo que quisiera hacerte daño —dijo Citerión.

—¿Qué sabes tú de cangrejos y de daños? —argumentó Anchora Fanny—. Esta noche me besarás la herida que me dejó el cangrejito. Esa será mi dulce venganza. Me lamerás la herida verdadera. Y yo resucitaré para ti en los olores, para que tu olfato distinga la cal de la dulce prelación de mi olor de mujer.

—No te contaré —dijo Citerión— lo que expresó aquel bardo cuando tú te incorporaste sobre tus codos. Seguro ya no recuerdas.

—Un momento —dijo Anchora Fanny—, sí recuerdo. Ese hombre explicó: "Tu seno dijo al vaso: rómpete y derrama tu leche lentamente sobre mi boca".

—Pero ¿qué fue lo que quiso decir? ¿Quizás lo que alguna vez musitó el Rey Poeta, en el Cantar de los Cantares?… "Hay leche y miel bajo tu lengua, hermana".

—Solo eso —inquirió la muchacha.

Ella le puso la mano en la boca y lo abrazó y lo besó, para que no hablara. Sin embargo, Citerión no iba a decir nada pesado. Solamente quería decirle:

—Te amo. —Y la tomó por los hombros y luego dijo—: Tengo el pelo como un erizo, áspero y duro. Me tienes al borde… Por lo pronto, ya no soy un hombre sino una lagartija verde. Solo te falta pisarme. Hazlo. Hazlo ahora, amor mío.

—¿Desde cuándo no hay ira en tus labios? —preguntó Anchora Fanny.

—Estoy aprendiendo —dijo Citerión—. Estoy aprendiendo a sacudirme la ira como se sacude uno la plaga. Pero no puedo decir que a veces no me ahogue.

—Pero yo te conozco muy bien. Todavía te falta mucho humor para que superes la ira que te daña. Sin embargo, debes saber que te estoy amando con cada pulgada de mi cuerpo.

—Por ti he superado todos los agoreros mensajes de la sibila —expresó Citerión—. Lo único que no te he entregado es el pasado reciente. Todo lo demás, estoy en trance de volverlo puro aguaje sin peligro. A tu alrededor, solo se siente el viento mover las hojas penúltimas del gran árbol que yo era, pero me ha llegado el momento de cortar las ramas inútiles y sentarme a tu lado, en una noche estrellada como esta, para cantar, con la voz más triste, la suntuosa canción de Sirio sobre aquel *Cave canem* de los latinos de Pompeya. Esa luz derrama aguas suaves, sin mucha cal ni metales, y nos indica, en la línea de la frente, que te deberé amar mediante un aprendizaje lento y torturante de las cosas de la vida más importantes, que más nos importan.

Cuando llegaron al alojamiento, ya era tarde y tenían sueño. Citerión, quien ya había averiguado dónde podían colgar sus hamacas, procedió, sin pensarlo dos veces, a armarle una a Anchora Fanny. Una vez que hubo hecho el nudo del ahorcado —que le impedía cualquier accidente o caída—, tomó una manta y la tendió dentro del tejido, a fin de que esta red se extendiera bien y la manta no le produjese calor excesivo a la joven. Esta, que se había bañado por la tarde, estaba lista para tenderse en la malla, pero antes agarró la cabeza a Citerión y lo besó tiernamente, diciéndole:

—Hasta mañana, mi amor.

Sin más preámbulos, se echó en la hamaca y casi enseguida se quedó dormida profundamente. La noche le cayó encima y no solo la arropó, sino que la distrajo de cualquier otra cosa que no fuera un sueño profundo y reparador.

Igual cosa hizo Citerión. Pero este, con más tranquilidad, colgó una hamaca muy cerca de Anchora Fanny, aunque suficientemente lejos como para no incomodarla.

Quería dormir bien, y que ella hiciera lo mismo. Colgó su hamaca con nudos seguros y también puso, ya no una manta, sino una lona y un cubrecama sobre su red, porque sabía que los zancudos tenían largos estiletes succionadores de sangre, que no respetaban nada y había que tomar buenas providencias para evitar desagradables puyazos. Se tendió parsimoniosamente en la hamaca e igualmente se durmió, demostrando que se hallaba con la salud a toda prueba. Durmió y soñó con la amada, a la cual podía tocar si hubiese querido, pero no lo hizo.

Los gritos de las aves marinas que madrugaron lo despertaron. Citerión dio un salto y salió rápidamente de la hamaca. Había dormido bien. Espléndidamente. Fue al baño y se dio una buena ducha. Se lavó los dientes parejos y perfectos y salió a la playa para ver la faena marina que ya comenzaba, tanto por los marinos de la *María Pilar* como por otros marinos, que volvían de la pesca iniciada muy de madrugada. Los botes estaban repletos de pescado fresco aún palpitante y todavía saltando en el fondo de estos. Poco a poco, una claridad de porcelana iba invadiendo todas las islas. El capitán Martínez tenía casi todo bien dispuesto y listo para zarpar, pero atendiendo una llamada de Citerión, se acercó a este para escuchar:

—Capitán Martínez, pienso dejar durmiendo un poco más a la muchacha. Además, debemos desayunar bien, como un hecho de prudencia. Salgamos bien comidos.

—Acepto su sugerencia, Citerión. Creo que tiene razón; a los marinos viejos no nos cansan los vaivenes del mar, pero evidentemente a ustedes sí y ello es razonable. Entonces,

aparejaré y estaré listo para cuando quiera salir. Llevamos suficiente agua y comida, y creo que el tiempo será favorable todo el día.

—Estaremos una semana en estas islas. Luego regresaremos pero no a Thule, sino a Tierra de Gracia… Tengo asuntos graves que arreglar allí —sentenció Citerión.

Antes de las nueves de la mañana, apareció Anchora Fanny en el pórtico del hospedaje mostrando, como una verdadera reina, toda su belleza. Los ojos limpios y puros de la infancia; la piel dorada, como convenía a la intensidad del sol del trópico; la indefinible sonrisa que se apuraba en los hoyuelos de la cara; la tibieza que anunciaban los conos de sus senos plenos, que resaltaban todavía más la belleza de Anchora Fanny, y una cabellera que lucía encendida, como aquella que cantó el poeta —"dulce mujer, la del cabello ardiendo"—. No se podía ser más bella. Esa era la impresión que causaba, como la explosión de simpatía que se anunciaba desde sus ojos, desde sus labios entreabiertos y, naturalmente, desde las curvas ondulaciones de su cuerpo. Citerión se le acercó y la besó tiernamente en los labios, diciéndole:

—Hola, mi amor. Te dejé dormir. Dormías con agradable placidez, no me atreví a despertarte. Preferí que saliéramos un poco más tarde, a turbar tu sueño. Voy a recoger todo, a empacarlo y a llevarlo a la *María Pilar*. Mandé a preparar para todos un buen desayuno, por si acaso almorzamos tarde o se presentan problemas.

—¡Oh, qué bien! —dijo Anchora Fanny—. Siempre pensando en todo. Gracias, mi amor, te agradezco tu amabilidad. Realmente deseaba dormir. Me hacía falta, pero ahora estoy lista para vivir unos días de felicidad a tu lado,

sabiéndote solo mío. Gracias por todo, Citerión. Una vez más, gracias.

Citerión tomó por un brazo a Anchora Fanny y entraron en la casa, donde se veía una mesa con un mantel roído pero limpio, eso sí, muy arreglada con toda clase de alimentos debidamente preparados: pescados sudados, langostas en ruedas, quiguas, toritos asados, ruedas de sierra. Además, había huevos revueltos y unas arepas peladas, excelentes. Asimismo, resaltaba la morcilla carupanera y chorizos del mismo origen. Todo un suceso y un aplauso para la cocinera del lugar. Todos, marinos y pasajeros de a bordo, así como el capitán Martínez, sin mucho palabreo, le entraron a tan suculento condumio, con toda energía. Anchora Fanny demostró su apetito comiendo de todo, hasta un trozo frito de morcilla muy dulce y bien picante. Comió sierra fresca con mucho limón y apenas probó la langosta, a la cual le dieron un rápido fin, Citerión y el capitán. Las arepas, olorosas y de muy buen sabor, fueron una exquisitez para aquellos hambrientos huéspedes. Terminado aquel desayuno todos se dirigieron a la embarcación, cuando ya el sol comenzaba a empinarse en el cielo tenso y diáfano de la mañana. La atmosfera estaba intensamente azul y el cielo rebotaba en la concavidad del espacio como un hirviente caldero de frenéticas burbujas, las cuales se empujaban unas a otras para ascender hacia los dientes y las encías del océano.

Anchora Fanny fue la última en subir al peñero, pues se había puesto a conversar con la dueña de la fonda, una mujer negra de muy buena presencia. La mujer le preguntó:

—¿Qué le pareció la comida, señorita?

—Excelente, señora, muy buena. De eso no hay duda porque devoramos todo lo servido.

—¿Cuándo vuelven? —preguntó la mujer.

—Ya vendremos, quizás más pronto de lo que piensa.

—¡Oh, vuelvan!, usted me parece muy buena y aquí necesitamos personas así. Regrese. Yo le voy a guardar un mojito especial, así como las langostas. Las preparo muy bien. Hago una langosta con queso parmesano, de primera. No se le olvide, vuelva. Yo me llamo Lesbia. Soy cubana y pertenezco a la santería.

—*Good bye*, adiós —le dijo Anchora Fanny, abrazándola.

Al fin subió a la embarcación y esta se puso en marcha hacia el noroeste, rumbo a La Blanquilla y otras islas del Caribe enmantillado. Es decir, el Caribe que vendría al mundo de la leyenda de las islas verdes, vestido con las ropas y mantillas de la niña adolescente, entre los piratas de La Tortuga y de todos los puertos que se levantaron sobre la frente de la Nueva América. Hacia allí se dirigía la *María Pilar*, barca airosa y marinera, dejando una estela blanca al desplazarse y un acompañamiento de delfines.

Citerión y Anchora Fanny se sentaron juntos, con los brazos sosteniéndose mutuamente, besándose con ansia poderosa y suprema emoción de enamorados. Ya era tarde cundo el sol comenzó a tornarse rojo. Los marinos sabían que ya se encontraban iluminadas las antípodas, pero aquí buscaba el regazo de la noche. Después de aquel formidable desayuno, nada más habían ingerido en todo el día, salvo pequeños sorbos de agua. Ambos jóvenes hablaron muy poco y siempre en voz baja. Parecían dos polluelos marinos aún con la pelambre amarilla, propia de la salida del huevo.

No libraban ningún combate. Se amaban. Y su amor no requería sexo. Iba mucho más allá. Se necesitaban, querían necesitarse.

Ya por la tarde, con la luna encima, como una perla dejada caer en una copa de vino, se adentraron en una caleta de la pequeña isla a la que arribaban, cubierta por las raíces del mangle, el cual poblaba esas orillas. El capitán ordenó un movimiento del peñero, a fin de dirigirse al otro extremo de la caleta donde no había mangle, pues, según decía, "si no estábamos a salvo de la plaga, por lo menos esta se hacía menos densa". Sobre un arenal separado, y a mayor altura de la playa, montaron carpas de lonas: una para el grupo de marinos; una para el capitán, y la otra, de color dorado, para Citerión y Anchora Fanny.

Los dos jóvenes tendieron sobre el piso esteras de enea y sobre las esteras, mantas que habían traído. Con mucho cuidado sellaron las posibles entradas bajo las líneas exteriores de la tienda, para evitar que las serpientes y alacranes pudiesen turbar el sueño de ambos. Luego de estos cuidados, ella quedó con una prenda mínima, completamente desnuda en lo demás, y él se desnudó, salvo un corto calzoncillo. Ambos se acostaron uno al lado del otro y se fundieron en un abrazo que duró hasta que sintieron calor. Separados, se tendieron boca arriba respirando el sereno de la noche. No pudieron dormir, por lo cual salieron al relente nocturno, encaminándose hacia la roca que se perfilaba como un hombre armado y apuntando hacia el mar. Allí se acomodaron en la piedra, buscando la superficie más cómoda, y se integraron a aquel espacio marino. La luna en ascenso dejaba caer un viento de cellisca, de barlovento a sotavento. Era solo viento, un cónsul

de formas preteridas. La cabellera de Anchora Fanny reproducía, sobre el fondo de la noche, la liviana aventura de la bandera batiéndose sobre el océano. Ese viento apagó hasta el amor. Era un momento para pensar en la soledad, pero Citerión había botado el lastre de su vida pasada, no muy complicada, es cierto, pero de todas maneras, esta soledad tan verdadera y tan íntima había perdido peso y ahora sentía que la compartía con el corazón de la muchacha. La luna se resistía a desaparecer, como si el desierto océano se lo estuviese pidiendo. Poco a poco, la noche se iba haciendo más dura, más espesa. Ya no sentía calor. Había refrescado con aquel viento violento y asesino. Cortaba y dejaba lamparones en el cuello y en la mente. Él se decía que no sería el primero en vacilar, le daría la oportunidad a ella para quejarse, encogerse, suspirar por el calorcito existente en la oscuridad de la tienda, pero ninguno de los dos desistía de aquella tormenta desatada en sus corazones. Al fin, Citerión, obedeciendo al intenso calor condensado en sus testículos, pidió una tregua y le dijo:

—No te debo nada. Pero volvamos a la tienda. Hace mucho frío y mucho calor.

—¿Qué dices? —dijo Anchora Fanny—. No te entiendo. Dices que no me debes nada, pero yo creo que sí. Me debes el amor. Me debes el cuerpo entregado, me debes la piel, que ya no dormirá sin mí. Y me debes todo el aliento confiscado en ti para insuflarte calor, porque solo eras un pedazo de arcilla y te faltaba mi aliento para llenarte de aromas y de vida. En fin, me debes el haber quebrado aquel umbral de perdición. Si a alguien pudiésemos citar, ese sería Séneca, quien alguna vez diría: "No hay, pues, por qué tener por merecimiento delante de alguien haberle hecho objeto

de estas oficiosidades, porque es cierto que cuando lo hacías no era porque quisieras estar con otro, sino porque no podías estar contigo".

La noche, como una negra torta, se podía cortar en tozos. El cielo estaba lleno de estrellas y de vez en cuando, estas caían en lluvia. Arriba se divisaban los caballos de *Quo Vadis*: Orión, Antares, Betelgeuse, Aldebarán y Sirio.

Además de hacerlas, es muy estimulante saber decir las cosas. Esta es una de las sorpresas y de las garantías del amor, por encima de cualquier otro sentimiento.

Al fin, Citerión cedió y tomó la mano a Anchora Fanny para conducirla, prácticamente aterida, al interior de la tienda. Allí se taparon juntos con una cobija de algodón, se besaron con honda ternura, se acariciaron para olvidarlo todo y se durmieron, amándose intensamente. Estaban, no había duda, enamorados. Mucho más cerca ahora de lo que antes lo habían estado. No era cuestión de decirlo. Era asunto para sentirlo tan fulgurantemente y con tanta insistencia como la que ellos sentían. Todo se iba desatando y ellos ya sabían, y lo sabía la conciencia de cada uno, lo difícil e impensable ya de su separación. Todo conducía a unirlos. A mantenerlos juntos, por encima de pequeñas torpezas e insignificantes vacilaciones.

Era la hora de dormir y durmieron toda la madrugada, algunas veces juntos y otras separados. El espíritu macerado por un amor no comprometido con nada exterior, solo interesado en sus sentimientos y pensamientos.

Eran las nueve de la mañana y el capitán Martínez no había querido molestarlos. Cuando el sol ya estaba en lo alto, fueron despertados. Se saludaron con todo amor, y Citerión, antes de salir a la luz del sol, la cubrió con una sábana y cerró la tienda. Anchora Fanny continuó en la cama improvisada. Entre tanto, Citerión, en traje de baño, se dio una zambullida en el mar terso y muy azul. Olas brevísimas rompían silenciosas en la playa de arena blanca, donde caminaban con pasos rápidos algunas palmípedas. El capitán Martínez advirtió a Citerión sobre el peligro que constituían las formas coralíferas vivas, ya que de solo tocarlas podían producir heridas muy dolorosas. El mismo capitán le señaló a Citerión que habían logrado pescar algunas langostas, las cuales servirían para el almuerzo. Citerión preguntó:

—¿Qué vamos a tomar para el desayuno?

El capitán Martínez expresó, con cierta solemnidad:

—Ya todo está preparado. Solo falta quienes se lo coman.

Citerión se apresuró a llamar a la muchacha, quien salió de la tienda y enseguida se zambulló en la caleta, y nadó rápidamente cincuenta metros hacia el cordón de coral que cercaba a la misma. Desde lejos, saludó alzando la mano. Seguidamente, avanzó hasta la playa con grandes y fuertes brazadas de una nadadora experta. En la playa la recibió, tomándola de las manos, Citerión. Se pasó un paño rápidamente por la cara, se lo colocó sobre los hombros y se dirigió al sitio donde el capitán Martínez había ordenado colocar unos cajones, que servían de mesa para los que iban a tomar el desayuno. El cocinero de la *María Pilar* sirvió de inmediato arepas, pescado frito y algunos huevos cocidos de tortuga, los cuales —según Anchora Fanny— estaban

deliciosos. Después tomaron café y dieron por concluida la hora de la comida.

Citerión y Anchora Fanny se dedicaron a rodear la isla por la playa de blancas arenas, muy finas y pálidas. Llevaban puestos los sombreros de paja y armados como para una gran batalla. De trecho en trecho, se lanzaban al mar y disfrutaban de un espléndido baño en sus aguas tibias y limpias. Nada dañaba ni el paisaje ni la serenidad de aquellas aguas que por allí, hacia el norte de la isla, se hacían más oceánicas y daban grandes saltos hacia los rompientes coralinos. Iban y venían en un bárbaro caleidoscopio. Multitud de aves marinas anidaban en aquellas tierras. Grandes tortugas se desplazaban desde la altura de la playa hasta las aguas del mar, en donde los tortuguillos se ponían a salvo de la depredación que bajaba desde el cielo y de la que los propios hombres practicaban. Citerión y Anchora intentaron detener algunas grandes tortugas, pero les fue imposible, pues resultaron animales muy poderosos. De cualquier manera, registraron algunos nidos de tortugas y sacaron grandes cantidades de huevos, que llevaron al campamento. Por la tarde regresaron a la tienda, se vistieron con algo más que el traje de baño y quedaron como nuevos. Para esa hora, cerca de las cuatro, almorzaron una fina carne de langosta en ruedas con mucho limón y una deliciosa salsa blanca.

Esa misma tarde supuestamente partirían hacia Thule. Había un hermoso, complaciente y despótico cielo estrellado. Las constelaciones estaban en todo su esplendor. Especialmente firmes, miraban las constelaciones del Cisne y la Corona. El peñero dejaba una estela incisiva, la cual se perdía en las mil noches de cada burbuja. Citerión se acordó de su viaje y a qué venía, cuál era su propósito. A proa, bajo el toldo, descansaba Anchora Fanny, en un adormecimiento que disfrazaba sus verdaderos sentimientos. En otras palabras, quería ver extenderse la noche para que Citerión se acercara a ella y la hiciera feliz. Citerión se aproximó al capitán Martínez, quien en ese momento desenredaba un pedazo de palangre solo por pasar el tiempo, ya que el mar estaba en calma y soplaba un airecillo de muy buen pelo. Cuando Citerión llegó a su lado, este lo increpó sonriente:

—Nos vamos a ir sin cumplir la ruta.

—Vamos a ver —señaló Citerión—… Mire, capitán, usted sabe que yo sigo el rumbo que me tracen.

—Eso lo sé yo sin que usted lo diga —apuntó el capitán Martínez—. Como nuestra bitácora había de indicar una travesía muy bien pensada, pues yo había imaginado que usted hablaba en serio cuando compartimos opiniones al respecto. Sin meterme en sus asuntos, siendo como es usted dueño del peñero, pues no se imagine que yo pueda entrometerme en sus resoluciones, pero si a usted no lo está esperando ningún asunto urgente, pues siga su viajecito y diviértase. Ustedes duermen afuera porque quieren; yo les arreglé muy bien un camarote para que descansaran.

—Mire, capitán, no soy yo el que quiere regresar. Estoy muy a gusto con el viaje, me gusta la comida de a bordo y el descanso que tomo. Sobre todo, estoy muy enamorado de la muchacha, y porque hay ahora un viento del sudoeste muy agradable y hemos sufrido muy poco durante la travesía. Déjame hablar con ella para tomar una decisión final. Por lo pronto, estoy hambriento y ella también. ¿Qué vamos a tomar de almuerzo? —preguntó Citerión.

—Como desayunamos tarde, creí que aún no tenían hambre. Vamos a comer casi lo mismo que ayer, más un caldo de verduras y pescado que, según me dijeron los marineros, está excelente —dijo el capitán.

—Pues voy a avisarle a Anchora Fanny para que salga y comamos algo —dijo Citerión.

—Yo avisaré al cocinero —indicó el capitán.

—Ya nos vemos —dijo Citerión, saliendo hacia donde descansaba la joven, bajo el toldo de lona. Se acercó sin hacer ruido y se acostó a su lado.

—Hola, mi amor —le dijo ella soñolienta—. Tengo hambre.

—Despierta y vamos a comer, ya todo está listo —exclamó Citerión.

Anchora Fanny se colocó una cota amarilla de mangas cortas y una falda que le llegaba a las rodillas, y salió feliz hacia el día. En una tabla adosada a la pared del peñero, ya les habían servido lo que había. El caldo estaba excelente y tenía muy buenas presas de pescado junto con la verdura. A Anchora Fanny le agradó sobre todo el mapuey, tubérculo que ella desconocía. Para la muchacha, esta hortaliza y el caldo fueron un verdadero descubrimiento. Como segundo plato, comieron huevos de tortuga sancochados y pescado frito en ruedas —que los marineros habían sacado de la caleta—, como mero de piedra, tahalí, bedregal y una magnífica ración de sardinas tostaditas en aceite muy caliente, que estaban realmente exquisitas, y que según el capitán eran muy recomendables para los recién casados. Con el almuerzo tomaron un vino blanco, al cual Citerión llamó manzanilla, y que él había conseguido en el Continente.

—La comida estaba excelente, capitán —proclamó Anchora Fanny, quien se lavaba las manos en el agua del mar.

—Es cierto, capitán Martínez, no he tomado un caldo de pescado mejor que este desde hacía mucho tiempo —expresó Citerión.

Los dos, Citerión y Anchora Fanny, se acercaron al capitán Martínez y le comunicaron:

—Capitán, hemos decidido continuar el viaje por estas islas tal y como lo habíamos previsto. Esto es, la semana completa, la cual apenas está comenzando. Hoy queremos que tome rumbo a Las Aves.

—Muy bien —dijo entusiasmado el capitán, dirigiéndose al segundo de a bordo—. Oye, Manuel, pon rumbo al noroeste, buscando Las Aves. Vamos a pernoctar allí. Mañana estaremos todo el día en esas islas.

—Muy bien, capitán. Ya puse rumbo al noroeste, buscando Las Aves —dijo Manuel.

Los otros cuatro marineros, incluyendo al cocinero, aplaudieron.

—En honor a nuestros huéspedes y amigos, les tengo una cena sorpresa —dijo el cocinero.

—¡Qué bien! —exclamó Anchora Fanny.

—Me volvió a dar hambre —dijo Citerión. Pero tomando el camino de popa, se retiraron para cobijarse de los rayos ardientes del sol. Sin más, se metieron bajo el toldo de lona.

El peñero, con su viejo motor central, dejaba escapar aceite y gasolina quemados, lo cual provocaba náuseas a la joven, quién se tapaba con un fino pañuelo de batista rociado con abundante agua de colonia, que Citerión había vertido en el mismo. Las bielas del motor daban fuertes aullidos, unido todo en una pesadilla, con el barco bamboleándose en el mar mientras surcaba las olas totalmente en calma. Los tripulantes se habían resguardado contra el sol, hasta mirarlo descender bajo el horizonte. La última resolana les había hecho sudar y sobre el bozo de Anchora Fanny se adivinan perlitas de sudor. Citerión tomó su pañuelo y lo pasó suavemente por el rostro de la joven. Los dos se habían colocado hacia la popa y desde allí veían pasar los últimos pájaros marinos que se marchaban hacia el sur, en una perfecta formación triangular.

A poco entró la noche con gran solemnidad y su capa festoneada de rojo y, en algunos sitios, de almagre. Todos esperaron a que la noche cundiera como cunde el cundeamor en tierra, hasta no dejar resquicio de pasión. Pero de pronto sacudieron el firmamento las estrellas mestizas de Orión, el ojo frenético de Sirio y la luz rojiza de Aldebarán. El cielo se abrió para mostrar otras maravillas que ellos no se cansaban de saborear, al permitir que aquel resplandor desconocido les arrebatara los rostros y les llegara al interior de la garganta, y de allí, a los corazones abismados y aún nostálgicos. No sabían a qué cosa se debía ese agudo sentimiento de opresión. El mar comenzó a chocar contra las cuadernas de la embarcación. El capitán los llamó a todos para la cena especial que había preparado el cocinero, según lo anunciara. Pusieron dos tablas anchas en cubierta para que cupieran todos, sin apretujones. En efecto, el secreto de la cena era un plato de pasta gratinada, que nadaba en una canasta de camarones, sierra, langostinos y chipirones, así como de otros mariscos. El cocinero se había esmerado en la preparación de aquella pasta suculenta. Todos comieron con gran entusiasmo y ninguno dejó nada. El segundo plato emuló al primero y para algunos dejó atrás aquella entrada de pasta tan exquisitamente preparada. El vino fue servido. De nuevo aquel amontillado pálido que les escanció a todos, para mejorar el gusto que habían sentido por aquel plato. Enseguida atacaron con furia golosa la langosta cubierta con una gruesa capa gratinada de excelente queso parmesano. El cocinero dijo en voz alta:

—¡Langosta Thermidor!

Los comensales aplaudieron y celebraron con vino y otros licores aquella maravilla que constituía el remate de un gran

banquete. Este cocinero no solo hacía buenas arepas, sino que manejaba muchos otros platos propios de un Carême, con gran maestría y soberbia humildad. El amontillado, por supuesto, sentó plaza entre los comensales. Después de esta comilona, escucharon las canciones, acompañadas con la guitarra, que entonó Citerión.

Fue una velada magnifica. Todos aplaudieron y demostraron que eran capaces de expresar felicidad. El capitán Martínez solicitó silencio y pronunció una muy corta exhortación, diciendo, entre cosas, que era prudente terminar la fiesta, pues el que vigilaba y permanecía en la proa no solo estaría hambriento, sino cansado. Todos decidieron hacer sus abluciones y prepararse para descansar. Al día siguiente estarían ya en La Blanquilla, a la cual llegarían cerca de la mañana.

Anchora Fanny y Citerión quisieron hacer uso de la litera preparada por el capitán Martínez. Sin embargo, hubieron de renunciar a ello, en razón de que apenas cabían en ella. Volvieron a cubierta, debajo del toldo por donde la brisa nocturna hacía un túnel y se colaba entre sus piernas y brazos, remesando sus cabellos, escudriñando sus labios y ombligos y fugándose suavemente, sin esfuerzo alguno, por sus axilas y las cimas y honduras de sus cuerpos, comunicando alegría a sus corazones. No era cuestión de bailar. Ellos se amaban pronunciando palabras pequeñas y despobladas de sentido, o bien palabras intensas que muchas veces se derramaron como burbujas de una copa llena de vino achampañado. Las burbujas no caían, volaban entre sus rostros y bocas, se deshacían y ya nadie las veía de nuevo.

Citerión alzó contra su pecho a Anchora Fanny y estuvo así, besándola lentamente, mientras le decía:

—Amor mío, quisiera saber si este río de amor nos conducirá a algún lugar fuera de este barco, fuera de las playas acogedoras de donde venimos y adonde vamos. Tú no podrás olvidar el pasado y yo menos aún. Las mujeres se vuelven como las ostras vivas, cerradas, pero los hombres somos unos pequeños grillos en la boca de las serpientes.

—Murmuras como solo el amor lo hace —suspiró Anchora Fanny—. Tu calor va y viene. Algunas veces te siento, pero otras solo siento el calor del hielo. ¿Por qué? Por eso es que este mar se me hace tan amargo, la arena de estas playas la siento dura, como espinas, y la leve brisa de la noche es un bárbaro peine de sangre que nos arranca en pedazos la pasión con la cual pretendemos envolver el cuerpo y el alma.

—Estos son pensamientos del destierro —dijo Citerión—. Ya verás mañana cuando el cielo y el aire griten sus símbolos y te besen en los pies y en los glúteos apenas cubiertos. Ya verás la alegría que brotará de tus nuevos ojos sin párpados. Entonces, reptarás hacia mí. Pero yo, amada mía, abominaré de todo eso. Me quitaré la ropa que lastima y te pediré que me recibas en la noche.

—¡Oh, Citerión! Te amo, como el río ama todos los instantes de su piel. Me agradaría saber qué piensas del río, no de su piel sino de sus pies.

Poco a poco, ella se fue quedando dormida en sus bazos, y de pronto suspiró y se derramó como leche sobre la manta. Citerión aún permaneció un buen tiempo en aquella paila de burbujas gigantes que estremecían al firmamento.

Sin darse cuenta, también se quedó profundamente dormido. A los gritos de los marineros y del capitán se despertó y, como movido por un resorte, se paró. Vio a la muchacha tiernamente dormida y con la sábana la cubrió suavemente. Movió una lona del improvisado toldo para que el sol no le diera en la cara y se acercó a la borda del peñero para echarse agua de mar en el rostro todavía entumecido. Inmediatamente, se reunió con los marineros y el capitán; y después de saludarse y preguntarse por la pasada noche, atendió a lo que decían todos. La Blanquilla se presentó a su vista como un inmenso cachalote, lamido apenas por pequeñas olas de la mar en calma. Asimismo, celebró con todos el espectáculo de una ballena varada en la playa, la cual aún parecía estar viva, pues movía la enorme peineta de la cola. El capitán comentó que estos animales, por este tiempo, se varaban en las playas de estas islas, bien porque las golpeara un barco de paso, bien por alguna enfermedad, bien porque se arriesgaban demasiado hacia la costa, pues a veces pasaban en grandes cardúmenes buscando las corrientes frías del Atlántico.

Citerión preguntó si no sería posible hacer algo por la ballena. Por ejemplo, amarrarla a la popa del peñero para sacarla mar afuera. El capitán señaló que seguramente el animal estaba ya condenado, pues son muy sensibles a cualquier clase de heridas y raspones sufridos durante la noche, mientras las grandes olas las golpeaban y las varaban más en la playa.

Además, él creía que tantas toneladas de peso muerto era mucho para el peñero, con el riesgo adicional de que el motor se encabritara y se dañara, impidiendo la continuación del viaje. Los marineros apoyaron las razones del

capitán, haciendo una democrática mayoría frente al parecer de Citerión y de Anchora Fanny, que ya se había levantado y apoyaba a Citerión. Prevaleció la opinión del capitán frente al parecer del dueño de la nave, puesto que aquí, en el mar, su punto de vista no podía sobresalir ante las razones técnicas y que tenían que ver con la vida de la nave y del viaje. Citerión y Anchora Fanny se mostraron consternados; pero enseguida, la orden del capitán de que rodearan la isla, dada al segundo de a bordo, se cumplió, dejando atrás al pobre e indefenso animal. A poco estuvieron en una caleta que se extendía por muchos metros al norte de La Blanquilla, con su espejo de aguas tranquilas y cientos de pájaros volando sobre un enorme banco de camiguanas, empujadas por otros peces contra el rompiente de coral.

Las sardinas saltaban, alborotadas ante el avance de los jureles, removiendo en violento torbellino las aguas del mar. Por una abertura de la caleta entró el peñero hasta la playa, sin varar la embarcación y bajando todos el equipaje necesario, colocándolo bajo la protección de unos chaparros salvajes que crecían a unos cincuenta metros de la orilla. En esa costa construyeron con lona un amplio espacio cubierto para Citerión y Anchora Fanny. Allí ella se desnudó, a la vista de Citerión, para deslumbrarlo con la belleza de su cuerpo apenas dorado y con su piel bruñida por los rayos del sol. Desde su altura, le preguntó a Citerión:

—¿Te gusto, mi amor? ¿Todavía te gusto? ¿Sientes aún algo por mí?

Citerión la echó al suelo y le besó todo el cuerpo, deteniéndose en los hermosos senos de la joven, la cual se retorcía por el placer que le causaban aquellas caricias.

—Por favor, amor, no me beses más si no me vas a hacer tuya.

—Claro —dijo Citerión, mientras su virilidad se esforzaba por salir del traje de baño.

—Esta noche, mi amor, esta noche me haces feliz. Tengo muchos deseos de estar contigo. Te amo, mi amor, te amo.

Diciéndole esto se levantó, se puso el traje de baño y salió de la enramada hacia la playa. Esperó a que Citerión saliera, ya más calmado, y ambos entraron a la gloria de las aguas de aquel mar bendito. La muchacha nadó vigorosamente hacia el interior de la caleta, se bajó el pantaloncito y se lavó meticulosamente los genitales, llenos de líquidos fervorosos. Libre de aquella atadura, comenzó a dar volteretas como un delfín en las cálidas aguas de aquella alberca natural.

Se despertaron a buena hora. El sol ya había levantado y hoy parecía más rubio que ayer. Anchora Fanny hizo rápidamente sus abluciones matinales y lo preparó todo para que Citerión hiciera lo propio.

El cocinero preparó un desayuno típico: toritos y unos buenos cortes de sierra. Las arepas del pescador estaban excelentes, y ellos aprovecharon la mantequilla y el queso blanco duro, que también había servido. Comieron abundantemente, rociando el pescado con limón tierno. Bebieron café claro. Además, había funche para el que quisiera comerlo y plátanos verdes en tostones.

Aquel día estaban felices. La maravilla de la luz solar, en todo su esplendor matinal, los llenaba de exaltación. Ese día decidieron dar una larga caminata por el interior de la isla. Con los grandes sombreros de paja y a través de una vegetación rala, solo poblada por algunos chaparros amuñuñados —pues habían sufrido una quemazón en algún tiempo—, se dirigieron hacia unas muy breves colinas que se alzaban

hacia el sur de la isla. El capitán Martínez les había recordado que tuvieran cuidado con las cascabeles y otras serpientes que recalaban en las islas, siguiendo las corrientes marinas y en balsas de hojas y ramas, empujadas por las crecidas de los ríos de la costa, especialmente la llamada por los nativos de Martinica, *fer-de-lance*, un ofidio de mortíferos atributos. Cuando llegaron a una de las colinitas, subieron hasta su tope y pudieron vislumbrar el magnífico mar de las Antillas, cuyas aguas refulgían tonalidades ambarinas y de esmeraldas brillantes ante la luz solar. Había que entender que la visión era en plena mañana, cuando el sol estaba en ascenso hacia el cénit. De pronto, casi frente a ellos, pudieron extasiarse mirando, por lo menos, dos cachalotes enormes, entrando y saliendo del mar, muy cercanos a la playa sur de la isla. Los animales dejaban gruesas nubes de espuma en cada zambullida que daban. Eran un espectáculo. Parecía que estos cetáceos trataron de hallar a su congénere, todavía expuesto a su desintegración final. Anchora Fanny y Citerión apartaron algunos bejucos muertos y se sentaron sobre la tierra para poder retener en sus pupilas todo lo que aquel mar que los rodeaba tuviera para ellos. De alguna manera, toda su vida habían tenido acceso al mar, pero este mar para Anchora Fanny era otra cosa. Era un mar altivo y liviano, que los invitaba a estrenarlo permanentemente. La arena blanquecina de sus playas era algo verdaderamente reconfortante. Parecía que se desarrollara un banquete y que de ánforas fenicias les estuvieran sirviendo vino. Los cachalotes volteaban las mesas de la orgía y, de alguna manera solo percibido por ellos, llamaban a su amiga ya muerta, cuyos líquidos absorbía la arena, y que seguramente no podía oírlos. En cierto momento, las

ballenas voltearon hacia el este, y dejando la visión extrema de sus colas en mariposa, fueron a incorporarse a su cardumen; iban en busca de las corrientes frías y todas se dirigían hacia el norte franco.

Cuando ya el sol les llegaba en barrena, perpendicular a sus cabezas, se levantaron, se abrazaron recónditos, y como si una señal les hubiera avisado, se pusieron de pie y marcharon hacia el norte, donde se hallaban acampando. Desde arriba vieron el peñero oscilando sobre el mar, a los marineros y al capitán Martínez calafateando el barco. De pronto Anchora Fanny, quien caminaba delante de Citerión, se paró en seco. Aproximadamente a dos metros de ella —y debajo de un arbolito de hojas ásperas y tronco retorcido que le brindaba cobijo— vio a una cascabel que, como una gran torta y aparentemente dormida, la esperaba. Citerión le hizo dar un rodeo y continuaron caminando. No quisieron despertar a la serpiente, entregada a su sueño y a su vida, tan lejana y remota de los pensamientos y del escrutar de los dos jóvenes. En la tarde, ella iría por su alimento, entre la hojarasca, y seguramente avanzaría hacia la playa a beber agua salina.

Ya eran poco más o menos las dos de la tarde cuando habían emprendido la marcha de regreso. Los colores del mar se habían amortiguado. Hacia el este el viento se aposentaba en el manglar, que con el barco dejaron otros. Pero hacia el oeste, la vegetación era muy pobre y fácilmente se podían ver los dos lados de la isla. Se dirigieron hacia la playa y decidieron caminar por ella, rumbo al oeste. De esta forma, y mecidos por el rumor del mar que dejaba caer olas no muy grandes, acompañaban su paseo. Cuando sentían calor se daban un remojón en el mar y así seguían por aquellas arenas

que tan bien los trataban. Rodearon los restos del animal y tapándose la nariz, pues ya olía muy mal, pronto llegaron a su sitio de origen. Como verdaderos conquistadores se habían adueñado de la isla, en la cual no encontraron sino a aquella soledad intransmutable. Cuando llegaron a la playa, conquistada ya por el peñero, el capitán Martínez los saludó y les dijo:

—¿Como que vienen cansados?

—Pues sí, un poco —dijeron los dos—. Venimos un poco cansados y con hambre. ¿Ya está el almuerzo?

Embarcaron para almorzar, pues el cocinero se había asomado a estribor para anunciarles que la comida estaba servida y caliente.

Citerión, después del desayuno, había llamado a uno de los marineros de la *María Pilar*, el peñero que limpiamente había soportado la tormenta nocturna y ahora bailaba suavemente, bien amarrado al espigón. Enseguida, comenzó a ser puesta en orden toda la embarcación y lista para partir.

Pasadas las cuatro de la tarde almorzaron. El cocinero de a bordo había preparado un asopado de arroz con mariscos que estaba excelente. En la mañana, los marineros se habían dedicado a buscar vieiras, conchas, guacucos y otros frutos del mar, que hicieron muy agradable aquel arroz en sopa. Comieron con gran apetito, pues todos estaban hambrientos. Descansaron un tiempo en el barco y luego volvieron a la playa a darse un remojón final, antes de que el día concluyera. Citerión y Anchora Fanny caminaron por aquellas playas sin manchas ni desechos, hasta la bahía donde se hallaba, brillante y en silencio, aquella ballena desdichada. Algo la obligaba a regresar a acompañar a aquel cadáver delirante y ya ajeno a la vida.

Anchora Fanny detuvo un momento la caminata y puso su mano sobre unos de los hombros de Citerión.

—Espera un momento. —Se colocó detrás de él y le dijo—: Estoy atónita con tanta carne desperdiciada. Con esta carne vivirían unos cuantos ingleses más de un mes. Estoy segura.

—¿Por qué hablas de ingleses? —dijo Citerión.

—Simple —respondió Anchora Fanny—. Les gusta la grasa y la carne de ballena.

—No seas exagerada. Los ingleses tienen sus propias virtudes. Sus virtudes nacionales, además de gustarles la carne de ballena. —Enseguida, Citerión agregó—: ¿Cómo lo sabes?

—Estuve allí en el cincuenta y uno. Y yo tuve mi propia experiencia. No tienes idea de cuánto les agrada el *sausage* con huevos fritos en grasa de ballena.

Anchora Fanny se alejó un poco de Citerión y caminó hacia donde se hallaba el cetáceo. Sin quererlo, hizo un mapa de aquella hermosa y destruida bestia y se lo fue comunicando a sí misma y a Citerión. Empezó diciéndose que ya estaba en el aire el pesado olor a carne descompuesta, el cual se iba extendiendo por toda la bahía. Primero llegaron los hombres portadores de hachas, que demolieron concienzudamente el hermoso cuerpo de aquel cadáver magnífico. Fueron tirando sobre la playa grandes trozos de grasa. Poco a poco, los hacheros iban descubriendo las vísceras del animal, hasta llegar al momento en que brotó, como un manantial, el espantoso aliento de aquel cetáceo que se negaba a ceder su espacio, que era absolutamente suyo. Porque detrás de aquel insufrible desorden aparecía la mixtura maravillosa que desde Jonás ha

perfumado al mundo; mundo en el cual circulaba el amor, la belleza y las más elocuentes formas del placer y de la lujuria: el ámbar.

De aquel espectáculo, a ella habría de quedarle una nostalgia más. La representación cósmica del país. El día y la noche apechugados en el alma humana, porque simplemente la burbuja desaparecía en algún vuelo de planetas.

De pronto la bahía perdió todo su brillo. El sol se hizo opaco como si hubiera recibido una gigantesca lechada. El color del agua pasó a ser gris y la ballena se tornó negra. Se apagó el olor nauseabundo, que ya circundaba toda la zona, y los insectos vapulearon las barbas del cetáceo. "Yo misma le dije a aquel animal muerto y a punto de desbandarse, que tu muerte nos redima a todos y nos salve".

Pero en todo aquello no entraba para nada el amor. Por eso era necesario emparentar los sentimientos actuales con las posibilidades que ofrecía la presencia activa de Citerión, en aquel mar de negaciones. Sin embargo, eran impredecibles los pensamientos que embargaban a aquel hombre rubio, junto a su presencia nítida y casi perfecta. Citerión, ante la curva emergente de un animal que comenzaba a desparecer bajo el peso de su mortalidad, de su necesidad de inundar de fuego las playas más doradas del capitán Ahab, salió justo para tratar de encontrarse con el capitán del barco.

Por la playa que ya dejaban con cierta nostalgia, porque la muerte de cualquier ser despierta sentimiento, volvieron a la caleta. Esta noche partirían hacia Los Testigos, que eran casi unos peñascos sobre el mar, pero también su próxima etapa en este singular itinerario marino. Ya bien de noche, comidos y bebidos, junto con los marineros y el capitán,

dieron marcha suelta hacia el noroeste con el viento templado y agradable, el cual a veces levantaba el mar más de lo conveniente. Pasarían por el norte de la isla de la Margarita y al este, encontrarían Los Testigos. Allí desembarcarían por un día y luego, desde allí, regresarían a Thule. Dos noches en el mar comiendo pescado fresco y mirando las constelaciones celestes; en poco más tiempo, se encontrarían frente a los farallones de Los Testigos. No sin dificultad desembarcarían en una playita oceánica bronca, con olas apreciables por su tamaño. Estarían así culminando esta parte del viaje.

El peñero fue llevado a una pequeña bahía con uno o dos movimientos de timón del segundo a bordo. Dado que las olas tenían cierta fuerza, prefirieron dejar atrás el mar y anclar el peñero. La nave se mecía con cierta fuerza entre las aguas, pero era vigorosamente sostenida por el ancla. Ese día desayunaron toritos fritos y arepas. En la mesa dispuesta por el cocinero, con lo que se pudo y con un buen mantel, se sirvió una excelente mantequilla. El pescado siempre estuvo a la orden. Todos se sintieron satisfechos y Anchora Fanny y Citerión se marcharon hacia el interior de estos pequeños promontorios, que testificaban sobre la presencia en estos mares de abundantes tiburones, especialmente de la agresiva tintorera.

"Anda, vuela. Vuela hacia la noche y hacia el mar de estrellas que nos llaman e iluminan. Vuela, asciende en el altar de nuestra inconsistencia. Llévate el alma de todos y verás que entrarás en el espacio de los que te amamos. Lánzate hacia adelante y busca el ronzal para sujetar la negra bestia que ahora se mece frente a nosotros. ¿Quién eres tú para intentar modificar nuestros hábitos y nuestras certezas? Yo sabía que te íbamos a pedir que montaras tu gran barbería

en medio de la calle y comenzaras a cortar el pelo a aquellos desventurados, a aquella gente sin gracia, a quienes ponías un yelmo o una totuma para cortarles el pelo alrededor de aquel ingenio.

"O entre otras cosas, empezar a caminar a través de los grandes chaguaramos, en los cuales la brisa brillaba como reflejo de estrellas. No tengo esperanza sobre esa situación. Ella mentía todo el tiempo, anunciaba una caricia indirecta para poder optar su inmensa capacidad de exacción".

Citerión rastreaba el firmamento en su definitiva oscilación, en su desprendimiento y hasta la consumación total de las ceremonias que preceden a la muerte. Para ellos el recuerdo de esta ballena no solo era una realidad, sino, igualmente, un símbolo representativo de la forma y de las formas que provienen de los sucesos anteriores a la definitiva conclusión y oclusión de los hechos de la vida, por todo lo que tenía de pasión y de singularidad, en medio del espanto de la confusión y de la soledad. Estas reflexiones interpretaban todo el anochecer de aquella relación, por cuya revelación ya oscilaba el anonadamiento y la contracción de los seres entregados al resplandor, en cuyas perplejidades se asomaba la soledad.

Nadie hasta ahora la había aglomerado tan sabiamente, como la dulce acuarela de aquel recuerdo. Citerión en las dunas de las arenas premeditadas del mediodía; Citerión en las mínimas hojas de la salvia y del cundeamor; Citerión en la tristeza y el agobio, soplando sobre aquellos pájaros que vuelan hacia el sur afanosamente; Citerión en la dormida garra del gato montés; Citerión en la miel estridulosa de la

arica; Citerión en la piel rugosa del *Crocodylus orinoquensis*; Citerión en los ojos de los pulperos, en la esquinas gloriosas del llano; Citerión en los pulmones de la tortuga arrau; Citerión, cuya sensibilidad se mordía la cola como la serpiente del ánima sola. Su alma parecía haberse perdido en las madrugadas olorosas a nomeolvides. De aquella contratierra, paridora de arrayanes, ya no podía volver a esas costas secas y perdidas en el fondo horizontal del océano.

¡Oh, Citerión!, tú quizás jamás escucharás la íntima sabiduría de este poema:

> El olfato del dios Teké huele lo distante. El porvenir son caballos derribados.
> Boca abajo… ¡Cuánto desbordamiento!...
>
> Teké, el anunciador, notifica. Boabad. Boabad como un tambor de Tierra. Vino el tiempo. Vino el tiempo.
> El hijo de bronce hará orinar a la bestia de mármol.
> De nuevo el pueblo obedecerá la ley de la choza…

No eres tú mismo el gran caballo rubio que huele en el cuerpo de Anchora Fanny lo distante. Tú deberás recordar su cabeza calva. Su peritoneo abierto a los términos de la aurora. Yéndose como la lluvia por las fosas nasales de los grandes dinosaurios ya desaparecidos, en las rocas terciarias. No vuelvas nunca a pernoctar junto al colibrí. Oirás con nuevas orejas la ronda de los perros. Te traerán en bandeja de plata las más hermosas claraboyas de la noche y podrás escribir tu epitafio en las propias barbas de la ballena de ennegrecidas quijadas. Estarás hablando con máscaras negras; te dicen

palabras de nervios de fuego. Tú estás violando el pacto. Me preguntaste por paredes de vidrio y sugeriste habitación común, común en cuanto a los dedos y en cuando a la frente. Común en cuanto a los enfermos ojos vitriólicos. Ojos deshechos en la lujuria de las noches blasfemadas. En las noches en que te has perdido, en que has desvestido tu cuerpo frente a un falo inmenso de costumbres. Tú sabes que te han herido las turbas de simientes desechas. No habrá embarazo, solo tubérculos incipientes, probablemente originarios de China. Pero tú, cuando estás frente a mí, sientes el deseo pulposo de mentir. Tu mentira tiene la misma consistencia del metano que expele tu cuerpo. Pero ríes y buscas la burla como una defensa racional. En el fondo, desprecias a quien te ofrece benevolencia. Ni siquiera en el fondo estás dando muestras de honor. Tú excluyes todo sentimiento y vas por el camino de las mujeres que toman el dinero y no se van. Se quedan y lo guardan en los carrillos de la mente.

En estas noches últimas veían las nubes bajas sobre La Blanquilla; o la cremosa tarde lanzarse con fuerza de alcatraz sobre la suave superficie de la bahía de Las Aves, aquel farallón en cuyas aguas los navíos soberbios de Lutecia enterraron sus propias quillas, quedando expuestos al insondable misterio de las estrellas de aquel Caribe viajero y de corrientes frías, trayendo los santuarios a acomodarse a las esquinas repetidas de los que fueron dejando el amor entre cuadernas y sotaventos misteriosos. Por una vez tengo que pedirte que olvides la bruma como traductora de tantos huecos pequeños de felicidad, donde nadie podría excluirte y pedirte nada que ya no tuvieras, que alguien como un patrono duro no te hubiera entregado y ofrecido… La espuma que riza los navíos, surcando hacia las escamas del violento mar que lleva hasta las islas migratorias.

Después de su conversación con Sixta, ella sabía que los días tersos de La Blanquilla no volverían. Sentía que un gran peso se había instalado al este de su corazón. No conocía el por qué, pero se llegó a sentir hasta fea y pensó con frecuencia en detalles íntimos que antes había sobrevalorado. Sus intensos raptos de lujuria habían cesado, pero a esta no la había remplazado un estado de comprensión amorosa. Se había vuelto pavesa, si a algo se la podía comparar. Citerión casi no veía a Anchora Fanny. Estaba sumergido en los preparativos para trasladarse al Continente junto con la muchacha, rompiendo el precinto existente en unas relaciones que aún no habían terminado de consolidarse. Existían presentimientos, premoniciones exuberantes.

En fin, por las noches, desde cualquiera de las colinas de la isla, podía escucharse el intenso aullar de los lobos marinos acercándose al galpón, en el cual Anchora Fanny se entregaba al descanso sin pensar mucho en las palabras de Sixta. Ella, según eso, estaba en inminente peligro. El precio que debía pagar por el amor de Citerión, se expresaba como un precio demasiado alto. Minuto a minuto, ella se daba cuenta de que jamás pondría un pie en el peñero de Citerión. Y que siendo así, no daría ni un paso en el Continente para hacer válido el desesperado amor de Citerión, ya que este quería apropiarse de ella por toda la eternidad. Y eso ella lo entendía, lo entendía sin que nada en ella flaquease. Sabía que ninguna desesperación se justificaba, porque todo estaba, según ella, previsto. Ninguno de los dos se podía enfrentar para asegurar que ya todo estaba decidido. Porque era cierto: nada se había decidido. Anchora Fanny había sometido su papel en este asunto a una meditación. Quería que ella misma tomara

una decisión objetiva, ya que Citerión había llevado el asunto a una dispersión total. Ni por el tiempo ni por lo que estaba en juego, se habían considerado las variables correctas. Todo estaba sometido a una crisis. Había una inflamación de regiones importantes del espíritu de ambos. Pero, naturalmente, más presionante de parte de Citerión. Era menester que todo volviera a su nivel, que la agitación dejara el paso a la reflexión tranquila y prometedora. Pero lo mejor de todo era que Citerión y Anchora Fanny nunca se habían levantado la voz para resolver sus diferencias. Siempre hablaban asordinados, como si temieran que algún extraño se impusiera realmente de todo cuanto querían significar sus palabras.

—Oye, Citerión —le decía Anchora Fanny—, vamos a recogernos en nuestras respectivas conchas. Así será mejor. Nadie se enterará de lo que realmente nos pertenece a los dos. ¿No te parece, mi amor?

—Casi estoy de acuerdo contigo, pero existe un punto que quisiera precisar más —dijo Citerión—. Tú sabes perfectamente a qué me refiero. Tú, por ejemplo, me has dicho que no te sientes preparada para asumir el riesgo de fracasar en el Continente. Tienes la idea de que ese viaje nos estaría sometiendo a la presión intolerable de quienes desean que, antes de ir hacia mi gente allí, todos los obstáculos estén resueltos y removidos. Pues yo pienso que no existe nada definitivamente resuelto. Nada tiene ese membrete. Estamos como el primer día: conociéndonos, hurgando en nuestros entreveros para saber cuál sería, en definitiva, la solución correcta de nuestros temores.

—Eso es todo —dijo Anchora Fanny—. Eso es todo. Permitamos que las propias aguas vuelvan por sí mismas

a sus niveles anteriores, o por lo menos, a los niveles deseados. Si a alguien no deseo yo hacerle daño es a ti, pero ningún daño. Ni siquiera un daño indirecto.

Esa noche se habían dormido juntos y se habían amado intensamente. Pasaron muchas horas hablando en voz baja, inaudible para otras personas. Entonces Citerión dijo, con una gran sonrisa:

—Yo creo que estamos hechos el uno para el otro. Al final, tú eres para mí y soy para ti. A esto nadie se puede oponer, solo nosotros mismos. Solo nosotros podemos destruir lo que tan arduamente hemos realizado.

—¿Tú crees que es así? —preguntó Anchora Fanny—. Basta con que lo creas para que sea verdad. Yo por ahora me siento sin angustia. Sea lo que sea, todo se acomodará para ayudarnos. Nos merecemos esta confianza.

Los dos habían convenido en volver a los lugares sagrados para ambos en aquella isla, que parecía un terrón de azúcar en una taza de café. Y efectivamente, al día siguiente se pusieron en marcha, colocándose ella un gran sombrero de paja para cubrirse del intenso sol de la mañana. Llegaron temprano al sector de la Aduana, y se pusieron a hablar con algunos pescadores. Anchora Fanny no dejaba de mirar hacia la choza de Sixta. Pero allí no se veía ni a Sixta ni a Jacinta. Además, no salía ningún hilo de humo de la cocina de estas. Uno de los pescadores le dijo:

—Se han marchado para la isla Grande. Ella y Jacinta, pero estoy seguro de que volverán.

Citerión y Anchora Fanny, tomados de la mano, se ubicaron sobre la lancha de uno de los pecadores. Citerión comenzó a remar acompasadamente y sin prisa. En un momento dijo:

—Por lo menos tendremos la seguridad de que esta conversación nuestra no será turbada por nada. Lo que no me puedas decir aquí, no habrá manera de que lo digas en otra parte o, mejor dicho, nunca.

—Es cierto —dijo Anchora Fanny, mirando el mar apaciguado que dejaba ver las piedras del fondo—. Aquí el mar no es antagónico. Todo se armoniza alrededor del agua y de las calidades del cielo y del mar. La tierra nos protege. Ha lanzado un manto sobre nosotros y es cierto que este silencio le quita animosidad a cualquier relación o conversación.

—Ya no se trata simplemente del amor que tú me tienes o el que yo te tengo a ti. Se trata de una feroz batalla entre dos chorros amurallados dentro de la sangre de cada uno. La lucha es allí. Estamos contendiendo para acercarnos más, para darnos el derecho a ser nosotros mismos. Si yo parto mañana, solo tu estancia aquí se habrá tornado intolerable. La soledad ya no te será posible, porque el otro término seguiré siendo yo. Y así mismo, si tú me dejaras y marcharas, habríamos destapado la botella que contenía el genio del mal, porque todo horizonte verdaderamente nuestro se habrá borrado. Se habrá borrado de tal manera, como si nunca hubiera existido. Y tú no me harás falta ni yo te haré falta, para nada. Pero absolutamente para nada —dijo Citerión.

—Es una situación horrible, pero indetenible. Pienso que debemos volver a la Aduana. Debemos caminar por el suelo de la playa y no movernos en estas aguas, que por más tiernas

que parezcan son muy peligrosas para nuestro ánimo. Los instantes en que podamos pensar el uno del otro algo bueno, son necesario aprovecharlos —sentenció Anchora Fanny.

—Es cierto, amor mío. Es cierto que no debemos escuchar, soñolientos, el ruido que hace el amolador de todas las armas que nos van a destruir, ni el canto de las sirenas. Vamos a escuchar el airecillo que nos trae el canto salvaje de un marinero dolido de amor no recompensado; herido por los jabalíes que están escarbando al pie del árbol, donde alguna vez escondimos nuestra alegría y nuestra esperanza.

Aquel cinturón de playas pequeñas, pero de arenas muy blancas, tenía un magnetismo muy particular para Anchora y Citerión, como si entre ellos no se hubiesen dicho las verdades esenciales, como si hubiesen llegado solo hasta el borde de los acantilados del alma. Desde allí oteaban el mar y refrescaban los recuerdos, no lejanos, de sus primeros encuentros, de sus iniciales pasos por la isla. Del examen que hacían de los objetos, se habían convertido en malacólogos expertos y la interpretación de las conchas halladas les había sugerido muchas de las cosas que propiciaron su relación.

Anchora Fanny le habló a Citerión, en tono de pitonisa:

—No hables, Citerión. Solo mira y mírame. Me voy a ir quitando una a una las prendas que llevo puestas y te voy a pedir, si quieres o puedes, que me ames sobre la arena y en el agua. Mírame tal cual soy. Dime si algo no te agrada de mí. Por ejemplo, ¿tienen mis senos algún defecto? ¿O mi vientre no es tan terso como tú lo creías? ¿Hasta dónde ha llegado el lupus en el daño a mis codos o rodillas? ¿O mis piernas, hasta las ingles, han dejado de gustarte? ¿O ya no ves mi vientre como una colina cubierta con hierba suave y olorosa? Y mis

glúteos, ¿ya no son las laderas que pensabas?; ¿ya no te parecen dos lámparas apenas veladas por una cortina de encajes? ¿O cómo ves ahora mis tobillos, mi espalda? ¿O cómo me ves ahora en conjunto, cuando estoy extendida sobre la playa? ¿Mis vellos púbicos te excitan como antes? ¿Todavía sientes deseos de inclinarte sobre mí y lamerme todo el cuerpo? Bajo estas fuerzas acumuladas, yacimos más de una vez el uno junto al otro, el uno al lado del otro, primero sin tocarnos y luego unidos en un abrazo colérico y lleno de susurros inaudibles para ese ejército de ciegos que nos cercaba. Entonces yo decía: soy tuya y el cielo me ha tocado y el rayo ha puesto sobre mí su luz más intensa y cegadora. Yo era tres ardillas acaneladas y grises que en mí se saciaron. ¿Te diste cuenta, Citerión, si acaso dejaste huella sobre mi cuevita suave y húmeda? Aquí nunca estuvo la historia con su lengua trepidante. Escucha, Citerión, dónde se encuentra la verdadera explicación de por qué no es posible que yo te siga hacia esas landas inhóspitas. Allá sí habrá diferencias. Aquí no. Allá se juntarán todos los canijos de alma y te pondrán al descubierto el desencanto en su más frontal poder. Lo sé muy bien, Citerión: tú eres una abeja, pero yo ya no podré estar gimiendo bajo tus poderosas piernas. Yo nunca he podido afirmar que tú eres mío, solo porque yo te lo haya dicho muchas veces. También he mirado dentro de tus ojos. Y un hombre así, siempre está al borde de la locura.

Citerión, haciendo visera con una de sus manos, miraba distraído hacia el profundo horizonte marino y lejos, muy lejos, creyó ver la silueta de un barco mayor, el cual se desplazaba con gran fuerza, surgiendo desde la hondura de las olas y levantando su proa, como un asmático busca aire fresco

arriba…, arriba sobre su cabeza. Citerión llamó la atención de Anchora Fanny, para buscar algún árbol que los protegiera de aquel mar de rayos dolorosamente clavados sobre sus cabezas. Pero no había ni siquiera un hueco en la tierra que les permitiera esconder, aunque fuera por algunos minutos, la parte superior de sus cuerpos, después de aquel asesinato solar. Sobre un fulgurante espino que hacía una comba sobre la tierra, colocaron sus camisas y desnudos los torsos se metieron allí, para tomar un descanso obligado. Además, una datura excitante aborrecía la compañía de otros fuegos y exhalaba sola su espesa sombra. Afuera no había nada, ni pájaros ni reptiles, solo sol reverberante. Se colocaron uno cerca del otro y se durmieron en una siesta no querida, porque la pesadilla era insoportable.

De pronto, un paso de nubes tapó al sol y sobre la tierra cayeron algunas benévolas gotas de agua. Bajaron de nuevo a la playa, terminaron de desnudarse y se zambulleron en las aguas cálidas de ese mar tan afecto a ellos, y así, desnudos, reemprendieron esforzadamente el camino hacia el aún lejano este. De cuando en cuando se zambullían en las aguas próvidas del mar, se refrescaban un poco y volvían a caminar. A pocas cuadras del galpón de José Asunción, se vistieron y tomados de la mano, pasaron delante del mismo hasta la casa de las tumbas. Nunca una sombra les pareció más grata. Era como si se hubiesen topado con una mata de mangos centenarios mientras hacían vivac. Se desnudaron por completo, totumearon el agua de una pipa y se la echaron uno al otro hasta quedar sin la sal del mar. Vistieron ropas de algodón, colocaron en el suelo las esteras de enea y se durmieron hasta el día siguiente, cuando la sed y el hambre los despertaron.

El primero en ponerse en pie fue Citerión, quien salió y llegándose hasta el peñero, habló algo con el capitán Martínez. De nuevo saltó a tierra y volvió al lado de Anchora Fanny, quien nuevamente se había bañado con agua dulce y apenas se estaba colocando el calzoncito de seda. Se puso luego unos pantalones de violento color blanco y una cota a juego. Por primera vez en muchos días, se puso zarcillos de presión y unos zapatos de tacón bajo; se disponía a salir cuando Citerión hizo su entrada. Entonces ella le dijo:

—Oye, Citerión, desperté, te busqué y no te encontré. Un golpe de tristeza me subió a la garganta. Decidí bañarme sola, pues quería pedirte que me bañaras y me fueras lavando el cuerpo con la totumita…, pero no estabas. Entonces me dije, así será después… No estabas…, no estarás a mi lado… Lo he tenido y lo he perdido… No estarás a mi lado… Pero ¿por qué soy tan tonta, si aún puedo recuperarlo? Y en ese momento entraste y el encantamiento se disolvió en el aire caliente de la habitación. —Afuera, el sol sonaba como los crótalos de una serpiente de cascabel y derretía las hojas de aluminio.

—Tienes un corazón lleno de amargas premoniciones —dijo Citerión—. Las bayas amargas de la desesperación te están cercando. Esa es la forma en que te despides de mí: viendo fantasmas desolados y torvos. Sin embargo, aunque estás triste como barco escorado, te traigo una buena noticia.

—¿Cuál? —preguntó alegremente Anchora Fanny.

—Pues te venía a despertar porque en el peñero están haciendo un desayuno-almuerzo para todos, especialmente para los dos, a base de pescado fresco, guacucos y algunas docenas de ostras, así como huevos de tortuga sancochados. Hay también buenos limones. Mandé a hacer un refresco de

maracuyá con tamarindo y por pan tenemos cazabe oriental. La comida nos la traen los marineros de la *María Pilar* hasta la tumba.

Después de comer, Citerión comentaba:

—Le dimos un pase rasante a las ostras con limones de mucho jugo. Y con ese aperitivo, nos tomamos el sancocho, con una buena cantidad de verduras. Nos comimos una montaña de ellas. El caldo estaba exquisito, lo mismo que las otras viandas, que fueron servidas sin ninguna mezquindad.

Satisfechos y desalojada la sala, volvieron a acostarse en las esteras hasta el día siguiente.

Temprano se levantó Citerión, y lleno de energía preparó un fantástico desayuno. Comieron huevos de tortuga sancochados, pescado fresco, arepas de maíz amarillo y un buen café con leche. La alusión a su viaje fue la primera noticia que tuvo Anchora Fanny de las intenciones de Citerión. Terminado el desayuno se lo dijo, y que una vez que regresara reanudarían la charla para definir en qué situación quedarían con respecto a las proposiciones que él había hecho, hacía ya varios días. Ella, sin ninguna afectación, se despidió cariñosamente de él… sin pronuncia palabra. Lo besó tiernamente y le dijo adiós con la mano desde la puerta de la tumba. Citerión, desde el peñero en marcha, sacó un pañuelo blanco y lo blandió como una flamígera espada e hizo varios pases cortando el aire, como un vikingo armado ante sus enemigos. Hasta muy lejos ondeó aquella espada y con golpes maestros hacía la separación más definitiva.

El viaje era ya casi un recuerdo. Una sombra amenazaba la bondad de los marineros y del propio capitán. Para Anchora Fanny y Citerión, el fin del viaje representaba un nuevo tiempo; un conjunto de decisiones a tomar, las cuales se perfilaban complicadas. Porque eran dificultades no ya de forma, sino realmente de estructura. Algo decisivo iba a cambiar en ellos y en su entorno. Pero entretanto, se disponían a disfrutar de un soleado día de playa fuera de Thule. Porque ese día sería inolvidable. Mientras los marineros preparaban los toldos, Anchora Fanny y Citerión se dispusieron a bañarse de agua y de sol. Citerión, a pedido de Anchora Fanny, untó abundante crema contra los rayos solares en la espalda de la joven. Igual cosa hizo ella en los brazos y en el pecho de él, así como en los muslos y en las zonas que aparecían descubiertas. Él hizo lo propio con Anchora Fanny, quien se había quemado fuertemente. Ambos entendieron que el paseo debía terminar y sumar algunos días de amable reposo en la tumba o salón de Thule. Todo el día estuvieron bajo los toldos,

después de un buen baño. Pasaron al lado opuesto de la isla donde se hallaban, pudiendo ver desde allí el tono verde claro que les llegaba desde la Margarita. Ya en la noche, el capitán, con gran emoción, les dijo a todos que al día siguiente estarían de regreso en Thule. El cocinero había preparado una cena ligera, a fin de que todos los que iban a dormir lo hicieran bien, para tener un buen descanso. El capitán señaló que aproximadamente a las siete de la mañana estarían en el espigón saltando a tierra. En efecto, alrededor de las siete, todos estaban desembarcando. No había nadie esperándolos. La playa estaba solitaria. Citerión le dijo al capitán que ordenara llevar sus piezas de equipaje hasta el salón de Anchora Fanny. Cuando los marineros salieron, Citerión cerró la puerta con el pasador de hierro. Luego, ambos se desnudaron con cuidado, pues tenían fuertes quemaduras en todo el cuerpo.

Anchora Fanny dijo:

—Voy a calentar agua para tibiarla y así poder bañarnos con mucho cuidado.

—Está bien —dijo apenas Citerión, quien se hallaba muy adolorido.

Anchora Fanny bañó con algodones a Citerión, después lo roció con talco y, en los sitios más ulcerados, le untó una capa de crema. Luego le hizo ponerse un pantalón de pijama y lo acostó en las esteras que había colocado en el suelo. Citerión quedó allí con los ojos muy abiertos y sufriendo el ardor de las quemaduras. Anchora Fanny se bañó con algodones y le dijo a Citerión que la bañara por la espalda y le echara crema y talco, tal como ella lo había hecho con él.

Los dos se acostaron, pero sin tocarse. En esa posición estuvieron hasta el día siguiente, en que se volvieron a bañar

y nuevamente se untaron crema y se echaron talco. Solo al cuarto día, Citerión se puso un pantaloncito y salió a la intemperie, donde los aguardaba todo el mundo. El capitán les dijo que estaban preocupados por la tardanza de ambos en salir de la sala de las tumbas.

Citerión dijo:

—Oiga, capitán, estamos recuperándonos para viajar al Continente, donde vamos a pasar un tiempo. Prepare el peñero, que sea bien lavado y acomodado, y yo le avisaré el día de la partida.

Citerión volvió con cierta prisa al salón. Encontró a Anchora Fanny acostada en la cama. Cuando llegó, le ofreció su brazo blanco y moreno y su mano extendida. Estaba con los ojos llenos de ansiedad. Con un gesto intensamente amoroso, le pidió que se acostara a su lado. Él se quitó la ropa y se sumergió en la cama, sobre los brazos de su amada. Con feroz sentido de la posesión, Citerión comenzó a quitarle la blusa a la muchacha. Sus dedos, como delicadas tenazas, hicieron piruetas para que los botoncitos siguieran el camino que su cerebro les indicara. En segundos, mortificados quería verlos tomar su rumbo. Nunca tuvo el propósito de romperle la blusa, de actuar bruscamente. Deseaba gobernar a la mano para que esta llevara a cabo el cometido que le había asignado, con toda limpieza y pulcritud. Al fin, logró lo que se propuso. Quedó suelta la blusa, y los senos de la joven emergieron como torreones por los que subían y bajaban un río de gracia. Citerión los tomó entre sus manos y puso el pezón de cada seno alternativamente en su boca. Le besó con

infinita pasión aquellas torres maravillosas, el aposento simpar de la lujuria.

Con su mano libre, le toco con cierta fuerza los genitales a Anchora Fanny, quien le suplicó que le besara y lamiera su concha genital, la cual pronto se llenó de sueros y sustancias que animaron la piel de su rostro y terminaron bajándole por el pecho cubierto de vellos rubios. Ella mantuvo el nivel de la lujuria suscitada, y un dardo de fuego cruzó por sus caras, tomándole el miembro, que por la excitación se había agigantado, y llenando al hombre de besos y nombres cuyos significados solo entendía Citerión, por el esfuerzo de la crisis que estaba viviendo. Anchora Fanny, ya sin fuerzas, se tendió sobre la cama y le pidió a Citerión que la cubriera toda con su piel, salvándola de aquella quejumbre sin misericordia en que se había convertido. El deseo la incendiaba.

Esa noche se hicieron amantes por todo el tiempo que podía durar la vida. La vida que verdaderamente mide y nos sostiene dentro de las pasiones que se inscriben en el diario de nuestras fuerzas, de las pasiones que nos abarcan; y todo dentro de lo que constituye la brevedad de las horas en las cuales decimos que hemos vivido. Como decía el poeta, no hay tal brevedad de la vida, porque lo que hacemos es cambiar la importancia de las cosas. Tomamos por importantes aquellas cosas sin memoria, triviales, por las cuales nos descosemos el alma y que al final no significan nada. Pero nada de nada. Especialmente, echamos a los cerdos nuestros mejores momentos, los momentos en los cuales vimos triunfar la inteligencia; esos se los dimos a los animales salvajes y a los que nunca tuvieron piedad de nuestras debilidades. Pero no es necesario incomodarse. Lo perdido está perdido y solo

se salva por el toque que el hombre le da a todo lo que roza no para transformarlo en el oro del rey Midas, sino para colocarlo allí donde se constituye en el faro que nos alumbra, tanto más cuanto que la noche es más dura y salvaje. Algo va a emerger de las interioridades del planeta, de los socavones del espíritu del hombre. Nadie conoce la templanza en los tiempos en los cuales el río es solo meandros, sin fuerzas, sin pasión. Todo se transformará en un violento y joven torrente cundo lo dejamos caer desde el páramo amado. Entonces, no existen nombres que lo protejan y ya nunca quedará archivado en el desván de la memoria.

Citerión exaltaba la presencia de la mujer en aquella cama. Era el mito desvanecido en la leche purísima de aquel cuerpo sin semejanza. Ahora él había descubierto un camino interior que lo conducía sin vacilaciones hacia otras formas del amor. Pero él quería ser de los dos el primero en llegar a aquellas almas, algunas veces tomadas solo por la fuerza de la imaginación. Estaba decidido a romper toda atadura y cavilación. Quería entregar a los nuevos vidrios las imágenes de lo que había derrotado en la batalla, aún no terminada y en pleno desarrollo, de sus dos disminuidos espíritus.

Si algún triunfo quería obtener era el triunfo de la pasión, del deseo y de lo exterior sobre el cuerpo de tantas y tan variadas sensaciones. Citerión no quería entrar a aquella nueva vida con Anchora Fanny con las manos vacías. Porque la naturaleza femenina nunca otorga todo, nunca se ofrece a plenitud. Siempre existe una reserva justificada por el fin y el propósito de los acercamientos de lo femenino a lo masculino. Citerión descubría así nuevas y decisivas verdades acerca del significado de la mujer en el destino íntimo

del hombre. Toda su vida, aún joven, estaba señalada por un afán de ahondar en su conocimiento de la mujer, como pareja, como amiga, como fenómeno de la intimidad y como esperanza para asumir una religiosidad profunda. La mujer era la abertura de todos los secretos que lo separaban de las fuentes primarias de la belleza y de la vida, en sus tonos mejor domados y mejor exaltados por lo que más deslumbra de nuestra mente. Somos los escogidos, se decía él, de unos dioses que son tolerantes y benévolos con los descalabros que sufren quienes aman.

—¿Cómo estás, Citerión? Estamos en la mañana de los días felices y de los días crueles, —dijo Anchora Fanny.

—Estoy con una pena honda, porque la diferencia es que ahora te amo, te amo en cada una de mis vertebras, de mis células, de todos los ojos que forman la piel.

—Amar así es que yo necesito. Esa es la medicina, el remedio que me ha hecho falta para saber que realmente existo, que no soy un fantasma ni un manojo de fantasías. Porque este es el piso de la tierra que deseo tener bajo mis pies. Esta realidad es la que yo deseo como perenne.

—Ahora que estás herida por el sol, que ya nada te puede mancillar porque el sol besó tu frente, que te hizo nuevamente nacer en la pureza. Porque cada paso es como un nacimiento. El día en que saliste al mundo, alguien ha debido ordenar un golpe de charanga.

—Nunca me pidas límites, porque los he perdido por las razones que te trajeron a mí. Por eso digo que he renunciado a todo límite, a toda barrera.

En adelante él sería un aroma, un perfume que abarcaría lo grande y lo pequeño, lo de ahora y lo de siempre en su vida. Ya Citerión había tomado decisiones por los dos. Mientras Anchora Fanny guardaba silencio, Citerión estaba haciendo planes para trasladar todo aquel montaje al Continente. Allí, sin lugar a dudas, él contaba con amplia ventaja. Es necesario entender que contra Anchora Fanny se levantaría un muro de prejuicios, capaces de ahogar aquel amor tan distinto a lo convencional y que, por lo tanto, se presentaría como una fuerza destructora a la que la muchacha no podía oponer ni siquiera el idioma.

Aquella noche se presentó José Asunción ante Anchora Fanny, con el más total respeto, y le diría:

—¿Cómo se encuentra, señorita?

—Ya estoy bien de las quemaduras del sol que recibí durante el viaje. Pero no viniste a saludarme únicamente, ¿qué mensaje traes?

—Es cierto, no vengo solo a saludarte. Traigo un mensaje de Sixta.

Anchora Fanny había oído hablar, sin mucha consistencia, de ella. Sabía que practicaba la santería, pero en forma muy peculiar. Sin embargo, ella no tenía una información especialmente determinada, por eso preguntó:

—¿Qué mensaje, José Asunción?

—Ella quiere agradecerle la visita que le hizo a su hermano moribundo, ¿se acuerda?

—Claro que me acuerdo —dijo Anchora Fanny.

—Que le dijera —siguió José Asunción— que muchas gracias también de parte de ella, porque la visita que hizo al

moribundo fue hecha con verdadero deseo de que él se llevase al mundo de las tinieblas lo que siempre había sido su más vital afán: ver una mujer bella ante sí y grabarla en su memoria eterna.

—Dígale de nuevo que muchas gracias por acordarse de mí —dijo Anchora Fanny.

Pero José Asunción insistió:

—Ella quiere que vaya a verla, tiene que hablarle. ¿Comprende?

—¡Ah! —dijo Anchora Fanny—. Eso es otra cosa. ¿Cuándo quiere que la vea?, pregúntale.

—En el momento que pueda, pero preferiblemente a la caída del sol. Ella no está muy bien, pero dice que es urgente que la vea —dijo José Asunción.

—Bueno, ¿qué le parece mañana a las siete de la tarde?

—Le llevaré el mensaje y vuelvo con la respuesta. Gracias, señorita.

—No me des las gracias por eso. Gracias le doy yo a todos ustedes. ¿Okey?

Sin decir más nada, José Asunción salió de la habitación y tomó el camino a la Aduana, que era el sitio en el cual se encontraban los caneyes de los pescadores y la choza en la que aguardaba la mujer. Esta conversación no la había presenciado Citerión, quien se hallaba inspeccionando el peñero.

Cuando José Asunción se presentó ante Sixta, esta tenía un severo ataque de asma. Los que estaban con ella trataron de que no hablara, pero la mujer dijo:

—Tengo mucha prisa en hablar con esa muchacha. Su salud está en peligro. Ella debe saber que la acechan numerosos peligros. La proposición de Citerión es sana para

los dos, pero no es conveniente para ella. Ese matrimonio ya estalló. Eso no lo salva nadie. Lo mejor es que ella lo sepa. El amor es como el mar. Nadie sabe cómo está hoy, pero mucho menos sabemos cómo estará mañana.

Haciendo un esfuerzo casi gritó:

—Yo me opondré a que ella salga de la isla para el Continente. Corre peligro.

Sixta cayó en un gran sopor y fue ayudada a acostarse en una hamaca. Había otra mujer más joven, quien la abanicaba con un pedazo de cartón. Esa misma mujer pidió a los dos que se hallaban dentro de la pequeña habitación que salieran y dejaran entrar aire. Todos abandonaron el lugar atropelladamente. De inmediato, Sixta se levantó y se quedó sentada sobre la hamaca. La joven se le acercó y le preguntó:

—¿Qué quieres, Sixta?

—Quiero que vayas afuera y prendas el fogón. Busca pescado y ponme a asar un pedazo de jurel o de cualquier pescado que encuentres.

La muchacha salió y buscó a uno de los pescadores en especial y le pidió pescado para que Sixta comiera; además, ella también tenía hambre. El hombre buscó un arcón y le entregó dos pescados, que habían sido salados y colocados al sol. Despedían un fuerte olor. La muchacha los puso a desalar en agua con sal, para procurar la precipitación química de toda la salazón que había en el pescado. Como este proceso iba a durar hasta el día siguiente, la muchacha pidió pescado fresco a otro pescador, quien efectivamente le entregó una pieza recién pescada. Jacinta tenía hirviendo agua en una vieja olla de aluminio, lavó un poco el pescado y lo echó dentro. Atizó el fuego. Se puso a elaborar unos bollos

de maíz, para lo cual puso a hervir agua con sal. De pronto, Sixta tosió y la llamó:

—Jacinta, ven acá. Ya me siento mejor. Pásame un tabaco.

La llamada Jacinta entró en la habitación y se colocó junto a la hamaca de la anciana.

—Aquí está el tabaco, Sixta. ¿Qué más quiere?

—Pues comer —dijo Sixta—. ¿Tengo que esperar? ¡Qué broma!

—Me voy a ver si termino el oficio —dijo Jacinta.

—Me llamas, voy a dormir —dijo Sixta.

—Sí, te llamaré —dijo Jacinta.

Jacinta no sabía qué hacer, o atender a la anciana o hacer la comida.

Al fin logró hacer una sopa de pescado y se la ofreció a la mujer, aún humeante. Sixta se sentó a la mesa para comer. Con todo y el asma, se sirvió un buen plato de sopa y lo comió con gran avidez.

—Todavía no se te ha olvidado cocinar, Jacinta —dijo Sixta.

—¿Cuánto tiempo tengo haciéndote la comida, madre? —dijo la mujer llamada Jacinta—. Además, hago lo que puedo porque no siempre tengo a mano con qué cocinar.

—No vengas a quejarte —dijo Sixta—. Siempre habrá algo que preparar. No me puedes negar que, por lo menos, pescado podemos montar en la olla.

—Es cierto —agregó Jacinta—. Pescado siempre hemos tenido. El mar no ha sido avaro con nosotras.

—Tráeme otro pedazo de pescado, que está muy bueno —dijo Sixta.

—Cómo no —indicó Jacinta.

—Ahora —dijo Sixta—, toma la escoba y ponte a barrer y a acomodar la casa, porque Anchora Fanny vendrá hoy. Quiero que esto huela bien. Somos pobres, pero sabemos de limpieza.

Jacinta tomó una escoba hecha de ramas y comenzó a sacar el polvo del suelo, al que había impregnado de agua, precisamente para que la polvareda se aplacara. En poco tiempo, Jacinta había aseado todo, dejando la casa olorosa a limpio, el perfume de la gente pobre.

A eso de las siete de la noche, hubo un gran revuelo en la ranchería, y flanqueada por Citerión y José Asunción, Anchora Fanny se acercó a la choza de Sixta.

—Me dijeron que quieres hablarme —dijo con cierta urgencia.

—Es cierto —dijo Sixta, con voz metálica —. Te llamé no para pedirte nada. Te llamé para ofrecerte seguridad.

—¿Cómo es eso? —preguntó Anchora Fanny.

—Primero, déjame arreglar esto. Aquí hay mucha gente innecesaria. Afuera todo el mundo; y tú, Jacinta, mantente cerca por si te necesito —dijo la anciana.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó Anchora Fanny.

—Porque es un asunto entre tú y yo. Los demás sobran. Es también un asunto solo de mujeres. Los hombres no tienen pareja en este baile —dijo Sixta.

—Bueno, antes necesito un café —dijo Anchora Fanny. Con este pedido desarmó a todo el mundo. Le había dado confianza a Sixta para que hablara.

Jacinta entró con un jarro de peltre lleno de café caliente.

—No tanto Jacinta, está muy caliente —dijo Sixta—. Tráele un pocillo pequeño a la señorita.

Después de esto, Anchora Fanny le preguntó a Sixta:

—¿Qué cosa tan importante querías decirme?

—Solo quiero prevenirte. Estás enamorada. No ves sino por sus ojos —dijo Sixta.

—¿Te refieres a Citerión? —preguntó Anchora Fanny.

—Precisamente. A él lo estoy señalando —dijo Sixta.

—Pero ¿qué tiene él que ver con usted? —pio la muchacha.

—A mí se me ha comunicado la orden de velar por ti. De salvarte. Tú no eres de aquí y por eso corres gran peligro. Ese hombre no es para ti. No está en tu mismo plano. Llegarías a odiar el mundo de hábitos que él representa. Esa es una cadena para perros y tú no estás hecha para eso. Cuando el sudor de esa gente llegue a tu verdadero olfato, te querrás arrancar ese amor como si fuese una piel de serpiente. Entonces maldecirás tu suerte. Porque una cosa es acostarse con ese hombre y otra muy distinta, vivir con él dentro de un aquelarre de parientes, que saldrán de todas partes como lombrices. Te verás traicionada, sometida a toda clase de chantajes. Te hundirás para siempre en sus costumbres odiosas, porque todas ellas comienzan con una mentira. —Sixta parecía poseída.

—¿Por qué no precisas un poco más todo lo que me has dicho? —dijo Anchora Fanny.

—Sí tú, una socióloga, no entiendes, te digo que quien no entiende soy yo. No puedes estar hundida en ese fangal de amor, como para no percibir exactamente lo que te estoy diciendo. Tu pregunta debía ser otra. Sería ¿cómo lo sé yo? Pues yo sé muchas cosas difíciles de entender para otras personas.

—¿Por qué no me iluminas, Sixta? ¿Qué es lo que puedo hacer ante esto? En este momento, no veo ninguna solución. Amo a Citerión y no veo ningún horizonte negativo. Sin embargo, intuyo de lo que se trata. Y verdaderamente quiero pensar y repensar esta situación. En otras palabras, ¿ustedes piensan que no existe futuro para mí al lado de Citerión, si abandono esta isla? Es muy duro pensar eso. Sé que ustedes me quieren, pero mi elección es dura. Yo no puedo decir que no voy a seguir a mi hombre; no importa que luego nuestra relación entre en otra fase. Ni él ni yo sabemos en qué parará todo esto. Pero, por ahora, siento la necesidad de ser fiel a Citerión. Por lo menos mientras nos encontremos aquí en esta isla.

—No vayas tan rápido, mi amor —dijo Sixta—. Yo, personalmente, no tengo interés en que tú no sigas a tu marido, solo porque se me ha echado encima la pavorosa premonición de que si esa relación sale de aquí, vas a ser destruida. ¿Me oyes?, destruida. No hay futuro para ti al lado de Citerión, una vez que traspongas este mar y te definas en el Continente. Será una destrucción sin contemplaciones, la cual envuelve tu rostro, tu persona, tu línea frente al fuego y al sol. No te darán cuartel los horribles fantasmas que esperan verte arrodillada, porque no es tu hombre quien luchará contra ti, no es él. Son otras fuerzas que ya están advertidas, que están haciendo preparativos para impedirte lo que tú llamarías la consideración del amor. Porque te echarán salvajes fieras encima, te echarán terremotos de maledicencia oscura, para impedir que el sol llegue a los socavones de tus limitaciones. Te harán imposible toda voluntad, todo esfuerzo tuyo para evitar la maldad; tratarás de explicar, pero de nada valdrá: serán para ustedes duros momentos. Tan duros como que desde su serenidad

tú te desbarranques, te despeñes, pese a la noble ayuda que seguramente te prestará Citerión. Pero ya verás si al final tú sigues al amor o al amor que sientes por Citerión.

La mujer hablaba con naturalidad, tranquila, respirando perfectamente, pese a las características de su mal. Anchora Fanny se movió con cierto nerviosismo en su asiento. Trató de decir con gestos que el calor era intenso, y la casucha no daba para mucho. Quería salir a coger aire. Entendía perfectamente lo que la mujer quería decirle. No estaba ajena a las sombrías circunstancias que rodeaban sus relaciones con Citerión. Ella pensaba que lo mejor era no pensar, dejarse llevar inconscientemente por los deseos de su amado. Todo con Citerión tenía un fuerte olor a tragedia. Todos los demonios se habían reunido para que ella no tuviera tiempo de someter a un filtro severo su relación con Citerión. Ella sabía perfectamente que una cosa era entenderse con su amado y otra muy diferente era entenderse con su entorno. Estaba dispuesta a aceptar reservas y sacrificios. Estaba dispuesta a aceptar las limitaciones que aquellas relaciones le iban exigir, mucho más allá de todas sus fuerzas, pero vendría un momento en el cual se iban a convocar a todos los demonios para aplastarla. Entonces estaría diciéndose que tenía que regresar al camino de la isla, después de que todas las amarras habrían sido cortadas por ella; mucho menos podría regresar a su país —donde ya no tenía a nadie en ningún sentido—, ni siquiera refugiándose en aquel pueblo de Iowa, en Caín Beach. Este repaso íntimo de esas posibles alternativas no le producía ningún alivio. Estaba llegando al verdadero momento en el cual tendría que tomar una decisión sin preámbulos; y la otra posibilidad era que dejara el asunto con Citerión, y le dijera:

"Vete, vete solo. No puedo ir contigo". Y él le respondería:

"¿Qué pasa, Anchora Fanny?, mi mujer, mi novia, mi único sitio posible para saciar mi sed de verdad y de amor. No es posible que me hayas dado tantas esperanzas acerca de los dos y ahora me vengas con eso. ¿Qué temes? Poseo todas las posibilidades que tú quieres. Tengo dinero, tengo tiempo y ya ves cómo reacciona mi cuerpo frente al tuyo; tan es así que curaste mi impotencia. Me siento lleno de bondad como nunca, sabiéndote cerca de mí. Se ha abierto para mí un camino de cambios importantes. Ya no tengo miedo para enfrentar en adelante a la vida, porque se trata de una vida nueva, compartida, serena, estimulante, de todo lo bueno que yo he deseado de ti. Por eso, no entiendo cómo tú te atreves a decirme lo que me has dicho, cuando sabes perfectamente que si mantienes esa actitud estarías destruyéndome. Devolverme ahora es para mí casi imposible, prefiero otra muerte, prefiero otra condena, prefiero otra forma de introducir la infamia en mi corazón y en mi cerebro.

"Pero, amor mío, yo digo y hago esto porque te amo. Te vas a salvar tú y me vas a salvar a mí —diría Anchora Fanny.

"No, Anchora, no puede ser que hayamos llegado hasta aquí y que todo concluya como una burbuja y se apague toda la luz, toda esperanza. Me había costado trabajo llegar a este convencimiento que ahora tengo contigo, pero una vez conseguida esta ceremonia, este estado ceremonial, no puedo volver atrás. Yo mismo me he cerrado todos los caminos, he trancado desde adentro todas las posibles puertas para impedirme olvidar lo que tú eres ya para mí".

—Pero no necesitas darme tantas explicaciones. Yo percibo en el aire y en mi alma de qué se trata —dijo Anchora Fanny.

Sixta la obligó a jurar sobre la tierra y sus prismas. A ella, que era como la flor del trébol, olorosa, menuda e íntima, sobre todo, llena de poder, perceptible en la piel donde rompía el río que bañaba su inteligencia. Anchora Fanny había descollado una sobrecogedora habilidad por su saliva, en la cual podían adivinarse las líneas secretas, líneas esenciales, en las palmas de las manos. A ella se la había nombrado la buscadora y la que alguna vez encontraría los rasgos de la ciudad que hacía cuatrocientos años se hallaba profundamente detenida en la cornisa continental del sur de la isla, pues sabía que las ruinas de aquella Nueva Cádiz bendita afloraban imperiosamente en los vitrales de su entendimiento. Muy próxima a sus ojos, de ahí que cuando el sol se sometiera al sesgo de la profundidad, los testigos de su enorme poder abisal saltarían a la superficie de menudas olas laterales, que resbalarían el amor y el odio. ¿Tú te imaginas, acaso, los sucesos que se producirán cuando tu olor trascienda los aposentos de Neptuno o los tritones confisquen las llaves de tus ceremonias, las llaves de tus estancias, en las cuales exhalarán su aroma

las hojas que huelen como el deseo en las preguntas que se hacen los amantes?

Todas las negaciones proferidas por Sixta, de alguna manera iban a echar raíces profundas en zonas del alma de la joven, susceptibles de ser influenciadas por la dura certidumbre de aquella extraña hechicera.

Cualquiera hubiera pensado que Sixta iba a hacer uso de pócimas y brebajes preparados a base de raíces, semillas y ramas sometidas al poder del mortero, en lenta aproximación a verdades que se iban a confundir en medidas de ciertas medicinas y soplos de la más alta pureza, para influir en el cuerpo y en el alma del ser a que estaban destinados. Pero Sixta no tenía mortero, solo una piedra de mar para moler aquellas hierbas y las semillas que contenían los principios moderadores o activadores de los íntimos sucesos que ella se proponía y que en cierto modo consiguió. Por eso, cuando hubo envasado aquella sustancia en botellas, que antes contuvieron ron, ella no necesitó decir nuevos rezos ni nuevas recomendaciones a los espíritus que invocaba, para darle mayor fuerza a las propiedades de lo que entendía iba a procurar la solución de lo requerido, a fin de que Anchora Fanny renunciara a buscar junto a Citerión, en el Continente, lo que en relación a ella eran asuntos prohibidos. Aquella mezcla en exactas proporciones de sábila, zarzamora, espadilla, guinda de arroyo, verbena azul, sangre de drago, flor de acupuntura y algunas gotas de alumbre, serían suficientes para imprimir la prohibición lanzada por Sixta contra la posibilidad de que Anchora Fanny visitara el Continente en compañía de Citerión.

Jacinta aprovechó su amistad reciente con Anchora Fanny para inducirla a que probara, como una mixtura para suavizar la piel, la poción que Sixta había preparado. Cuando llegó a la caleta, en cuya orilla se asentaba la casa de las tumbas, no divisó a nadie merodeando por allí. Sin embargo, encontró semiabierta la puerta de acceso a la casa que servía de habitación privada a Anchora Fanny. Con mucho sigilo, empujó la puerta y oyó cuando Anchora Fanny le preguntó:

—¿Qué deseas, Jacinta?

—Hablar contigo, señorita —respondió esta.

—Pasa, pasa no más, yo estoy sola. Estoy descansando porque a esta hora el sol achicharra.

—Gracias —dijo Jacinta, penetrando con resolución en la habitación—. Aquí estoy.

Jacinta se acercó con pasos apenas audibles a la silla donde se encontraba sentada Anchora Fanny, llevando en un morralito de fique la botella, cuyo contendido era de color ambarino.

—¿Cómo está Sixta? —preguntó Anchora Fanny.

—Ella está bien, todavía achacosa. No se le ha pasado el ataque de asma. Pero ya sabe…, la estoy cuidando lo mejor que puedo.

—Ya lo sé —dijo Anchora Fanny—. Ya sé que eres buena muchacha. Te voy a regalar una cosa.

—¿Qué será? —interrogó Jacinta.

—Ya veras, pero primero dime: ¿qué traes en el morral? —alternó Anchora Fanny.

—Te traigo una botella con una preparación para el cuerpo, para untarla y frotarla. Así, me dijo Sixta, que no se te brotará el cuerpo de ronchas y tampoco se te acercará la

plaga. No produce ninguna picazón, es suavizante y tranquiliza. Quisiera untártela yo misma —dijo Jacinta.

—¿A qué huele? —preguntó Anchora Fanny.

—Huele a hierbas finas —dijo Jacinta.

—Bueno, hoy me he sentido intranquila— aseguró Anchora Fanny—. Déjame y me quito la blusa para que me untes.

—Está bien —dijo Jacinta—. Me echo un poquito en la mano y te froto. —Efectivamente, así lo hizo Jacinta, y frotó a Anchora Fanny la espalda y el pecho, incluyendo los senos. En el aire quedó un ambiente de aromas y de olores medicinales.

—Está bien —dijo Anchora Fanny.

Jacinta tomó una servilleta de papel y se limpió las manos, diciendo:

—¿Puedo saber qué es lo que me vas a regalar?

—Pues sí, te lo voy a decir. —Se levantó y fue a una de sus maletas y extrajo una marusita de piel. Tomó algo de allí, se volteó y le dijo a Jacinta—: Mira, es un anillo. Es oro de verdad, aunque no es muy grande. Creo que te va a quedar bien. Ven, déjame medírtelo.

Anchora Fanny tomó la mano de Jacinta y su dedo anular e intentó insertar el anillo, pero no pudo. Le dijo:

—En el anular no te queda, lo tienes muy grueso. —Y diciendo esto, lo insertó en el dedo medio de la muchacha.— ¿No ves? Aquí sí te quedó bien. Como mandado a hacer.

Pero Jacinta le dijo:

—Yo quiero ponérmelo en el otro. Es más bonito allí.

—Sí —dijo Anchora Fanny—, pero resulta que allí no te entra. ¿Estamos?

—Bueno —dijo Jacinta—, entonces me lo llevaré aquí. —Y lo colocó en el dedo medio de la mano derecha—. Gracias, señorita, y me voy porque Sixta se angustia mucho cuando me tardo en los mandados. Aquí te dejo bien tapada la botella. Pero póntela, no la dejes por allí. Si tú quieres, vengo mañana y te unto con el *vino* este.

—No te preocupes —respondió Anchora Fanny—. Si tú no vienes, yo me lo echo. Huele bien y me siento relajada. Llévale mis gracias a Sixta. Hasta luego.

Jacinta cruzó la habitación en el momento en que entraba Citerión. Se agarró la falda y corrió desaladamente hacia la playa. Cruzó las ruinas y se perdió en los médanos que separaban la caleta de José Asunción de la de los pescadores.

Por lo pronto, Sixta se dio por satisfecha cuando Jacinta le contó lo sucedido; y en silencio, propuso ciertos conjuros para afirmar aún más la potencia de su pócima, naturalmente, siempre en beneficio de Anchora Fanny.

Al día siguiente no envió nuevamente a Jacinta, sino que fue ella misma, en compañía de la joven. En silencio y a pasos menudos, se dirigieron a la caleta de José Asunción. Sixta se sentía bien, porque caminaba con cierta prisa, de modo que Jacinta le decía:

—Sixta, no corras porque te va a dar un ataque. Mira que tú no puedes caminar mucho.

—No te preocupes —respondió Sixta—, hoy nada me ha de pasar. Estoy curada de espantos. Además, necesito llegar bien para que la muchacha esa se impregne de mi bondad y de mi naturaleza, porque necesita ayuda. Yo quiero y debo ayudarla.

Cuando llegaron a la casa de José Asunción, encontraron a este hirviendo agua para preparar unas langostas pichonas y unos caracoles que había conseguido. De manera que Sixta le dijo:

—Buen provecho, José Asunción. Si vas a almorzar te acompaño. Yo también tengo hambre.

—¿Sí quieres? —le respondió José Asunción, sinceramente.

—Bueno espérame un poco, voy a conversar con la señorita Anchora Fanny.

Diciendo esto, se introdujo en el salón de la joven, sin tocar la puerta.

Anchora Fanny, que la había oído llegar, solamente dijo:

—¿Eres tú, Sixta?, pasa adelante.

—Sí, soy yo —dijo Sixta—, aquí estoy con Jacinta. Vengo a ver cómo te fue con el *vino* ese que te mandé para que te frotaras el cuerpo…, toda la piel.

—Hoy no me lo he echado —dijo Anchora Fanny.

—Bueno, pues déjame a mí echártelo. Yo lo voy a hacer como se debe. Te sentirás muy bien. A medida que te lo eches, te sentirás mejor, mucho mejor. Se te quitará toda la pesadez y cualquier síntoma de enfermedad desaparecerá. Además, amortiguará tus recuerdos y la nostalgia y la melancolía no te abrazarán. Te lo digo yo, que sufro de una melancolía atroz, como todas las mujeres que llegan a mi edad.

—Bueno, Sixta, échamelo tú. —Se colocó boca abajo, después de desprenderse la fresca camisa que la cubría.

Sixta comenzó a sobarla morosamente y con mucho cuidado, sin apenas hacer fuerza sobre su piel. El efecto era acariciador y emoliente. Poco a poco, Sixta le sobó toda la espalda y el pecho; y los senos los bañó literalmente de

líquido y los retuvo entre sus manos limpiamente, haciéndoles un masaje muy suave e intenso. Cuando culminó, Anchora Fanny le dijo:

—Me dejaste como nueva. Estoy lista para hacer el amor.

Sixta soltó una carcajada y le apuntó:

—Todo lo que tú quieras, pero aquí en la isla, no ponga un pie en el Continente con Citerión. Te lo digo yo, que soy como tu madrina de la tierra, que cuida y vela por ti. No me debes nada, yo no cobro por mis trabajos. Solo quiero tu cariño, tu afecto hacia mi persona, que te quiere bien. Me voy, puede ser que mañana venga. ¿Está bien?

—Sí —dijo Anchora Fanny—, está muy bien. Deseo que vuelvas y conversemos un poco más.

—Mira, tú, señorita —concluyó Sixta—, ¿por qué no te levantas y vienes con nosotras a comer langosta y patas de mula? Eso es bueno para el amor. Te lo seguro.

—¡Ah! ¿Quién las está sancochando? ¿José Asunción? Si es así, ya me visto y salgo.

Mientras se vestía, Sixta y Jacinta se dirigieron a la casa de José Asunción. Este había sacado dos o tres langostas y las había preparado, privándolas de la oscura y venenosa vena.

—Hola, José Asunción. Espera un momento, que ya Anchora Fanny viene.

En efecto, como un sol nuevo y esplendido, apareció en la puerta Anchora Fanny. Desde lejos, saludó:

—¡Hola! ¡Hola, muchachos! Todos se ven muy bien. Y mejor aún se ve esa langosta ¿Tienen allí limones y mahonesa? ¿No?, pues déjenme traerles. —Y diciendo esto, se volvió a internar en la tumba de las momias. En pocos

momentos, volvió a salir con un atado donde había limones y un pote de mahonesa sin probar.

—Con esto tenemos servido el banquete —dijo Anchora Fanny—. Y se puso en la mesita de faena todo lo que traía. José Asunción le pidió que se sentara en la vieja silla y frente al plato de peltre en mejor estado; le sirvió la langosta y unas quiguas.

Anchora Fanny trinchó una rueda de carne blanca ribeteada de rosado y probando al crustáceo, sonrió y dijo:

—Está de primera, tierna y suave, como a mí me gusta.

José Asunción le respondió:

—Sí, es así. Le voy a servir una langosta completa para que se dé un buen gusto.

—Sírvanme a mí también —dijo Sixta—. Yo también como y tengo hambre.

Los hombres que servían, le pusieron varios trozos de langosta a Jacinta y a Sixta, quien comenzó a comer sin ningún escrúpulo. Comía con hambre verdadera.

—Jacinta, pásame un limón partido y una cucharada de mahonesa —dijo Sixta.

—Está bien, Sixta —dijo Jacinta, quien tenía llenos los carrillos de carne blanca de langosta.

Después que hubieron acabado con las langostas, cada una asentó la comida con un buen trago de ron que les fue servido. Las mujeres carraspearon, pero lo pasaron espléndidamente.

Sixta se levantó y tomando su morralito, metió en él algunos pedazos de langosta y otras cosas, y le dijo a Jacinta:

—Vamos, hija. Ya es tarde. —Y dirigiéndose a Anchora Fanny, le recordó—: Mañana vuelvo y te voy a sobar todo el cuerpo.

—Gracias —dijo Anchora Fanny—, gracias. —Y también se levantó a caminar por la playa larga, poblada de palmípedas que buscaban su propio alimento a todo lo largo de la misma, esperando siempre a que cada ola bajara para dejar libre de agua la apretada arena, la cual apenas murmuraba con el ruido de los guijarros que iban y venían.

Los rayos del sol habían sido acolchados por las nubes bajas que todo el día estrenaron esa parte de la isla, o mejor aún, toda ella. A Anchora Fanny la embargó un sentimiento oscuro y premonitorio. La vida se le agolpaba en cada cosa que hacía. Una especie de don nostalgioso se fue apoderando de todas las cosas. Insistentemente veía y miraba las cosas que la habían acompañado en su estancia en la isla, como si fuera la última vez que sus ojos se posaran en ellas. Sin desearlo, suspiraba. Cuando levantaba la vista, la línea del horizonte la llamaba con apremio. Su permanencia en la isla estaba por terminar, pero sentía como si algo le faltara, algo que no lograba precisar. Una cosa, un sentimiento, una alegría o una tristeza desgonzadas de un aterido corazón. Ella sabía que se hallaba a punto de poner un pie en la lancha de Robertus para despedirse de todo lo amado y logrado en aquella isla de arenas blancas y tierras rojizas. Hasta de las crotálidas, que en las noches de luna ella había visto acercarse a la playa y remojar su sed en las aguas saladas del mar. Alguna vez escuchó a José Asunción decirle:

—Tenga cuidado con estas serpientes, señorita, porque son terriblemente ponzoñosas. Solamente Pedro, el de la

caleta, tiene algunas dosis de suero antiponzoñoso, porque de aquí a la isla Grande la gente no llega viva, se muere en el camino.

Citerión sí le había dicho que en el Continente la cascabel era muy abundante y se le podía conseguir hasta debajo de las camas, por lo cual la gente tenía mucho cuidado, sobre todo al irse a dormir, pues se las había encontrado incluso en las colchas.

Al día siguiente volvió Sixta y se instaló en la sala de las tumbas. Esta vez vino con el morral lleno de mangos, un mango que llaman briteño. No muy grande, pero sí muy lleno de olores y de pulpa excepcionalmente dulce. La fruta no se la ofreció a Anchora Fanny, sino que simplemente la dejó en un periódico en el suelo. Luego de terminada la faena, y de haberle sobado todo el cuerpo a Anchora Fanny con la mixtura aquella, que en esa ocasión olía y perfumaba el ambiente con fuerza, las dos mujeres salieron y frente a la puerta de José Asunción, se sentaron a comer mangos. Anchora Fanny le dijo a Sixta:

—Los mangos están deliciosos. No había comido nunca esta especie.

Sixta, con ánimo claro, le respondió:

—Los traje para usted de la isla Grande. Me los acopió Jacinta. Se encuentran mucho en el valle de Pedro González y en el del Espíritu Santo. Esta es una fruta santa y no se halla en ninguna otra parte del país de la misma calidad o del mismo tamaño.

—De todas maneras, gracias —dijo Anchora Fanny—. Estas islas son verdaderamente milagrosas. Producen cosas que uno ni se imagina. Los conquistadores nunca se

equivocaron. Sabían que la tierra encontrada era el paraíso y por eso, a la zona continental, Colón la llamó Tierra de Gracia. Tanto el mango como la castaña tropical, la trajeron los ingleses a Jamaica y de allí otros adelantados la llevaron al Continente.

Mientras estaban conversando Sixta y Anchora Fanny, se presentó José Asunción y le pidió un mango a Sixta, y esta no le dio uno si no dos. José Asunción, de inmediato, le dijo:

—Gracias, Sixta, pero ¿estos mangos no estarán embrujados?

—No seas tonto, José Asunción. Se los traje a la señorita, ¿y por qué los habría de embrujar? No acostumbro a causar daño a mis amigos. Tampoco te causaría daño a ti.

—Era un juego, Sixta —exclamó José Asunción—. Pero hay que estar atento y prevenido, ¿o no?

—Está claro —dijo Sixta—. Ustedes los hombres son quisquillosos. Hay que pararlos pronto, mantenerlos a raya, pues no conocen otro lenguaje distinto a la fuerza.

Ya no hay nada que sujetar, pensó Anchora Fanny. Todo vuelve a asumir la apariencia de lo que no nos pertenece. Lo que amamos lo cubre la niebla y un sospechoso sol de melancolía. La tempestad se ha lanzado sobre nuestro difunto. El pasado, que era un cuento muy frágil y hermoso, se ha deshecho en nuestros dedos, como la pulpa de una hoja gruesa de jugos y de esencias. Los desencuentros son tan ásperos y duros porque están integrados al tiempo que se va, al tiempo que nos deja sin posible esperanza. En algún momento, todo lo que vivimos se presentará ante nosotros con una cadencia rítmica y por una última vez mostrará el espíritu con que fue recibido en su momento. En aquel tiempo, todo era un mito que nos mostraba el camino del acuerdo, de la feliz coincidencia, y así todos los animales fantásticos que sembraron algo en nuestra vida, reaparecían con sus patas gruesas y sus lenguas como tenazas. En esa época exclamamos: "¡Acérquense, vamos. Vengan de nuevo y respiren junto a nosotros para saber que alguien nos acompaña en este

tránsito!". Era la época de las construcciones, de los trabajos, de las actividades iconoclastas. Todos nuestros antiguos ídolos van a caer. Van a ser dejados en sus propias tumbas y jamás los volveremos a ver ni a tocar.

Aquella playa mínima, con su caleta propia para enanos, que veía flagrar olas de pocos centímetros, como si ese mar fuera un lago de aguas casi quietas y de ninguna sonoridad, allí yo no hubiera podido ser malacóloga experta, porque todas las piezas que podían recogerse en las aguas oceánicas estaban ausentes. Solo se veían aquellos mínimos cangrejitos que se disparaban fuera de sus huecos y la marea cubría y descubría. ¡Oh, aguas de mi catarsis, mares de los sueños mejor cubiertos por la tristeza, fuentes en las cuales reposarán los años más atrevidos de mi juventud, allí donde puse mi piel al descubierto y ofrecí mis senos al viento pulposo del verano; donde todas las manos se aproximaron al deseo y a la lujuria, y donde mis ojos fueron como arañas movedizas y circulantes, en los espacios que logré descifrar; en donde puse mis oídos para celebrar las ceremonias de mis hambres y de los grandes y horrísonos truenos de mis locuras. Yo, la que se mantuvo sostenida por tres pilares suntuosos, como las columnas dóricas abiertas al espectáculo de todo lo que me fue sensible al tacto, que fluía desde mis dedos hacia la vista azul de los cielos de aquellos meridianos donde yo puse mi planta y permití que simientes alternas me descosieran interiormente. En los vasos sonoros de mi cuerpo, yo puse la talla de mi carne y de la rueca con la cual hilé todos mis pensamientos de aquella época. Allí me mantuve y me mantendré mientras dure mi periplo por esta clase de vida tan exterior y tan distinta de mis planes iniciales, cuando pensé en descubrir

cómo se desenvolvió el pensamiento de los pobladores de aquellas tierras mínimas y míticas. Yo, allí, sentí que el pensamiento era casi una realidad física y que la teoría se fue convirtiendo en una idea atezada y profunda, vinculante y viscosa, pronta a atraparme en sus meandros oscuros y cenagosos. Yo había olvidado, por lo menos temporalmente, que la vida es pantanosa y que nace precisamente entre el vómito y los ríos húmedos de todas las hondonadas, fracturas y ciénagas. Que la vida no nació en la tierra, sino en las pestañas, en las costas del agua y en el vaho de las bestias menos solidarias con el hombre. El hombre con sus libros es una teoría, y con los libros de sus libros es el día estepario de la creación y del alumbramiento del espíritu y de la luz. Que todo lo que se percibe por las fauces está dentro del trance feliz de lo que él intenta atrapar para que atestigüe su paso por los caminos y por el acontecer de sus existencias totales. Por eso, yo traté de colocar un hilván de conocimientos en las libretas que urdí, con mis apuntes, sobre las líneas más impuras de mi especulación en la existencia de algunos hombres de aquella dimensión y en relación a la luz de la infinita y terrible oscuridad, a la cual ninguna meditación podía hacerse posible y cierta. Pero aún faltaba algo. Quizás lo más importante en el trasunto de mis investigaciones, aún no había llegado o estaba por llegar. Nos acercábamos, o mejor dicho, yo me acercaba inexorablemente a un fin. Era mi sitio, mi clima, mi lugar de encuentro, y casi podría decir, la felicidad de poder hallarme en aquel lugar para la gran ceremonia próxima al verdadero descubrimiento de lo que mi alma y mis sentidos más insólitos querían descubrir, toparse de frente a esa ría final de lo que se aproximaba a mi vida. Pero ¿quiénes estarían

conmigo para ver desde allí lo esperado por nosotros desde hacía cuatrocientos años? Esto sí era mi verdad y mi triunfo, y en ello nada tenía que ver el ángel de Citerión, ni la fuerza y poder de José Asunción, ni la pesada cruz que debía cargar Robertus. Todos ellos y cada uno por separado, habían coronado algunas de las verdades más hondas y maduras de mi presionante existencia. Tú, Citerión, fuiste la llave de mi corazón, el fulgor de lo que yo no había intuido todavía de las esencias que se derramaban con solo tu presencia física, de aquellas sabanas pobladas de hierbas y espigas en pleno fervor, y a las cuales se acercaban los pájaros minúsculos y piantes a deshacer las envolturas de las semillas que los alimentaban. Pero tampoco podía ignorar la fuerza desapacible que comunicaba José Asunción, quien me inundó con los líquidos de su eternidad y de su vejez. Hombre poderoso y solitario. Hombre lleno de fuerza y bondad, que con aquella palanca dejaba rastros sensibles de su gran presencia en el mundo conectado con su experiencia. Y menos puedo dejar de lado a Robertus, macizo, estrecho y de fuerza superior a cualquier poder y a cualquier inmersión en los frutales caldos de su viña salvaje, la cual viene a descubrir y a describir. ¡Oh, Robertus!, tú fuiste el gran elefante, el inmenso paquidermo que hizo estallar mi cuerpo como una ofrenda a los dioses de la sed y el hombre poderoso que algunas veces nos pone contra la muralla del conocimiento íntimo más exacerbado. Nunca fuiste más allá del deseo, nunca asumiste otro rango que el que yo te indiqué. Por eso no puedo dejarte del lado de afuera de mi alma y te debo incluir en mi talega de recuerdos, porque tú estuviste allí, junto a mi insatisfecho amor. Te debo eso. Ya es de noche. La isla está cubierta

de sombras. La vegetación solo crece al nivel del rastrojo. Algunas gramíneas, algunas xerófilas de muy poca alzada; sobre todo, arenas e inexistente sombra; tierra roja calcinada, y algunos hombres arañando el aire dentro de cubículos insignificantes. Pescadores artesanales. Pescan con atarrayas y chinchorros, fundamentalmente especies abundantes y de temporada. Sardinas o camiguanas de mínima talla, de exigua alzada. Jureles, rayas, cazones, tahalís, como sables antiguos; loros, roncadores, a veces meros y pargos rojizos. Los pescadores parecían felices. Especialmente cuando el agua hervía de camiguanas y catacos. De vez en cuando, un tiburón enredado en sus redes. Y alguna vez, un ballenato herido por la propela de un barco. Entonces recogían, sin perder nada, la grasa del animal y la guardaban para múltiples usos, en tambores de gasolina vacíos. He aprendido muchas cosas en estas costas. Ahora me siento una mujer mucho más completa y llena de fortaleza. Pero no puedo desviarme de lo principal. Hoy estoy esperando a Sixta y a su hija para celebrar una sesión de no sé qué exactamente. Vamos a explorar el mar. Vamos a apuntarnos una gran aventura, que según me dijo Sixta, será mi mejor experiencia y recuerdo de este viaje y de esta isla. Algo, que según ella, debo transformar en palabras, las cuales me acercarán definitivamente a mi verdadero destino. Esta será mi exacta *alma mater*, mi verdadera universidad, pues no solo será para mi conocimiento, sino que igualmente será para el conocimiento de todos los afiliados a mi propio camino.

Ya en la tarde, apareció Sixta sola y dijo:

—Vamos a esperar a Jacinta, porque lo que vamos a ver y a hacer requiere de tres personas por lo menos y si son de un mismo sexo, mejor.

—Bueno —respondió Anchora Fanny—, esperaremos. —Y diciendo esto, se sentó bajo el alero del galpón de José Asunción.

Cierto tiempo después apareció Jacinta, quien traía el morral de Sixta. Saludó con un "¡Hola!" y se dirigió a sentarse igualmente bajo el alero, pero Sixta le dijo:

—Vamos a comenzar de una vez. —A continuación, se metieron las tres en el salón de las momias.

—Este es el viaje en el gran delfín —dijo Sixta.

Colocó varios cartones grandes, que antes había guardado en un rincón del salón, y sobre ellos puso las mantas que le pidió a Anchora Fanny. Una vez sentadas las tres, alzó los brazos oscuros y de extrema delgadez, y ordenó a Jacinta y a Anchora Fanny que hicieran lo mismo. Las tres levantaron los brazos y Sixta ensayó una oración cuyo significado no le aparecía claro a Anchora Fanny. En ella impetraba al huracán a que se mantuviese tranquilo. De seguidas comenzó a soplar, poniendo los labios hacia afuera y con un ritmo muy lento. Un momento después, lanzó un grito estridente y pidió aceite y silencio. Jacinta se movió hacia Sixta y con un poco de mixtura, que había extraído de la botella, ungió su frente y su cara. Lo mismo hizo con Anchora Fanny y luego ella misma se ungió con el líquido ya viscoso. La voz de Sixta interrumpió toda meditación y éxtasis. Como si aullara, dijo:

—¡Yaaa! No miren a los lados. Solo de frente. Verán, veremos, que nos vamos hundiendo hacia la orilla más húmeda

del mar profundo pero no abisal; vamos a llegar a la próxima llanura marítima y entonces…, ¿qué vamos a ver?

—Tú, Jacinta, ¿qué estás viendo?

—Estoy viendo y tocando —dijo Jacinta— las ruinas de una gran construcción, camino por el interior de ella y descubro muchas estatuas, grandes y pequeñas. Más adelante, estoy caminando por una larga avenida con muchas ruinas y llego hasta donde se ilumina… ¡No sé qué es lo que se ilumina!

—¿Tú lo ves? —preguntó Sixta a Anchora Fanny.

—Sí —dijo esta—. Lo veo perfectamente. Lo que se ilumina es una capilla que parece recién pintada y enjalbegada, reconstruida desde sus cimientos. Adentro hay una luz intensa, que se resuelve bajo un gran crucifijo. Ahora no solo veo iluminada la capilla, sino que oigo el intenso repicar de las campanas. Están tocando el aleluya y nos están llamando. La puerta es de dos alas y tachones de bronce. Nos piden que pasemos adentro, donde se ven bancos de madera y muchos santos en sus hornacinas, de todos los cuales fluye luz, en unos casos muy intensa y en otros, muy suave y amortiguada. Encima de la mesa del tabernáculo, se encuentra una copa de oro que lanza rayos muy fuertes y que desembocan en la puerta de la iglesia. Alguien alza la ostia, el cuerpo de Jesús, y se escuchan campanillas de gloria. De pronto, una voz estremece los cimientos de la iglesia y de la ciudad en ruinas: "Los cimientos de la casa de Dios, jamás perecerán".

La voz se apagó y las tres mujeres despertaron en el mismo momento.

—¡Jesús! —dijo Sixta—. ¿Qué te pareció, Anchora Fanny?

—Todavía estoy atribulada. La luz me colmó en lo más hondo. Estoy hecha para la gloria de Dios y para la fortuna del hombre. Gracias te sean otorgadas. Ánima mía, resiste.

Jacinta también había despertado, pero llorando. Y Sixta la interrogó:

—¿Por qué lloras, Jacinta?

—Nadie puede ver esa luz tan fuerte sin llorar. Además, el sonido de las campanas me llegó al corazón. No puedo evitar llorar —culminó Jacinta.

Sixta, hablando con mimo, le dijo:

—No te preocupes, madrecita, ya todo pasó —y diciendo esto, se levantó y estiró los brazos. Todavía el sol llenaba la tierra con su inclemencia.

—Despierten ya. Vámonos, Jacinta, señorita. Háblame de cómo te pareció.

—Espeluznante —dijo Anchora Fanny—. Nunca creí que esto pudiera realizarse. Pero sí, se realizó y sucedió. Es como edificar una novela. Por lo pronto, te doy las gracias Sixta. ¿Cuándo lo volvemos a hacer?

—¡Ah! ¿Te quedaron ganas? Pues uno de estos días lo volvemos a hacer. Sin embargo, yo creo que podríamos hacer otra cosa, Anchora Fanny. Podríamos, por ejemplo, hacer un experimento. Yo voy a traer a uno de los pescadores más jóvenes, para que junto contigo se lance al mar y buceen profundo. Entonces verás la ciudad sumergida. Pero no sé si verás la capilla y oirás las campanas.

—¿Cuándo vamos a hacer eso, Sixta? —preguntó Anchora Fanny—. Yo estoy dispuesta a ir al fondo del mar con mi equipo de buceo.

—Bueno, yo voy a solicitar esa colaboración con un muchacho, un tipo joven que forma parte de la tropa de pescadores. Ese bucea bien y te va ayudar.

—Lo esperaré —dijo Anchora Fanny.

—Bueno, adiós, mi amor. Yo te visitaré junto con Jacinta. Ese día vendré a cocinar para ti. Para que cuando salgas de las aguas del mar, tengas un almuerzo bien preparado y comas a satisfacción. No te preocupes por nada; yo lo traeré todo. ¿Está bien? —diciendo esto, agarró a Jacinta por la manga y se marcharon hacia la Aduana para dirigirse al rancho.

Anchora Fanny se vistió el traje de baño y salió de la tumba. En eso, vio que José Asunción venía hacia ella, trayendo un pocillo de peltre que contenía una agradable infusión de café. De ida, alcanzó a José Asunción y le dijo:

—Gracias, amigo mío. —Tomó el café que estaba muy caliente y le dijo al hombre—: Gracias, está excelente.

Anchora Fanny caminó por la playa, entró en el agua poco profunda y anduvo un largo trecho antes de zambullirse y gozar intensamente de las próvidas aguas de aquel mar sin sueño, que aparentemente estaba guardando su felicidad para ella como una prueba más de que la isla toda, en cada arruga, en cada terrón y en cada gota de agua, la amaba. Era una manera de expresar cuánto incandescente afecto emanaba de toda forma de vida que habitaba allí, solo para producirle satisfacción. Era un largo y nemoroso sueño el que cubría todo lo que había en la isla, para expresarle amor y lucidez. Todos tendemos a mejorar cuando el objeto preciso de nuestro amor, de nuestra pasión, está presente. Seremos entonces los mejores pescadores, los cocineros más aprovechados, los lanzadores de anzuelo más afortunados y los que

mejor echarán las atarrayas, para hacerla sentirse más dueña de todo. Y, naturalmente, los más lleno de amor, para que ella se refleje en las aguas sedientas de la bahía y así expresarle la profunda afinidad que todo y todos tenían con ella. Una cosa era segura: no se iría de esa región sin pagar tributo por lo que de alguna manera se le había dado y que nadie más podía compartir con ella. Todo se inclinaba a amarla; a ver por sus poros, por el bozo de su labio superior, por las gotas de sudor que se movían algunas veces sobre él y, sobre todo, por las láminas de sol batido en oro para iluminar el trasfondo de su piel y de sus ojos. Ella sería, a partir de entonces, la más amada de las mujeres que alguna vez puso su pie, su planta, en las arenas tibias de aquel minúsculo espolón de las Antillas Menores. Quizás la más perdida de todas, la más insignificante: la isla de los pelícanos tristes. La islita de los adioses. El muñón del Farewell.

Aquella mañana, con el sol agobiando todas las costas de la playa, torturando los cangrejitos que apenas se atrevían a mostrarse en la superficie, llegó Sixta acompañada por Jacinta y por un pescador de buena estatura y sólidamente formado, con tez muy morena y el cabello más bien liso. Desde lejos saludó y comenzó a acercarse con prisa. Anchora Fanny, que se hallaba en traje de baño y lista para una faena en el mar, la vio venir y también saludó alzando la mano. Cuando Sixta llegó junto a ella, le dijo:

—Hola, ¿cómo estás, Anchora Fanny? ¿Cómo te ha ido? Aquí venimos para probar suerte, como te lo dije antes. —Y enseguida le presentó al joven pescador—: Este es Julio, señorita. Él la va a acompañar. Es un experto, déjese llevar por él.

—¡Oh, qué bien! —dijo Anchora Fanny— ¿Cómo está, Julius? —Y transformó el nombre en Julius.— ¿Ya nos metemos en el agua? —preguntó.

—Bueno, como quiera —dijo Julius—. Vamos de una vez.

Y ambos se dirigieron hacia la playa, donde ese día había bastante gente. Anchora Fanny llevaba la pesada carga de su equipo de buceo lo mismo que el muchacho, pero el equipo de este parecía muy usado, al lado del brillante equipo de Anchora Fanny.

Los dos se metieron en el agua y comenzaron a caminar casi hasta donde terminaba el batiente de piedra que se internaba en el mar. Al fin llegaron a un punto en el cual tuvieron necesidad de nadar, adentrándose mucho más lejos del espigón de piedra donde estaba anclado un peñero. Cuando hubieron nadado como cien metros, Julius se dio la vuelta, se puso de espaldas y se sumergió en las cálidas aguas de la bahía. Anchora Fanny lo imitó. En poco tiempo, solo se veía en la superficie un remolino espumoso.

Cuando habían llegado aproximadamente a los cincuenta metros de inmersión, Julius se volvió a mirar a Anchora Fanny. La vio nadando tranquila a su lado, bajando lentamente hacia la terraza submarina donde estaba asentada, aunque en ruinas, lo que quedaba de una ciudad, que según le contaron, un huracán la había desaparecido; un maremoto, mejor, pensaba ella.

Cuando llegaron a la calle principal de lo que quedaba de la ciudad, Anchora Fanny comenzó a buscar con ansias el sitio donde vio la iglesia y de pronto, efectivamente, nadando hacia la izquierda, vio directamente la puerta desvanecida de la capilla, con una de sus alas despegada y en el suelo. Dentro, en sus respectivas hornacinas, los santos, que ahora servían de nido a multitud de especies marinas y cubiertas de algas de toda clase. Pugnó por acercarse a la iglesia junto con Julius y pronto pusieron pie en la entrada de la capilla. Sintió sobre

ella un enorme peso, pero no se separó del sitio. Miró hacia el tabernáculo y netamente pudo ver una débil lucecita que salía del interior del mismo. Fue hasta el lugar y recogió el copón ennegrecido por el batir de las aguas marinas y lo alzó como un trofeo. Julius, quien había visto la faena, le escribió en la pizarra: "Es mejor que deje eso ahí. Trae mala suerte llevarse las cosas de estas ruinas. Es lo que me han dicho".

Anchora Fanny le respondió en su pizarra: "No creas en cuentos. Eso no es cierto. Yo quiero tener este copón como prueba de que bajé hasta aquí".

De pronto, sintió que alguien la empujaba fuertemente hacia un lado y le arrebataba el copón, que fue a caer cerca del tabernáculo donde había sido obtenido.

"Sí, es cierto —escribió Anchora Fanny—. Es mejor dejar eso ahí, donde estaba, donde los siglos que vienen podrán beber de su apetecible leche de misterio. Vámonos, Julius".

Inmediatamente, los dos submarinistas se elevaron en el agua hasta la superficie del mar, totalmente sosegado y apenas rozado por la brisa que soplaba en el cálido mediodía.

Cuando se sintieron en la playa, Anchora Fanny se dio por aludida de la presencia feliz de Julius. Entonces se acordó de su lealtad, de su compañía y de lo fuerte que había sido como atleta y como hombre de mar.

Anchora Fanny se aproximó a Sixta, que la esperaba junto con Jacinta. La anciana le preguntó:

—¿Cómo te fue, Anchora Fanny? ¿Qué viste allá, en el fondo del mar?

Solo después de cavilar, Anchora Fanny se atrevió a romper su silencio y le dijo:

—Todo esto es muy misterioso, Sixta.

Entonces le refirió lo sucedido, el empujón que le dieron y, naturalmente, que no fue Julius. Sixta también se quedó pensativa, pero admitió que ella no ha debido apoderarse del copón, como lo había intentado. "Esas cosas es mejor dejarlas en su sitio, para que por todos los siglos permanezcan donde estaban, hasta que el tiempo y el mar las transforme en polvo, en harina del tiempo y en cosas perdidas para siempre en el seno amparador del mar. Porque cada cosa tiene su título, su destino y sus protectores. Mucho más aún, si son cosas de Dios. Si son cosas reservadas al misterio y a los signos internos de nuestra aventura, en este océano intranquilo de aguas y de plumas arrancadas a las aves mayores".

[invocación de anchora fanny a la gran águila pescadora]

Hace ya tiempo dejé de verte. No sé, pero he estado pensando que algo debe haberte ocurrido para abandonar, como lo has hecho, los lugares de tu preferencia. Hoy precisamente estoy sola, cuando no hay más allá en el sentimiento de soledad, cuando deseamos atar nuestra vida con el hilo final de la desesperación para abandonar todo, para perder hasta los grillos de nuestra intimidad. No puedes imaginar cómo hiere hasta el viento más leve. Cómo hiere todo lo que nos roza, así sea el ala de un pinchón. Yo me sentía fortalecida con tu vigorosa manera de abarcar los cielos. Me sustraía de todo cuando te veía volar más allá de la inmensidad, allí donde tu cuerpo era semejante a una flecha disparada por los deseos impares del hombre. Te envidiaba tu libertad. Envidiaba cómo te extasiabas mirando desde tu altura las flores

y las cosas de la tierra; tenías en tu retina todos los secretos del mundo. Y podías abrevar en las más secretas fuentes, allí donde nació la medida de tu coraje. Pero hace algún tiempo, más largo que corto, has abandonado estos parajes donde aún crece la hierba y debajo de su follaje se mueve un mundo que te debe ser grato: ratones gigantes, ratas de las praderas, pequeños gamos y cervatillos, aves de corral bien formadas, lagartos e iguanas, que tan gratas son a tu apetito. Pero sobre todo, recuerdo las grandes tareas que sacabas cuando te decidías a pescar peces de más de cinco kilos y hasta rayas y otras especies marinas. Recuerdo que te lanzabas con las dos patas mostrando tus temibles uñas y garras y limpiamente levantabas las piezas de tu alimentación y también la comida de tus hijos. Entonces eras la gran águila pescadora, a quien el mundo respetaba por su fuerza y por la autoridad que imponía con sus ojos ciertos desde el éter. Ahora que es el final del amor y de la piedad del amor, ahora que ya nadie discute tu jerarquía y tu valor, yo, Anchora Fanny, tu igual en el pensamiento, he venido para decirte ¡adiós! Para señalarte el propio camino donde en todo este tiempo he amado en grados muy altos a hombres de este territorio, al cual nadie había puesto atención. Ya me voy. Voy hacia otra epidermis y hacia otra libertad. También a ti te perderé, ¡oh, águila pescadora!, sobrehumana criatura de los espacios libres, a ti y solo a ti, llena de gloria y de amor. Alguna vez, desde tu nido, me enviarás una pluma de una de tus alas, para que mi alma pueda hacerte llegar los anuncios de la gran tribulación o de los días serenos de mi nueva vida.

Aquel ofrecimiento de Sixta dejó muy intrigada a Anchora Fanny, quien estaba ansiosa por la experiencia sugerida. De modo que cuando Julius la condujo mar adentro no solo estaba atemorizada, sino que en cierto momento sintió miedo. Esta baquía se profundizaría después del suceso del copón. Ni por un momento había pensado que la vasija le sería violentamente reclamada por una persona, que no era precisamente Julius. Alguien no corpóreo la había atacado ante su insolencia y había depositado de nuevo el copón en el suelo de la capilla, directamente bajo el señalamiento del tabernáculo, en el cual ella había observado un rayo de luz muy tenue, pero evidentemente cierto. Allí había luz y nunca vio de qué lámpara provenía. Pero ella sí tuvo conciencia de que allí había otras fuerzas, totalmente distintas al submarinista y a ella.

Sin embargo, estaba pronta a reflexionar y madurar su experiencia mágica, la cual había comenzado con la pócima que le había dado a beber Sixta, cuando habían iniciado el

viaje para mirar y ver, en toda su intensidad, la existencia de la ciudad trasladada limpiamente —por una tromba o maremoto— a la terraza marina, en la cual ahora se hallaba (claro, no intacta pero sí perfectamente definida). Las calles, los edificios en ruinas, la capilla y hasta un viejo balcón desprendido y añorante. Ese balcón ella lo había visto, incluso, aferrado a un entramado de gruesas buganvilias, las cuales parecían intensamente floridas; es decir, las flores eran hojas modificadas de la planta, maravillosamente atadas a la gloria del color. Así, los colores del arcoíris podían determinarse en aquella extraña floración: encarnados muy intensos, blancos de blancura perfecta, amarillos y de hojitas moradas. En fin, una fiesta de acuarelas que le daban al balcón una neta sensación de unidad. Era el balcón ideal para una fuga de amantes y podíamos prefigurar la carroza y los corceles que les esperaban a la pareja, cuyo destino final era, sin duda, a través del mar, casi siempre terso y aclamante. Yo diría que en el mar se proponía ciertamente un espectáculo propio de un conciliábulo de gente amiga, encubridora de la fuga. Pero valía la pena pensar y rememorar la palabra, o las palabras, y la invocación de Sixta para darle sentido y realidad a la magnífica visión de la verdadera Nueva Cádiz. Podemos recordar que Sixta observó, antes de tomar el agua de la aventura, que ella solo iba a respetar a la diosa del vino y de las drogas, a Deméter. De allí provenía el hechizo supremo. Ella era la responsable de aquel sueño maravilloso, donde no era menor una virtud, la tenacidad y la inspiración que a aquellos actos les comunicara Sixta. Ella había elegido una botella cuadrada de color azul intenso donde aparecían los duendes que las conducirían a la verdad, de cuyo contenido,

Sixta bebió y dio de beber a Jacinta y a Anchora Fanny. Sus palabras fueron:

—Esto no les hará daño. Solamente les provocará alegría y un cierto cansancio. Como decían los homéridas: "Un poeta apenas pudo decir que había visto el principio y el fin de la vida, y conocido que eran uno y lo mismo, algo otorgado por los dioses".

Luego de beber la pócima, ella pensó que probablemente iba a morir, pero en poco más de diez minutos ya estaban las tres cantando glorias a la luz y a la belleza. De esa visión nunca hablarían con terceros. Era un secreto que las tres guardarían hasta más allá del anochecer de sus vidas. Simplemente, porque había sido una verdadera revelación y continúa siendo un misterio no endosable a ninguna otra persona, ya que era tan delicado como los pétalos de la flor del narciso, que también lo producía, no propiamente por las flores, sino por pequeños cortes de sus raíces. Tenía y debía ser una experta y no una simple rastreadora de este tipo de experiencias, pues si la dosis se extremaba, quien la consumía moría en el trance. Por eso, Sixta solo les dio de beber una dosis muy pequeña del líquido de la botella azul.

Cuando fue interrogada, Sixta negó que la sustancia proviniese de hongos, como su efecto parecía hacer suponer. Pero si eran hongos —que según Sixta había que extraer de una tierra dorada—, era necesario conocer sus negras sombrillas con precisión. No podían equivocarse ni las formas ni colores de aquellos extraños hongos diminutos.

Sixta invitó a Anchora Fanny a hacer un viaje a las montañas de la isla Grande, en sitios solo conocidos por los expertos y por aquellos que habían pasado, por lo menos, veinte

años de su vida adiestrándose y quemándose los dedos en la búsqueda de los hongos, que no pocas veces se le negaban al cazador inexperto. No solo era el trabajo de conseguirlos, sino de tocarlos, de determinar si eran los verdaderos o los que apenas se les parecían y que tenían otras propiedades, que no podían confundirse sin exponerse a peligros reales, de emponzoñamiento, entre otros, pues el uso de los hongos era necesario valorarlo extremando el cuidado de su selección y elección. Sixta contó la primera vez que, junto con su maestra en esas lides, subieron a la montaña a recoger aquellos elusivos hongos; en cierto modo había que hozar, es decir, mover y levantar la tierra como lo hacen los puercos. Hozaban con las uñas de las manos con sumo cuidado, pues podían confundir con la tierra aquellas pequeñas y casi diminutas formas de talofitas, que no se daban con todo el mundo, no se entregaban a quienes no tenían el tacto adecuado para ello. "Mientras yo no recogía ninguno, mi maestra ya tenía su bolsita de cuero totalmente llena, sin haberse equivocado ni una sola vez. Por eso, ella me decía que quien no imagina en su mente más diáfana y pura, puede tener la certidumbre de no merecer el conocimiento que solo se abre y permite a los creadores, a los poetas, cuya imaginación vuela desde el fondo de la nada a contemplarlos y a enriquecerlos. Ellos no se equivocarán nunca. Tienen su patrono personal que los guiará a través de la oscuridad y de la noche".

Sixta recuerda que cuando bajaron de la montaña, ella apenas había recogido hongos, en cambio, su maestra había llenado varias bolsitas de cuero que para ello llevaba. Lo único que no salió perfecto fue que su maestra le pidió que se detuviesen para descansar, se sentó al borde del camino

y se durmió profundamente, tocándole a ella, al cabo de varias horas, despertarla y ayudarla a caminar. Ese fue su más vivo recuerdo, en cuanto a su visión del hongo sagrado y a la forma de obtenerlo. Demás está decir que el inicial fracaso fue cambiado muy pronto por certeras conquistas en aquel terreno que antes le había sido tan desfavorable. Luego todo había de cambiar y ella misma se transformó en una maestra que enseñaba a otras discípulas la técnica y el secreto de los hongos de la sierra. Esa sabiduría fue la que volvió en las enseñanzas que ofreció a Anchora Fanny, en Thule, aquella isla en la cual ahora vivían las dos.

Podía decir que agradecía a los magos de su infancia y de su juventud el haberla preservado para donar estos secretos a una mujer tan bien formada para asimilarlos, como Anchora Fanny. Y esta, que comprendió la entrega que había hecho Sixta, estaba profundamente agradecida y unida para siempre a esa, aparentemente, pobre mujer pescadora. De aquí en adelante, podía decir que estaba apta para agregar nuevos conocimientos del hombre y de la vida a su repleto talego, que ahora sí parecía reventar.

Por eso, cuando todo había terminado, ella, Anchora Fanny, buscó expresamente a Sixta para reverenciarla y comunicarle lo único que la anciana percibía como bueno y bello: la amistad de la muchacha, tal y como ella se lo había dicho en una oportunidad. No deseaba otra cosa. "Solo quiero tu amistad y tu consideración, no cobro por mis trabajos". Y a estos se atenía ahora, cuando podía avizorar su triunfo. Cuando estaba segura de que Citerión no se llevaría a Anchora Fanny al Continente.

Al fin entendí, se dijo así mismo Citerión. Me había sido tan difícil comprender. Ahora tengo la realidad en mi mano. Fui atando cabos, uniendo una a una las piezas del rompecabezas. Tuve que volver muchas veces a empezar. Pero insistí. En cierto momento tuve que detenerme, porque nada me salía bien y, por el contrario, los cabos no coincidían. Pero finalmente pude ver claro. Todo lo tenía ante mis ojos, ya el sufrimiento había pasado. Todo se había disuelto y exhalaba comprensión. Todo estaba meridianamente transparente. Sí, alguien la había aconsejado. Le había sembrado de antecedentes. Si ella venía conmigo a tierra firme, nunca más podría irse. Se afincaría en esta tierra, pero los intereses que la habían motivado antes estaban desde hace tiempo abandonados; desaparecería su rastro, su figura desaparecía; las huellas nítidas de su personalidad, también. Al tomar mi propio camino, ella iba a torcer su rumbo. Ya no habría más libros, ni más teorías, ni más ilusiones espirituales, todo se sumaría a mi propia rutina y poco a poco ella moriría. El amor que

nos había unido, ya nos estaba vedado. Fundamentalmente, porque lo que me interesaba a mí, a ella le era tangencial. Su vida, ahora y siempre, transcurría por otros canales, habría dimensiones que yo jamás podría comprender y ella sería un juez implacable. No me perdonaría gestos ni palabras que no se proyectaran dentro de su propia estimación de las cosas, ni el peso ni la apariencia serían iguales para los dos. Ella iba a emplear instrumentos distintos a los míos, en el entendimiento y verificación de las cosas; no habría colores iguales. Lo que para mí era rojo, para ella sería el arcoíris. Cada uno habría de deslizarse por vertientes distintas y plurales. Al final, ella saldría terriblemente mutilada en este proceso y tú me encontrarías indefenso frente a las fuerzas que ella no sería capaz de mover. Sí, al fin logré entender todo, y ella tenía razón. Solo cuando afiné mis sentidos y me dispuse a clarear todo lo sucedido, pude llegar al fondo del problema que ella me había planteado. En mi propia tierra, ella estaría sometida a un invernadero de diferentes protecciones; ella ya no sería necesaria, pues incluso su amor por mí iba a trocarse en odio, en desprecio, en cualquier pelambre distinta al amor y eso fue lo que yo entendí.

Yo embarqué para el Continente cuando tuve razón, al tomar en cuenta algunos hechos que anteriormente no habían suscitado ningún interés en mí, ninguna perplejidad a mi conciencia. ¿Es que recordaba las veces que ella me había dejado con la palabra en la boca, tornándose lejana y sin ninguna curiosidad por lo que yo hacía o decía? Pues sí, solo cuando mis manos tocaban sus muslos, su vientre y sus senos ella resucitaba, estallaba y volvía a la vida, pero con una especie de alma revuelta. Yo la dejaba sola con sus

apetitos, pero era así. Ella ponía en mi boca su tonificante vulva y se me hacía difícil, mejor dicho, el hecho casi pasaba desapercibido por mí, prácticamente viajaba de regreso a mi conocida impotencia. Entonces, rogaba a todos los dioses que no se le ocurriera tocarme el órgano desvencijado y desmontado de todo ardor. Ya digo: ni siquiera besándole la tierna carne de su vulva, podía yo entregarle mi afán y mi deber sexual. Estaba, podía decir, lejos de las barbas de aquel fantástico animal de sombra que era mi cuerpo, y sobre todo, su olor proveniente de las regiones más laboriosas de su ser femenino. Pues ella era una mujer que siempre tuvo presente que su entrega no era la exaltación del agua bendita, sino la posesión en sí misma de los olores que podían y, de hecho, ataban toda pasión de hombre a su sudor y a las felices secreciones que con toda razón hacían vibrar mi cuerpo. Porque en esos momentos, lo que era ella como totalidad del amor lo debía a los jugos que le prometían mi falo y mis quejidos, que eran música para sus odios sexuales; y así mismo, lo que ella me entregaba no tenía nada que agradecerle a una higiene exacerbada y rica en menjunjes. Yo la amaba, pero no podía decírselo, porque todo lo sometió a prueba. Así fue cuando le conté la batalla contra fantasmas librada por el almirante D'Estrées, en los arrecifes de coral de Las Aves. —Citerión conocía de oídas cuentos de prisioneros corsos en la isla del Diablo, en la Guayana Francesa, recogidos por sus descendientes en el Continente de Tierra de Gracia—. Ella lo creyó a medias cuando le afirmé que era la mayor batalla naval que contra nadie se había librado en el Caribe y que los tripulantes que no se perdieron en el chapuzón, habían perecido de hambre y de sed en los islotes de Las Aves, vacíos

de vegetación y de sombra. Los hombres de D'Estrées quisieron saciar su hambre con carne de tortuga, pero esta se hizo escasa y terminó por desaparecer. Intentaron guarecerse del sol, protegiéndose con tablas provenientes de los barcos hundidos y con el primer ventarrón volaron hacia el piélago, y los tambores de agua que pudieron salvar terminaron enfrentando a los supervivientes. Muchos murieron en pelea a cuchillo por el agua. Nadie corrió a salvarlos. Nadie dio noticia. —Sin embargo, Anchora Fanny apenas pudo dar crédito al cuento de Citerión, quien siempre mantuvo un rictus de "no toma en cuenta mi relato".

Yo la sentía con el mismo desapacible rictus, cuando hablábamos de amor. Ella siempre dijo "sí", pero yo la veía dudosa, imperceptiblemente. Eso me arrugaba el corazón, y siempre tenía una razón para excusarla. Ahora sí comprendo, plenamente entiendo que una mañana cercenaron el cuello de su fe en mí. Siempre pareció creer en mí, pero en verdad nunca me tomó en serio. Por eso, cuando volví a la isla y encontré su carta clavada en una de las paredes de la sala, me aturdí más aún. Eran unas letras tan amargamente desgarradas que yo no las podía entender y mucho menos creer. Pero sí, tal como me contó José Asunción, oteando hacia los cuatro puntos cardinales y haciendo visera con la mano, tomando la lancha de Robertus, se había ido, llorando, pero se había ido. Se había marchado con sus propios pies, su figura esbelta y su alma; y como decía el dueño de la lancha, Robertus, escuchando entre lágrimas la guarura que le había enviado, un poco irónicamente, Sixta. A las mujeres era mejor no entenderlas. Se hacía más fácil el tránsito, porque siempre los hombres salíamos con el rabo entre las piernas.

Pero lo que sí era cierto, es que a Citerión el dolor y la herida de amor que le había dejado aquella bella gringa, no se le había sanado, todavía dolía, dolía fuerte. Ahora mismo, volvía a escuchar el tembloroso aliento de la guarura. Tomó la carta de Anchora Fanny y la puso en su cartera, de donde —según él— no saldría nunca. Ese era su trofeo y el mismo iluminaría su vida en adelante; ese iba a ser su talismán y si alguna vez lo perdía, podía afirmar entonces que también él moriría. Nada ni nadie podían salvarlo. Esas prendas, ya oscurecidas por el tiempo, lo ataban a una pesada cadena de ancla mayor, la cual nunca le había permitido nuevas aventuras. Estaba, se podía decir, escorado y batido por el oleaje, para siempre y hasta su muerte. Tantas veces la invitaba a volver por él con gritos desgarrados, y cuando envejeciera, iría en sueños hasta Caín Beach, pensando que aquella viejecita que salía por un instante al portal, acompañada por una hermosa cabra joven, era ella, Anchora Fanny, que se aproximaba a recibirlo con la misma pasión y fuerza que expresaba cuando lo esperaba en la playa, a su regreso del Continente. Entonces metía a su corazón en la *María Pilar*, y cuando Anchora Fanny estaba a su lado, ella lo llenaba de besos.

Citerión, el vikingo, aún ahora pasaba su brazo cubierto de vellos amarillos por sus ojos enrojecidos, porque aunque los vikingos no lloran, él estaba llorando. Para Citerión ese había sido su verdadero amor, del cual jamás hablaba, porque jamás quiso que ella fuera compartida por el pensamiento de otros que nunca la quisieron ni la conocieron. Era su bagaje, era su recuerdo y continuaba y continuará siendo su atrapado corazón. Él no se uniría nunca con otra mujer, porque solo ella le armaba y desarmaba la mente. Solo

ella podía saltar a bordo de su alma, porque ella fue y era aún su única dueña. Esa sería su historia para siempre.

Ayer tu cabellera fue una flor de muchos pétalos. El aire circulaba y perfumaba tu hermoso busto; y tus senos como una colina sembrada de cebada madura, donde los pájaros pequeños iban a alimentarse; y tu cuello como un río que nunca se iba a secar, de aguas suculentas y olorosas a tierra y a membrillo joven, recién florecido. Ayer tus ojos me anegaron de almizcle, de perfecto aroma, porque cuando se inventó la belleza, tú saliste primero que el fuego luminosamente azul de Sirio. Tú invitas a contemplar la noche estrellada, para ver las estrellas iguales ante ti, para mirar el futuro que tú asumes y derramas en mi alma heroica. Yo fui tu pensamiento y él te construyó una esbelta basílica de fuegos multicolores y de la forma más requerida por el calor de los animales superiores, y a mi alma que jamás se reirá de ti, porque tú me amaste y el amor, sobre todo, es respeto. Tú creíste en mí como una canción cree en el objeto de su verso. Tú no serías precipitada a la sombra, porque mi espíritu y los goznes de mi cuerpo vigilarán por tu seguridad. Tú, la amable, la impoluta, de la cual no se fabricó sino una, es decir, impar.

Yo pienso que mi alma siempre estuvo cerca de ti para avivar la llama de tu inteligencia y regar los jazmines de tu corazón. Cuando fuiste a dar los pasos más serios e importantes de tu vida, sabías que me tenías cerca de ti, a tu costado. Por eso, yo te digo que tú eras la forma sin la cual no se concibe el día, ni se puede predecir la fuerza de la vida. Tú fuiste, sí, fuiste la avalancha que dio a mi sangre sus formas

más brillantes y su existencia más tenaz y firme; que dio a mis lámparas su fuego perfecto y eterno; que otorgó a mis brazos el toque justo del abrazo y de la ternura. Que nunca quiso escapar de mí como pez sacado del mar, y por quien el diccionario de mi alma se llenó de nuevas y recónditas palabras.

Ella me dijo: "Yo no termino aquí, pues seré tus lágrimas y tu cruz verdadera, porque no habrá tarde en que no te acerques a mí para dejar la huella de tu rostro en mi madera". Lo único que no perdí de ti fue tu carta, la que siempre ha llorado sobre la madera de mi cruz, es decir, de mi corazón, pues a nadie más le he dedicado las palabras de amor que alguna vez te dije cuando te amé en la playa, sobre aquellas cuevas jamás holladas por advenedizos y que fueron las que incendiaron tu alma y los besos sin horma de tu alma de águila pescadora. Que los nuevos días te traigan los mensajes más amables que jamás nadie pueda decir a una mujer. Yo alimentaré el aceite con el cual se colorea la piel de tu alma.

Yo, Citerión, el vikingo desolado, porque te perdí de nuevo cuando he debido cuidarte y protegerte para siempre, bajo el umbroso follaje del amor. Aquí estoy, aquí estaré con un padrón alumbrando al sendero por donde yo sé que debes y tendrás que volver.

En la tarde, Citerión partiría para el Continente.

Ese mismo día, Anchora Fanny se despidió amistosamente de todos y le dijo a Robertus —quien precisamente había arribado con su lancha— que la condujera temprano, al día siguiente, hasta la isla Grande, porque debía tomar un avión con destino a los Estados Unidos. Al día siguiente, vestida formalmente, le dijo adiós a la islita bien amada; Robertus colocó las maletas de la joven en la lancha y esta partió trépidamente, dejando una cola de espuma blanca. Todavía, y en forma automática, Anchora Fanny llevaba en la mano un regalo que Sixta le había enviado. Abrió la caja de cartón y se encontró con una caracola perfecta. La volteó y revisó por todos lados, y le preguntó a Robertus qué se hacía con ella. El joven le dijo:

—Tómela por la parte ancha, y por la abertura pequeña que hay en el espiral, sople y module. Escuchará un sonido amable que le traerá a la memoria muchas de las cosas que ha vivido en la isla, sobre todo, aquellas nostalgias presentes y pasadas, especialmente las que le han inscrito tantos signos de amor en su corazón.

Robertus continuó:

—Toque, señorita, haga el intento.

Anchora Fanny se sentó en el puesto que le correspondía en la lancha, tomó la guarura con suavidad y tino, y como una experta, la puso en su boca y oyó al caracol lanzar una voz terriblemente melancólica, que solo quería llevarle su adiós y sus lágrimas a aquel vikingo maravilloso, cuyas manos tuvo una vez entre las suyas. Su corazón respondía a la triste balada, salida de aquella ancha boca perfumada y delirante. Las siguientes notas fueron un canto doliente que le había dedicado. La guarura dolida lo llamaba y ella ponía su cabeza y su melena en el pecho fuerte y varonil de Citerión. Al otro lado del mar, un hombre, un vikingo, levantaba sus manos al cielo para pedirle que no fuera verdad su presentimiento. Tenía las sienes hinchadas de dolor y sus labios recogían las ondas de la voz de Anchora Fanny, las cuales le llegaban como si la tuviera a su lado.

"Amor mío —decía Citerión—. ¿Qué? ¿No te gusto? ¿Qué te pareció mal? ¿Qué cosa supiste de mi tierra amada? ¿Qué disgustó a tu cuerpo y a tu alma? Yo sé que te estás comunicando a través de la guarura, que es el correo del alma. La escucho en mis oídos y en los vellos de mi bozo herido. No logro comprender por qué me dejaste para siempre".

"Mi desolado amor —decía angustiada Anchora Fanny, rezando la noble oración de la guarura. Sabía que su sonido terso y melancólico estaba siendo escuchado por él.— Amor mío para siempre —lloraba Anchora Fanny—, ya no te puedo perder. Estás mucho más allá que toda posibilidad de arrancarte de mí. Ni yo ni nadie te podrá destruir en mi alma; si yo te amo con lo más verdadero del pedacito más

pequeño de esa palabra. Si yo te amo con mis pestañas, con mi pobre sudor y con la salvia que se concentra en los poros de mi cuerpo. La tierra que alimenta y alimentará mis huesos me dice que serás mío para siempre y que yo estaré entre tus brazos mirando tus ojos y besándote en medio de la frente, en el ojo del Minotauro, besándote los labios, llorando sobre las tumbas de nuestro primer hogar. Allí verteré rayos y lágrimas, porque te estoy inscribiendo como un tatuaje en el centro de mi alma de potra domada, no en las laderas del poema, sino allí donde alguna vez te alcanzó la mordedura de esta *Elapidae* humana".

Así fue escribiendo una a una las palabras de una carta que nunca podría ser echada al mar, en botella misteriosa e irredenta. Esta esquela incompleta, sin promesa alguna, sin perdón final, la dejó Anchora Fanny clavada en una de las paredes de la tumba. Terminaba diciendo: "Alguna vez, mi amor vendrá por ella".

Citerión nunca había llorado porque los vikingos no lloran, pero la sombra de Anchora Fanny lo había visto secarse los ojos, con el revés de su brazo cubierto de vellos amarillos.

Y volviéndose contra la pared, Citerión dijo:

—Adiós, adiós, ancla de mi pesadumbre… El peñero se niega a alejarse de aquí, hasta que no me devuelvas el amor que te di.

Cuando pudo salir, vio el barquito escorado a babor. El capitán Martínez y los marineros estaban empeñados en la faena imposible de enderezar la embarcación. Pronto la planchada se llenó de agua y el peñero se hundió de popa, dejando enhiesta la proa que anhelante buscaba el ojo incandescente de Sirio.

Epílogo

Otro viaje a Thule

> La obra no puede, por tanto, escribirse hacia atrás, no puede reconstruirse igual que no puede reconstruirse el tiempo ni el recuerdo de tiempos remotos (y no es más que una nueva ficción, una nueva realidad, nueva entidad, nueva obra).
>
> Danilo Kiš, *Lección de anatomía*

Viaje a Thule fue escrita un año antes del fallecimiento de su autor. Tal como lo evidencia el manuscrito original, Márquez Salas releyó y reescribió varios extractos de la única novela que escribiría. El autor partiría de este mundo en febrero del año 2002. Esto quiere decir que su obra, intacta, estuvo poco más de veinte años esperando pacientemente su publicación. Son extraños los caminos que sigue la palabra escrita y más si se trata de un texto literario. Aun cuando nadie se dedicara a rastrearla, *Viaje a Thule* buscó su propio camino, pero como cualquier camino mistérico no siguió una dirección en línea recta, sino más bien un trayecto plagado de desvíos y peripecias para que hoy esté en manos del lector.

No vamos a dedicarnos aquí a destacar las cualidades literarias del autor. Esa labor se la dejamos a los investigadores y críticos que, con seguridad, podrán hacer aportes de interés. Sin embargo, nos tomaremos el atrevimiento de señalar algunos aspectos que para cualquier lector de Márquez

Salas saltarán a la vista. Nuestro interés tiene que ver con el territorio editorial, con la edición como oficio y, por lo tanto, con nuestra lectura como editores.

Ya hemos mencionado en líneas anteriores que *Viaje a Thule* es la primera y única novela que forma parte del legado literario del autor. La diferencia con la obra que la precede, fundamentalmente cuentística, es más que evidente. El género lo requiere y el autor, reconocido desde sus primeros relatos como uno de los grandes narradores renovadores de la literatura venezolana, asume un compromiso narrativo ambicioso que difícilmente podemos describir con minuciosidad en estas páginas. Los límites entre las distintas voces narrativas (en tercera y primera persona, es decir, narrador omnisciente y narrador protagonista) se disuelven sin que apenas el lector pueda notar el cambio de registro. Sutileza a la que contribuye el lirismo que ha identificado desde siempre el estilo de Márquez Salas. Cumpliendo rigurosamente con la máxima de que en la narrativa lo más importante es el narrador (porque carga a cuestas con el estilo del autor, decide qué se cuenta y cómo se cuenta; es decir, es en donde reconocemos la forma y el fondo. Términos habitualmente analizados por separado, diseccionados o escindidos, que se manifiestan a través del narrador como las dos caras de una misma moneda, la máscara y el rostro que tras ella se esconde percibidos al mismo tiempo), el autor ha sabido hilvanar con destreza una historia en donde los límites narrativos se borran y cuyas voces no necesitan de extravagancias o demarcaciones lingüísticas para manifestarse. Es así como ese narrador omnisciente, que como el mar todo lo abarca, se escurre en medio de los pensamientos

y los atraviesa para recordarle al lector que él sigue ahí. Su omnisciencia se convierte en omnipotencia y puede, si así lo desea, atravesar el alma y la mente de los personajes en sus momentos de mayor intimidad, en las confesiones que solo se cuentan a sí mismos.

La mayor dificultad con la que nos encontramos durante el proceso de edición del manuscrito fue completar, en algunos casos, o reescribir fragmentos de la novela, proceso que indiscutiblemente necesitan de la insustituible intervención del autor. En este caso, ya no contábamos con él, por lo que hemos intentado que la propia obra nos indicara qué camino (de nuevo) seguir, qué palabras podrían salir del propio autor, olvidándonos de las nuestras. Tal como lo señala Danilo Kiš[1], en el epígrafe que encabeza este epílogo, es tarea imposible intentar buscar fuera lo que no está implícito en la propia obra. Vano esfuerzo es reconstruir el proceso literario del autor, siguiendo la ruta inversa ("escribir hacia atrás") para infructuosamente engañarnos, creyendo que podemos descubrir el origen, pretender reconstruir la génesis (dónde y cómo nació la idea de la novela, qué imagen, qué libros despertaron el ansia y la necesidad en el autor de escribirla) de una obra ya terminada. La obra no puede mostrarse del revés, como si fuera un guante al que se le ha dado la vuelta. El único método infalible es releer el manuscrito, a veces hasta el cansancio, siguiendo su propio camino para llegar a concluir lo que el autor no pudo.

---

[1] Danilo Kiš, *Lección de anatomía*, Acantilado, Barcelona (Esp.), 2013, p. 102.

La búsqueda de la paternidad literaria, práctica que es esencialmente comparativa (no siempre, es cierto), inquiere en dar con el árbol genealógico del escritor, ubicarlo en un contexto (pre)determinado, a través de sus influencias y sus temas. Con esto lo insertamos en una tradición cultural, en un grupo, en una corriente, en un estilo. En *Viaje a Thule* fluyen tres ríos, que también son rutas, para llegar a identificar esa paternidad. En un primer término, nos encontramos con referencias explícitas a Truman Capote y Faulkner, si bien solo leemos el nombre del primero. En cuanto al segundo, solamente es aludido (sigue siendo de manera explícita, pues es imposible confundirlo con otro) a través de los lugares ficticios creados por el propio Faulkner (el condado de Yoknapatawpha y el Recodo o Remanso del Francés). La alusión, por lo demás, es una indudable declaración de intenciones por parte de Márquez Salas, pues solo parece determinante en la medida en que no están citados en la novela. Así lo reconoce el narrador cuando señala que la protagonista "estaba un poco aburrida", ¿de quién? De Faulkner. En contraposición, no hará lo mismo con Séneca y su tratado *De la brevedad de la vida*, que sí aparecerán mencionados explícitamente, tanto el autor como la obra.

La segunda corriente de referencias literarias, las encontramos en las citas de fragmentos que, sin embargo, aparecen huérfanos. Márquez Salas cita sin revelar el nombre de los autores. Se salva *Four Quartets*, de T. S. Eliot (que figurará sin necesidad de que el autor sea nombrado), citado en su idioma original. El resto de las evocaciones, en general a fuentes poéticas, solo son versos, como ya dijimos, desamparados de sus

progenitores. Componen esta fuente referencial retazos de Saint-Perse John (extraído de su extenso poema "Anábasis"); O. V. de Lubicz Milosz ("La confession de Lemuel", traducido por Alonso Loredo); Juan Ramón Jiménez ("Primavera"), y Henri Michaux ("Paroles de celui qui étouffe". Como anécdota, este poema de Michaux fue publicado de manera póstuma. Escrito en 1973, no fue descubierto hasta 1994. No aparece incluido en ninguna edición en español, por lo que la traducción de los versos citados corresponde al propio Márquez Salas).

Finalmente, llegamos a la que quizás sea la fuente principal de la novela, y que corresponde a la mitología griega y romana (Thule, Neptuno, Tritón, Príapo), así como a los antiguos cultos astronómicos a la estrella Sirio y la constelación del *Canis Maior,* presente en la cultura mediterránea (según Kerényi[2], principalmente en la cretense). Reinterpretado, el mito se traspone y se renueva. Del Mediterráneo al Caribe, el autor nos cuenta viejas historias míticas como si fueran nuevas. Pero no se trata de un trasplante, un injerto con el cual Márquez Salas pretende innovar o transgredir lo mitológico con intenciones irreverentes. Lo mítico prevalece desde su sustancia psicológica profunda e intangible. La vida se cuenta a través de lo mítico, precisamente porque es imperecedero; humano, demasiado humano. Pero es en el mito (o mejor, en el mitologema, sección irreductible y sustancial de lo arquetipal), en donde eso que llamamos humano se manifiesta al unísono con lo divino. Y lo hace fundamentalmente

[2] Para más detalles sobre este tema, véase Karl Kerényi, *Dionisios. Raíz de la vida indestructible*, Herder, Barcelona (Esp.), 1998, especialmente el capítulo II.

a través de ese viejo *daimon* del que ya nos hablara Platón: Eros, que atraviesa la novela desde sus distintos aspectos (la sexualidad es, indiscutiblemente, su expresión más contundente a lo largo de esta obra). Los mitos continuarán siendo eficaces para explicar cuestiones humanas.

Sin embargo, el autor no transfiere un legado antiguo a una geografía o cultura locales. El acto creativo es otro. Lo reanima, conservando la sustancia, pero abriendo una nueva ventana para mirarlo (puesto que verlo sería superficial), siempre antiguo y siempre nuevo. En este empeño, a ratos sobrecogedor para el lector, Márquez Salas recurre a su lirismo (personalísimo) habitual para ofrecernos descripciones, conjunciones de sustantivos, que a los ojos de un lector descuidado (esto incluye a "editores") pudieran parecer absurdas o quizás dislates del propio proceso de escritura. Destacamos tres ejemplos contundentes: "su ánima y su alma"; "temibles uñas y garras", y "sus tenazas y brazos". En el primer caso, alude aparente a dos sinónimos. La simplificación impondría la rápida amputación de una de las dos palabras. Sin embargo, el autor transcribe dos formas de nombrar lo mismo, que remiten, uno al *arché* de la propia palabra, a su término primigenio, que conserva su clara y evidente relación con el ánimo, con lo que está animado, con lo que tiene vida; en contraposición, el segundo se acerca al contenido sagrado heredado, pero no por eso esclavizado a un dogma religioso. Trasciende las culturas y vive fuera del tiempo.

En el segundo ejemplo, el águila de "temibles uñas y garras" pasa a convertirse en un animal mitológico, otorgándole un rasgo menos salvaje a las garras, que también son uñas, y que termina humanizando al ave rapaz, sin dejar

de serlo. Lo mismo serviría para explicar "las tenazas y los brazos" de la langosta.

Agregamos también referencias más genéricas como en el caso de los "homérida", cuyo término (sustantivo adjetivado) se refiere ya no a Homero, sino a los Homeros que se han eternizado a lo largo de la tradición de la cultura escrita occidental (la gran mayoría, procedentes de culturas siempre más próximas a la periferia, ciertamente). La libertad interpretativa de algunos lectores los llevará a ver entrelíneas la remembranza a nueva *Odisea*, con una protagonista (en femenino), o vestigios de los amores de *Tristán e Isolda* (cambie el filtro por la poción de Sixta, el *vino*, que en lugar de unir a los amantes, los separa). Asimismo, el epígrafe que abre la novela, tomado de las *Geórgicas* de Virgilio, anunciando esa tierra mítica y eterna, que está en todas partes y al mismo tiempo en ningún lugar y que recibió por nombre Thule.

MARÍA LÓPEZ
Septiembre, 2022

Índice

Viaje a Thule 5

Epílogo
Otro viaje a Thule 275

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Paginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Viaje a Thule
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - República Bolivariana de Venezuela

Viaje a Thule

El mito como fuente inagotable de creación resurge de manera extraordinaria de la mano de Márquez Salas. Una isla, tres hombres y una mujer (Anchora Fanny) componen una historia que —desde la *Odisea*— ha utilizado el viaje como símbolo de la transformación psicológica. Esta Thule está en el Caribe y, como lugar imaginario, representa el territorio donde se disuelven los límites y los contrarios se anulan (vida/muerte, cuerpo/alma, sexualidad/amor, humano/animal, profano/sagrado). El lenguaje, a través del lirismo y de una narración intimista, expresa el trasfondo mítico y simbólico que habita en la obra. Narrador prodigioso, el autor nombra y adjetiva con grandeza el alma de ese mundo. *Viaje a Thule* es la única novela escrita por Antonio Márquez Salas, inédita hasta ahora, y publicada por primera vez por El perro y la rana.

ANTONIO MÁRQUEZ SALAS (Caracas, 1919-2002)

Abogado y escritor, la impronta que la obra de Márquez Salas ha dejado en la literatura venezolana lo ha inmortalizado (con justicia) como uno de los más importantes escritores del siglo XX. Destacado narrador, su escritura lírica, sensorial y sobrecogedora brilló con luz propia en el género en el que sobresalió con maestría: el cuento. En sus primeros escarceos literarios, fue miembro del grupo Contrapunto. Gana en tres ocasiones el Concurso Anual de Cuentos de *El Nacional*, con sus relatos: "El hombre y su verde caballo" (1947), "Como Dios" (1952) y "Solo, en campo descubierto" (1967). Su primera recopilación de cuentos fue publicada por la Asociación de Escritores Venezolanos, bajo el título *Las hormigas viajan de noche* (1953). A esta le siguieron: *Cuentos* (1965), *El día implacable. Cuentos escogidos* (1970) y la antología póstuma, *Solo, en campo descubierto y otros cuentos* (1994). Su última obra publicada en vida fue *Dombo Salah Har y sus 32 mujeres* (1983), donde, muy alejado del cuento, muestra su prosa poética en estado puro.

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]